

FRONTERA

DINAMISMOS DEL MIEDO

Miedos vitales y mortales

Los escenarios del miedo

El miedo y/de los cristianos

FRONTERA

DINAMISMOS DEL MIEDO

ADG-N

FRONTERA

© Asociación Pastoral Misionera

Edita ADG N, S.L.

Apartado 12.210

46080 VALENCIA

Tel: (34) 963622532 – Fax: (34) 963616540

frontera@atrio.org – www.atrio.org/frontera.htm

Imprime UGARIT, Comunicación Gráfica S.L.

Pla de Foios, 13. Polígono Industrial Moncada III

46113 Moncada, VALENCIA

Depósito legal: V. 1370-1997

I.S.S.N.: 1137-8522

*El Consejo de Redacción de FRONTERA
y la Asociación PASTORAL MISIONERA no
hacen suyas necesariamente las ideas
y opiniones expresadas en la revista
con la firma de un autor.*

ÍNDICE

FRONTERA

Año 2009 – 4

CARTA DEL DIRECTOR

- Biología, ética y derecho del embrión humano..... 5
Casimir Martí

TEMA CENTRAL

- Miedos vitales y miedos mortales:
Una aproximación desde la psicología 13
Carlos Domínguez Morano
- Los escenarios del miedo 39
Eubilio Rodríguez Aguado
- El miedo y/de los cristianos 73
Mercedes Navarro Puerto

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

- Buscando nuevos paradigmas 87
Manuel Moret Gómez
- Mejor implicar que atemorizar 90
Marc Antoni Adell Cueva
- Botellón, criptonihilismo y evasión..... 93
Francesc Torralba
- Navidad, ¿sin fronteras? 96
Joaquim Adell Ventura
-

ÍNDICE

MATERIALES

Miércoles de Ceniza: Celebración penitencial	99
<i>Comunidad de la Resurrección</i>	
Un nuevo Credo	104
<i>Frei Betto</i>	

RESEÑAS

1. Libros:

I. La autora se confiesa:

Roser Bofill:

Escribir no me cuesta	107
-----------------------------	-----

II. Reseñas:

Marina, José Antonio:

“Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía”	111
--	-----

María Isabel Mingo

González Faus, José Ignacio:

“Miedo a Jesús”	113
-----------------------	-----

Eubilio Rodríguez Aguado

2. Música:

La música del miedo	116
---------------------------	-----

Lorenzo Torrente Ranera

3. Cine:

Miedo, angustia y sustos en la sala oscura.....	121
---	-----

José Luis Barrera

ÍNDICE GENERAL DE 2009	125
------------------------------	-----

CARTA DEL DIRECTOR

Biología, ética y derecho del embrión humano

Queridos amigos: El día 9 del pasado mes de octubre, el Instituto Borja de Bioética (IBB), con sede en Esplugues de Llobregat (Barcelona), dio a conocer el documento Consideraciones sobre el embrión humano. Es un texto que ocupa diez apretadas páginas de la publicación periódica Bioètica i debat (vol. 15, núm. 57) y viene firmado por un grupo de diez integrantes del citado Instituto, seis de los cuales son médicos con máster en bioética. Entre los otros cuatro figuran un catedrático de Biología de la Universidad Autónoma de Barcelona, dos profesoras titulares de las Universidades de Vic y de Barcelona (Bioética y Filosofía, respectivamente) y una jurista. Se trata de una reflexión en voz alta, dirigida a los profesionales de la salud y a la sociedad en general, en torno a algunas cuestiones biológicas, éticas y jurídicas que se plantean sobre el inicio de la vida humana. La fecha de la aparición pública de este documento ha coincidido con la publicación en el “Boletín Oficial de las Cortes Generales. Congreso de los Diputados” (2.10.2009, núm. 41-1, pp. 1-10) del Proyecto de Ley Orgánica de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo, que pasará por todos los trámites legales previstos para llegar a convertirse en ley del Estado.

El documento del IBB, accesible en www.ibbioetica.org, se divide en dos partes. La primera de ellas se centra en la descripción del estatuto biológico del embrión humano (qué es un embrión humano en las diferentes etapas de su desarrollo), de

su estatuto ético (cuándo empieza el embrión humano a adquirir la condición de persona) y, finalmente, de su estatuto jurídico en los ámbitos del derecho constitucional y del derecho civil, español y europeo. En la segunda parte, el Instituto Borja se posiciona ante la investigación y la terapia en los primeros estadios del desarrollo embrionario, ante la reproducción asistida y ante la interrupción voluntaria de la gestación.

En realidad, el debate público durante los últimos meses del año en curso ha obviado los problemas éticos y jurídicos que lleva anejos tanto la investigación y la terapia en los primeros estadios del desarrollo del embrión, como la reproducción asistida, y se ha centrado sobre el aborto. El IBB, después de haber descrito y valorado cuidadosamente los dos primeros temas indicados, admite, en las aportaciones de la biomedicina, un valor orientativo importante: el inicio del carácter personal del embrión humano habría que situarlo no antes de la implantación completa (día décimocuarto después de la fecundación), ni más allá de la semana 10ª del desarrollo embrionario (semana 12ª de la gestación). En todo caso, advierte a continuación que tomar la ciencia biomédica como única referencia para determinar el carácter personal del embrión hace pensar en una actitud no científica, sino ideológica. Como también sería ideológica, y no científica, la actitud de invocar la ciencia para argumentar a favor de que hay persona humana desde el momento de la fecundación.

Desde el punto de vista ético, el IBB se manifiesta de entrada contrario a la interrupción voluntaria del embarazo, toda vez que supone poner fin a una vida humana iniciada. Pero, a la vez, admite la existencia de graves cuestiones técnicas (afectaciones físicas o psíquicas del feto o grave riesgo para la salud de la madre) y éticas (circunstancias sociales, económicas, culturales, emocionales de la madre), que pueden introducir un conflicto de valores. Por consiguiente, la decisión en esta materia no puede ser tomada a la ligera, sino de manera responsable desde una toma de conciencia de carácter ético. En relación con el legislador, es imprescindible reconocer que vivimos en

*una sociedad plural, en la cual no vige un **único** código ético y el Estado se define como laico. En estas circunstancias, es muy difícil justificar un marco legal regido por criterios de una determinada moral que exige una protección absoluta del derecho a la vida, sin matices, como también lo es el otro extremo, que reclama el reconocimiento explícito de un derecho al aborto, también sin matices.*

Sobre la base de estas consideraciones, el IBB concluye:

a) En ciertos supuestos de conflicto grave de valores, que hace prever un futuro de dolor y sufrimiento para los y las implicadas, la despenalización de la interrupción del embarazo se entiende como un gesto de comprensión y acogida hacia las personas situadas en circunstancias difíciles capaces de convertir el inicio de una vida en una carga muy pesada.

b) En el caso de plantearse una interrupción de la gestación dentro del marco de un cambio legal en España, resulta imprescindible que se adopten medidas eficaces de formación y educación afectivosexual de las mujeres y de apoyo social a las mismas, y que, por otra parte, se regule la objeción de conciencia de los médicos.

En una nota, fechada el 19 de octubre, los obispos de las diócesis de Catalunya declararon que las opiniones expresadas en el documento de la IBB no estaban de acuerdo “con la doctrina católica”, toda vez que admiten “la legitimidad ética y jurídica del aborto”. Como complemento de esta afirmación, añadían que la defensa de la vida humana en todas las fases de su existencia es “un bien para todos y un acto de justicia que hay que exigir a los responsables sociales”.

Ante esta nota episcopal, la respuesta de la IBB, firmada por el presidente de la entidad y su directora, hace dos puntualizaciones. Primera. “Nuestra posición no es favorable al aborto como principio moral básico, no reconocemos que se pueda reclamar un derecho al aborto”.

Segunda. Recomiendan una lectura pausada del original, del cual se desprenden tres ideas básicas: “a) una posible ley des-

penalizadora del aborto no implica una legitimación social ni legalización de conductas generalizables, y sí da, en cambio, un marco jurídico de seguridad a las personas; b) la ley no obliga a nadie y deja a la conciencia individual de cada cual la toma de decisión ante el conflicto moral; c) los cristianos han de seguir los criterios de la conciencia cierta, cosa que reclama formación moral”.

A estas reflexiones de los obispos de las diócesis de Catalunya, se añadieron pocas semanas después las consideraciones altamente polémicas del portavoz de la Conferencia Episcopal Española, el obispo Martínez Camino, el día 11 de noviembre, en un desayuno informativo organizado por la Fundación San Pablo-CEU, de Madrid. Se refirió allí a las prescripciones de la ley canónica. El Código de Derecho Canónico establece: a) la excomunión para quienes han sido cooperadores directos de un aborto realizado; b) si un católico vota a favor del proyecto de ley que incluye la despenalización del aborto en determinados supuestos, está objetivamente en pecado público y no puede ser admitido en la comunión.

Ambas intervenciones episcopales, dentro de marcadas diferencias de tono, coinciden en tres puntos de peso: no se preocupan por hacerse cargo de la situación objetivamente dramática de la mujer embarazada que tiene motivos serios para plantearse la alternativa de abortar; no interpretan correctamente el carácter despenalizador propio tanto de la ley actualmente en vigor, como del proyecto de ley presentado en las Cortes recientemente; y no reconocen la función del Estado no confesional al legislar sobre materias como la que nos ocupa, en el marco de una sociedad cultural y religiosamente plural.

En estas intervenciones episcopales la atención deficiente prestada a la mujer embarazada que considera seriamente la alternativa de abortar, se pone de manifiesto en la dureza e inflexibilidad que se puede apreciar en unos planteamientos exclusivamente doctrinales y jurídicos. Ni los obispos ni tampoco el proyecto de ley presentado a las Cortes mencionan la conveniencia o necesidad de consultorios establecidos legalmente,

a los que la mujer embarazada pueda acceder para informarse sobre las particularidades de la ley en este asunto y para clarificar sus responsabilidades éticas. El proyecto de ley española, en la exposición de motivos, hace hincapié en la “autonomía” de la mujer para tomar la decisión de abortar. El proyecto de ley en la exposición de motivos insiste en un concepto equívoco de “autonomía” de la mujer para tomar la decisión de abortar. Sobre la “autonomía” ante problemas éticos, J.I González Faus ha hecho unas precisiones que creo útil transcribir:

“La ética es autónoma respecto de Dios: la 'ley de Dios' está inscrita en el corazón (y en la razón) del ser humano, decía san Pablo. Pero no es autónoma respecto 'del otro', sobre todo del otro sufriente, cuya sola presencia es un imperativo para mí. Si a alguien le gustan las antiguas distinciones escolásticas, diríamos: la ética es heterónoma respecto de Dios, lo niego; respecto del resto de los seres humanos, de acuerdo. O bien: la ética es autónoma respecto de Dios, de acuerdo; respecto del resto de los seres humanos, lo niego. Es una distinción que pretende evitar el peligro que estamos cansados de ver: proclamamos una ética autónoma y, en realidad, estamos exaltando una ética 'egónoma'. Y no es lo mismo” (Presencia pública de la Iglesia (Barcelona 2009. Cristianismo y Justicia, I.2.1-3).

Abortar no tiene el mismo valor ético que “arreglarse las tetas”, expresión esta última muy desafortunada de la ministra de Igualdad. Hay en juego una vida humana en formación. La mujer, al decidir, no es autónoma, porque, en su decisión, además de tener en cuenta su propia situación, no puede dejar de tomar en consideración el feto.

Los otros dos puntos tratan de la naturaleza de la intervención del Estado al legislar sobre el aborto. El planteamiento de los obispos tiene como punto de partida la convicción de que el Estado está obligado a ajustar las leyes civiles a la doctrina de la Iglesia católica. Esto no sólo es prácticamente inconcebible en una sociedad cultural y religiosamente plural, sino que sería interpretado por muchos sectores de ciudadanos como una arbi-

triedad absolutamente injusta en un Estado democrático. Por otro lado, el Estado, al despenalizar el aborto en determinados supuestos, elimina la presión legal sobre la mujer embarazada, pero deja pendiente el problema ético, que gravita enteramente sobre ella. Ella es, en último término, quien debe ponderar todos los factores en juego: la vida humana naciente, por una parte, y por otra, las circunstancias físicas y psíquicas del feto, así como su propia situación sanitaria, emocional, cultural, económica y social. El Estado tiene atribuciones para despenalizar, pero no las tiene para eliminar esta fase de ponderación ética. A la Iglesia nadie le puede negar el derecho a proclamar públicamente su doctrina y su disciplina canónica. Pero se le puede reclamar respeto y cautela ante decisiones del Estado que se incluyen en la esfera de sus atribuciones y ante la evolución de los conocimientos científicos, sobre todo cuando son expuestos con rigor y consideración, como en el caso del Instituto Borja de Bioética.

* * *

El presente número de FRONTERA, trata de los dinamismos del miedo. Para la mitología griega, Deimos (el miedo) y su hermano Fobos (el pánico) son fruto del encuentro entre Ares (dios de la guerra) y Afrodita (diosa del amor). Por esa filiación de ambos, Deimos y Fobos –que pueblan núcleos humanos básicos y profundos como atestigua la experiencia–, se explica desde el mito la procedencia de todos los miedos, provocados por la amenaza de la pérdida de lo valioso y vital (el amor, la relación) o por la incertidumbre de la supervivencia (la seguridad).

De estos dinamismos, en ocasiones ambivalentes, trata el Tema Central. En él CARLOS DOMINGUEZ, que se aproxima a los miedos desde la psicología, distinguiendo entre miedos sanos y miedos “mortales” o molestos, parte de la conciencia de alteridad para analizar la malicia de los miedos inducidos –resultado de la complicidad de dos miedos: el del poder y el de la sumisión– y de las amenazas que proceden del interior; ese mundo del que, señala, “sabemos sin saber”. Finaliza su discurso

aconsejando la lúcida percepción de la realidad –la propia, la de los otros y del mundo– como el mejor modo de aprender a superar nuestros miedos.

EUBILIO RODRIGUEZ AGUADO *describe los escenarios de los miedos colectivos desencadenados por la actual crisis económica ante la incertidumbre del futuro. Así el autor pone nombre a los factores económicos, políticos y culturales que antes proporcionaban seguridad y ahora se sienten como amenaza por los riesgos que comportan. Pero reconocer tales riesgos no supone ignorar las oportunidades de cambio que conllevan y que para llegar a ser realidad exigen no sólo la decisión personal sino también dinámicas comunitarias, colectivas.*

MERCEDES NAVARRO PUERTO *analiza –y denuncia– la existencia del miedo en el seno de las iglesias y comunidades cristianas, encontrando el correspondiente antídoto en el mensaje de la Biblia y, especialmente, en la vida de Jesús, quien como todo ser humano experimentó el miedo y, también, mostró cómo la confianza en Dios y la libertad desactivan sus mecanismos destructivos. Concluye el artículo con unas sencillas propuestas al hilo del evangelio ante lo mucho que la cristiana o cristiano puede hacer en “este temeroso mundo y en esta iglesia enferma de miedos”.*

ROSER BOFILL *es en esta ocasión “la autora que confiesa” que lo suyo son artículos cortos donde no le cuesta hablar de lo cotidiano, sin obviar comentarios –críticos y respetuosos– de la actitud y hechos de la Iglesia que hoy, como ayer, le duelen.*

Las habituales secciones SIGNOS DE LOS TIEMPOS, MATERIALES y RESENAS de libros, cine y música, a las que acompaña el INDICE GENERAL DE 2009 completan el número, último del año.

Casimir Martí

Miedos vitales y miedos mortales

Una aproximación desde la psicología

Carlos Domínguez

Todos lo conocemos. Y sin embargo, es grande la dificultad que encontramos para definir y delimitar lo que es el miedo. Así ocurre siempre con todo el amplio espectro de las emociones, afectos y sentimientos. Y no por ello, como hizo el conductismo más radical, la psicología puede desentenderse de ellos, si es que de verdad pretende comprender el comportamiento humano. Todos, en efecto, sabemos por experiencia lo que es el miedo. El problema llega cuando pretendemos definirlo y delimitarlo respecto a otras vivencias angustiosas afines como son las del pánico, el terror, la indefensión, etcétera.

Si hacemos un somero acercamiento a lo que los diferentes diccionarios de psicología nos dicen sobre el miedo, advertiremos una multiplicidad de matices en lo que se intenta definir. Como elemento más común encontramos la referencia a una sensación que, sin duda, es desagradable y que nos empequeñece ante lo que interpretamos como una amenaza, ya sea real o imaginaria. Sus implicaciones con la angustia, el pánico, la timidez, la inquietud, el terror, resultan evidentes¹. En esta breve

1 Cf. El sugerente estudio de J.A. MARINA, *Anatomía del miedo*, Anagrama, Barcelona 2006, en especial el capítulo I, "Cartografía de los miedos", 13-41.

Carlos Domínguez (Granada), sicólogo.

aproximación, nos atenderemos, sin embargo a lo que el miedo tiene de más específico y diferenciable con ese conjunto de emociones con las que, con frecuencia, se encuentra comprometido².

Todo análisis del miedo nos remite a considerar en él una reacción espontánea y natural de la vida ante determinadas circunstancias potencialmente amenazante. Una reacción, en efecto, generada por la misma naturaleza como sabio mecanismo de autopreservación, desde el momento en el que la vida pueda sentirse en peligro. Todos los seres humanos, como seres vivos, conocen la experiencia del miedo. Los animales también. De modo instintivo, todo aquello que se interprete como una amenaza para la supervivencia, desencadena de inmediato una reacción de miedo, que puede manifestarse de modos muy diversos y generar conductas muy diversas también: evitación, ataque, huida, sumisión, parálisis, etcétera.

La vida instintivamente se protege con unos certeros mecanismos, programados biológicamente, con la intervención de factores genéticos, neurológicos, sensoriales, hormonales y musculares. El ser humano, como parte del mundo animal, responde también con mecanismos análogos. Desde esta perspectiva el miedo posee una función adaptativa, equilibrante, en la medida en la que está asociado a la prudencia y nos permite reconocer aquellas situaciones que pondrían en peligro nuestra integridad. Todos sabemos también que, en determinadas ocasiones, la ausencia de miedo puede dar pie a conductas poco razonables y dañinas para el sujeto o las colectividades. A veces hay una distancia muy pequeña entre el valor, la osadía y la simple temeridad.

Pero si el miedo es patrimonio del ser viviente como mecanismo defensivo diseñado por la biología, fue la biología

2 En la vivencia de miedo se destacan cuatro componentes fundamentales: experiencia subjetiva de temor, cambios fisiológicos asociados, expresiones directamente observables de miedo y los intentos de evitar ciertas situaciones o escapar de ellas, aunque estas variables no siempre se aparecen conjuntamente. Cf. R.L. GREGORY (Ed.), *Diccionario Oxford de la mente*, Alianza, Madrid 1995, s.v. Miedo-Valor, 749-751.

también la que abrió en el ser humano un campo absolutamente nuevo, el de la conciencia, con el que éste puede conocer, prever, anticipar situaciones amenazantes, algo que no está al alcance del animal. Los miedos, de esa forma, pueden cobrar unas dimensiones completamente nuevas en el ser humano; al mismo tiempo que permiten anticiparse a las eventuales amenazas, antes de que el peligro le sorprenda sin posibilidad de escape. Pensemos, por ejemplo, en lo que supuso el miedo a que pudiera repetirse una situación como la de la segunda guerra mundial para poner en marcha el proceso de construcción de la comunidad europea. Medidas antisísmicas, evitación de relaciones personales generadoras de violencia, protección con vacunas ante una grave epidemia, etcétera, son otros ejemplos de los muchos que podrían venir al caso. El miedo, pues, en los seres humanos también puede convertirse en un factor importante de saludables motivaciones y decisiones.

Las fuentes humanas del miedo

Queremos vivir con plenitud. Y sabemos, sin embargo, que nuestra vida esta limitada de mil modos y que nuestras necesidades y deseos más primarios y profundos pueden verse frustrados y, en ocasiones, hasta mutilados de raíz. Pero queremos vivir, además, tal como cada cual ha ido configurando su singular existencia, generando expectativas, aspirando a cubrir determinadas necesidades (condicionadas también por el medio ambiente sociocultural), pretendiendo realizar deseos que, en cada cual, cobran un carácter diferente y siempre único. Y todo eso, desde lo más básico, como es la mera supervivencia, hasta lo más sublime en el mundo de las aspiraciones e ideales, todo se puede poner en peligro. Nadie tiene nada asegurado, con garantías de perdurabilidad: ni la salud, ni el bienestar económico, ni las necesidades afectivas, ni los proyectos vocacionales... Todo puede ser objeto de amenazas y, por tanto, de miedo. La vulnerabilidad marca de modo esencial nuestro modo de ser en el mundo.

Pero no podemos perder de vista a la hora de considerar el origen de nuestros miedos, que esa conciencia que nos separa del animal respecto a nuestra limitación y contingencia, no nos es dada desde el principio y, nunca, por lo demás, de un modo total. Al contrario, nacemos con una pretensión y “falsa conciencia” de absoluto, con una afirmación de nosotros mismos que niega toda limitación: un bebé se vive como la realidad total existente. El mundo es él y él es el mundo. Pronto irá constataando que existe un “yo” y un “no yo”, que se le opone de modo frontal. Trabajo arduo el que se le presenta: acomodarse a una realidad que, absolutamente al margen de sus deseos, se le irá imponiendo en tantas ocasiones, muy a su pesar. Llamarán al niño el “rey de la casa”. Pero él se siente, en realidad, el emperador del universo mundo. Hasta que llegue a ir aceptando (si es que alguna vez se logra plenamente), que, en realidad, no es sino un príncipe destronado y que la indefensión y la vulnerabilidad es una marca con la que todo ser humano viene a la vida. En esa situación de limitación y contingencia, tendrá que ir asumiendo que el control del mundo se le escapará de las manos una y otra vez, por más que no deje nunca de intentarlo. Y así, en esa aspiración de controlar el mundo en orden a la realización de sus deseos y a la satisfacción de sus necesidades, se verá sometido una y otra vez a la frustración, a la indignancia y, en ocasiones, puede que también a experimentar que está en juego su misma vida. Los miedos, pues, desde los frentes más diversos y específicos para cada uno, irán asomando cabeza, planteándole a cada cual la penosa tarea de mantenerlos a raya, de limitar su poderío, de manejarlos del mejor modo, para hacer posible tanto la satisfacción de sus necesidades más básicas, como la realización de sus aspiraciones e ideales del tipo que éstos sean.

“Juguemos a tener mucho miedo como los mayores”, le dice un niño a otro más pequeño en un dibujo de El Roto³. “Vale”, responde el pequeño. No tienen miedo los niños, en efecto, sino en la medida en la que van abriéndose a una reali-

3 *El País*, 21 de septiembre de 2009.

dad que se les enfrenta, se les opone y amenaza con frecuencia sus deseos. La aparición de los miedos es, de este modo, proporcional a la desaparición (hasta donde podemos) de los sentimientos infantiles de omnipotencia.

No resulta fácil para nadie alcanzar la paz ante los diversos frentes por los que nuestra vida puede sentirse amenazada. Freud describió con especial agudeza la difícil tarea con la que todos nos enfrentamos para vernos libres de temores y alcanzar un mínimo equilibrio de paz y armonía interna. El texto constituye una excelente síntesis de los diversos frentes por los que nos sentimos asediados y de las diferentes modalidades de angustia que de ahí derivan.

Merece la pena recordarlo, aunque en razón de su extensión, lo abreviemos:

Un proverbio advierte la imposibilidad de servir a la vez a dos señores. El pobre Yo se ve aún más apurado: sirve a tres severos amos y se esfuerza en conciliar sus exigencias y mandatos. Tales exigencias difieren siempre y, a veces, parecen inconciliables; nada, pues, tiene de extraño que el Yo fracase tan frecuentemente en su tarea. Sus tres amos son el mundo exterior, el Superyó y el Ello... Se siente asediado por tres lados y amenazado por tres peligros ante los que, en caso de presión extrema, reacciona con el desarrollo de la angustia... [El Yo] está destinado a representar las exigencias del mundo exterior, pero quiere también ser un fiel servidor del Ello... Por otra parte, es minuciosamente vigilado por el rígido Superyó que le impone determinadas normas de conducta, sin atender a los mandatos que le apremian por parte del Ello y del mundo exterior y le castiga en caso de infracción con sentimientos de inferioridad y culpabilidad. De este modo, conducido por el Ello, restringido por el Superyó y rechazado por la realidad, el yo lucha por llevar a cabo su misión..., la de establecer una armonía entre las fuerzas... que actúan en él; y comprendemos por qué, a veces, no podemos menos que exclamar: “¡Qué difícil es la vida!”. Cuando el “Yo” tiene que reconocer su debilidad, se anega en angustia, angustia

real ante el mundo exterior, angustia moral ante el Superyó y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones del “ello”⁴.

En este texto, excelente como síntesis de los diversos orígenes y tipos de angustias o miedos (el término alemán *angst* puede equivaler a ambas cosas), Freud iguala, en cuanto a su resultado, la angustia ante la realidad exterior (un fuego o un terremoto, por ejemplo) con las que provienen del interior; es decir, del Ello o del Superyó, que, en buena medida, juegan en un nivel inconsciente y son desconocidas, por tanto, para el propio sujeto. En el texto citado distinguió el miedo ante un peligro real, de la angustia en tanto reacción meramente subjetiva, sin objeto determinado como agente. Tal diferenciación, que fue acogida en campos ajenos al psicoanálisis, ha sido, sin embargo, cuestionada en los mismos ámbitos psicoanalíticos, dado que, en determinadas ocasiones, un temor ante una situación u objeto determinado (como es en el caso de la fobia), puede responder, sin embargo, a angustias inconscientes, que nada o poco tienen que ver con ese objeto. Sobre ello vendremos más adelante.

Vulnerabilidad, finitud y muerte

El primer frente que despierta nuestras ansiedades y temores es el de la realidad exterior. Una realidad donde lo imprevisible tendría que ser considerado como lo más previsible de todo y en la que nuestras capacidades para enfrentar lo que sobreviene pueden verse muy sobrepasadas. De ahí que la realidad, en todo lo que tiene de imprevisible, de novedad, de no familiar, de inexplorada y de incógnita, despierta fácilmente temores y ansiedades, que variarán de intensidad dependiendo de la confianza que se tenga en sí mismo para afrontar lo que sobrevenga sin esperarlo.

Uno de los temores que pueden asaltar más fácilmente a las personas o instituciones poco seguras de sí mismas es la de

4 S. FREUD, *Nuevas Lecciones introductorias al psicoanálisis. Disección de la personalidad psíquica*, 1932, o.c., III, Biblioteca Nueva, Madrid 1973, 3144-3145.

lo diferente, lo extraño, lo desacostumbrado. El extranjero, el inmigrante, el desconocido que llama a nuestra puerta, despierta la inquietud, tanto mayor cuanto mayor sea el grado en el que se funde la propia seguridad en aquello que ya creemos controlar por conocido y familiar.

Nuestra existencia se ve de hecho marcada por una enorme fragilidad frente a los poderes de una realidad que marcha implacable con sus leyes y eventualidades (dejemos de lado si

Nuestra existencia se ve marcada de hecho por una enorme fragilidad

todo es cuestión del azar, de la necesidad o de un “diseño inteligente”). El hecho es que todos, desde el día de nuestro nacimiento, estamos a merced de fuerzas y poderes que nos sobrepasan con amplitud. También Freud los describió con una

enorme lucidez, aunque no exenta de pesimismo, en sus agudas reflexiones de *El malestar en la cultura* (1930).

La vida –nos dice– es demasiado dura tal como nos ha sido impuesta, a pesar de que la búsqueda más radical de todos es la de alcanzar la felicidad. Pero, al parecer, *el plan de la creación no incluye el propósito de que el hombre sea feliz*⁵. El sufrimiento –en efecto– nos asedia desde tres frentes poderosos: el propio cuerpo, el mundo exterior y, sobre todo, el de las relaciones interpersonales. Ante esta situación, la ciencia, la droga, el arte, el nirvana, el eremitismo o la religión se presentan como medios para evitar el sufrimiento. Cada cual busca el lenitivo que le resulta más adecuado en la evitación del dolor: distracciones poderosas que empequeñecen las miserias de la vida; satisfacciones sustitutivas, que las reducen; y narcóticos que insensibilizan. La ciencia ejemplifica el primer modo, el arte al segundo, la religión, en la perspectiva de Freud, respondería a la tercera intención. En definitiva, la dureza de la vida hace que el

5 S. FREUD, *El malestar en la cultura*, 1930, o.c., III, 3025.

adulto se sienta con demasiada frecuencia como un niño asustado.

Nuestra realidad corporal, en efecto, es vulnerable y, con el paso de los años, va mostrando con más vehemencia y, a veces, crueldad, esa vulnerabilidad. Nos asusta y se convierte, de hecho, en una fuente de temores más o menos generalizada. La realidad exterior, desde nuestra percepción del cosmos que nos sobrecoge y de la naturaleza terrestre que nos determina y condiciona de un modo tan fundamental, multiplica nuestros miedos y, en ocasiones, deja ver, de modo inmisericorde, nuestra pequeñez e impotencia frente a ella. Desde el clima, que en su variabilidad y ritmos, escapa a nuestro control, hasta las catástrofes naturales que se imponen sin consideración alguna a nuestra existencia: inundaciones, terremotos, huracanes... todo con unas leyes, hoy por hoy, difíciles de conocer y controlar y que, en ocasiones, asolan la vida colectiva de modo brutal, generando, inevitablemente, enorme temores personales y colectivos.

Y en el trasfondo de todos esos miedos procedentes de nuestra fragilidad corporal o de las determinaciones del mundo exterior, encontramos la amenaza más fundamental y, por otra parte, la más cierta de todas: la de la muerte. De ésta, el animal no tiene conciencia. Vive sin más, sin saber que un día morirá. Nosotros lo sabemos, aunque muy difícil nos resulta hacernos cargo de ese “saber”. La angustia que nos genera da lugar, en efecto, a que sean muy poderosas las resistencias y defensas que oponemos a lo que, sin embargo, es la mayor de las certezas.

El niño, cuando ya tiene “conocimiento” de ella, la niega con una facilidad que nos sorprende. Muere su abuelita a la que tanto quería y, al momento, prosigue en su juego, como si nada hubiera pasado, satisfecho, sin más, con lo que se le dijo de que marchó al cielo. No hay para él más problema. El adolescente y el joven la niegan con la insolencia y con la temeridad de la que hacen gala con sus motos o autos, con el abuso de alcohol o de drogas, o introduciéndose en situaciones de riesgo. Siempre son “otros” los que se mueren. Y así sigue siendo de alguna manera

para todos nosotros, a los que, por esa ignorancia invencible (no existe ese término en el “diccionario” de nuestro inconsciente), nos resulta casi imposible hacernos cargo completamente. Es la suprema herida a nuestro narcisismo. Por eso nos asusta tanto y la negamos de cualquier manera. Cuando Jesús les habla de su proximidad a sus discípulos, ellos –nos dice el evangelio– “no entendían” de qué les estaba hablando. Pero no se atrevían a preguntarle *porque les daba miedo* (Mc 9, 32). Como es el miedo también el que se percibe en muchos creyentes cuando erigen auténticos monumentos a la negación de la muerte en muchas interpretaciones de la resurrección, así como en las proclamas del más allá que podemos oír en muchos funerales.

Con la muerte tenemos la prueba más irrefutable de nuestra finitud y vulnerabilidad. Puede llegar en cualquier momento “y porque sí”, como afirmara Lain Entralgo⁶. Y eso resulta lo más difícil e intolerable: aceptar que nuestra muerte no tiene por qué ser el resultado de unos procesos biológicos naturales o de una posición heroica en la vida, sino que también puede venir para cualquiera como resultado de un mero accidente o coincidencia del azar: porque alguien que conducía en dirección contraria, por ejemplo, venía con unas copas de más. La “media conciencia” que de la muerte logramos alcanzar es la que juega de un modo poderoso, y no siempre consciente, en multitud de miedos más o menos razonables, que fácilmente asaltan nuestra vida: miedo a la enfermedad, a la carretera, al avión, a la sangre, a la locura (como una particular modalidad de muerte, en este caso, “mental”). Nada como la muerte, en efecto, proporciona a nuestra conciencia una comprensión tan acabada de nuestro carácter finito, limitado, contingente y vulnerable, y desde esa comprensión, nada le es equiparable como fuente de miedos y ansiedades.

6 Cf. *Sobre la amistad*, Revista de Occidente, Madrid 1972, 230.

Cuando el infierno son los otros

Llegar a tener la conciencia de la alteridad supone atravesar unos largos y complejos procesos psíquicos en los primeros estadios del desarrollo. Como ya se indicó más arriba, la única realidad existente para el recién nacido es la propia. Desde ahí, irá barruntando progresivamente la existencia de un mundo, ajeno, diferente al suyo, y en el que el rostro materno cobrará una relevancia única respecto a todos los demás. Pero todavía ese rostro que se va dibujando de modo progresivo frente a él, será concebido e interpretado como una realidad a la que tan sólo le confiere existencia en cuanto guarda relación con la propia realidad personal. Es, por así decirlo, un otro para mí, en función de mí y para la plena realización de mis deseos y necesidades. Asumir que ese rostro es independiente, que en su mundo existen otras realidades e intereses, y de modo muy importante, que puede gratificarme, pero que puede frustrarme también, supondrá un logro al que no se accede con facilidad.

En definitiva, el otro es una realidad que escapa a mi control y que puede adoptar conmigo actitudes muy diversas. El otro, como un tú libre y diferente, que puede sorprenderme, frustrarme, alegrarme, enfurecerme o someterme a situaciones de miedo, ansiedad o incluso de terror. Se abre así el campo de la alteridad como una fuente importante de muchos de nuestros miedos más íntimos.

“El infierno son los otros”, según la conocida expresión de J.P. Sartre. El cielo también, tenemos que añadir. Porque efectivamente en nuestras experiencias personales el otro, los otros, pueden convertirse desde los inicios mismos de la vida en una fuente de seguridad, protección, cariño y confianza en nosotros mismos y en la vida; pero pueden también, desde los mismos inicios, llegar a ser fuente de sentimientos de soledad, lejanía, amenaza o terror. Entonces, el otro, los otros que vayan apareciendo en nuestro horizonte vital, se convertirán en amenazas fantasmáticas para nuestra integridad. El acercamiento a cualquiera será vivenciado como un peligro potencial.

Por lo general, las experiencias que la mayoría de los seres humanos vamos acumulando están marcadas por la ambivalencia, el cruce de sentimientos positivos y negativos que, en una medida u otra, irán configurando nuestras referencias interiores con respecto a los demás, con respecto a Dios también. La confianza abierta, la empatía, la sociabilidad, la atracción y el gusto por la relación con el otro irán ganando terreno o, por el contrario, el temor, la ansiedad, la susceptibilidad, la desconfianza, la timidez, el sentimiento de amenaza o, incluso, persecución podrán predominar en el trato con los otros (con Dios también, como bien sabemos en determinados modos de experiencias religiosas). El desconocido, el diferente suscitará fácilmente fantasmas y temores amenazantes, no siempre conscientes. No está bajo mi control, no sé de qué manera puedo reaccionar, cómo me puede juzgar, qué intenciones puede traer... Las terapias de grupo o las más variadas dinámicas sociales hablan bien de todos estos fantasmas que tan fácilmente vienen aparejados a la aparición del diferente.

**La persona diferente
o desconocida suscita
fácilmente fantasmas,
temores amenazantes**

Cada cual configura en su interior sus predilecciones y rechazos, sus simpatías y antipatías y, dependiendo de lo que hayan sido las experiencias fundamentales habidas, irá coloreando su relación con los otros en un complejo sistema de miedos o de atracciones, de confianzas o de desconfianzas. Cuando el miedo predomina, del modo que sea (como timidez, sentimiento de peligro o de persecución), esa necesidad primaria de todo ser humano que es la del encuentro, la comunicación, el contacto, la ternura y la atracción, se verá seriamente dañada. En casos extremos, como el de la locura, anulada totalmente. La vida del deseo como expresión de una carencia de base que nos constituye en tanto “seres separados” y, paralelamente, de un

anhelo por aliviar esa separación (cuyo nombre propio es la soledad), mediante la comunicación y el encuentro, se paraliza y se bloquea por el miedo. Por el contrario, la experiencia de amar, de acercarse confiadamente al otro, sin vivirlo como una amenaza; o la experiencia de ser amado, sin el fantasma de perdernos o de ser engullidos por ese otro que se nos acerca, se convertirán en una fuente de crecimiento y desarrollo personal, que el miedo no logra entorpecer ni mutilar⁷.

Nunca está garantizado el amor, el reconocimiento y la buena mirada de los otros. Y todos, de una manera u otra, en un grado u otro, la necesitamos. Pero todo es una cuestión de “grados”. Porque esa buena mirada y amor de los demás, en un determinado grado, es necesaria para vivir, sobre todo, en determinadas etapas de la vida en las que nuestra indefensión es más pronunciada (infancia, senectud...). Pero esa necesidad también puede volverse imperiosa, pasar de ser una necesidad, a convertirse en una “urgencia”. Entonces se está sembrando el terreno del miedo e, incluso, del pavor. Lograr esa buena mirada, ese reconocimiento, esa estima o ese cariño de los otros conducirá al sujeto a una situación de vivir en vilo, de derrochar energía y ansiedad por garantizar esa atención que, como en el caso de la histeria llega al límite de necesitar la mirada del otro para existir. Una mirada que hay que provocar, por tanto, por las buenas o por las malas, desarrollando habilidades de seducción y complacencia o desplegando toda una actitud de victimismo y escenificación dramática de sí mismo ante los demás. El asunto se convierte entonces en una cuestión de vida o muerte, porque si el otro no mira, el sujeto siente que le falta el suelo bajo sus pies, que pone en peligro su sentirse existiendo. El miedo, como miedo al abandono, atenaza entonces todo su mundo relacional.

7 Sobre las relaciones entre el miedo y el amor, cf. D. RICHO, *Cuando el amor se encuentra con el miedo*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999.

Miedos inducidos

El miedo a los otros no sólo afecta a los individuos. También afecta a las colectividades, a las instituciones e incluso a las civilizaciones como bien ha mostrado J. Delumeau en su monumental obra *El miedo en Occidente*⁸, en la que analiza el papel central que el miedo ha jugado en la cultura europea desde el siglo XIV al XVIII. El autor ofrece el panorama de una sociedad traumatizada por la peste, las guerras, las disputas religiosas y la inseguridad permanente, y analiza la instrumentalización del terror, sobre todo, por parte de la Iglesia⁹.

Es evidente que el miedo posee una clara tendencia a contagiarse, debido, sin duda, a que cuenta con un terreno abonado en nuestra vulnerabilidad e impotencia para controlar la realidad y el futuro. A veces, los miedos se propagan con una velocidad de vértigo y con una notable reducción del espíritu crítico, sustentado en fantasmas que nos acechan a todos por igual. Fantasmas, que tal como ocurrió en los primeros momentos de la epidemia de SIDA, adquieren el carácter de fobia colectiva: es decir, de condensación de temores inconscientes en un objeto que, en casos como éste, poseía indudables conexiones inconscientes en el tema de la sexualidad y con los fantasmas de castración asociados a ella. A lo largo de la historia son innumerables las situaciones de miedos colectivos, contagiados, se haya tratado de guerras, epidemias (¿qué pensar de los miedos de hoy respecto a la famosa gripe A?), amenazas de catástrofes naturales, cambios de milenio (ni siquiera en el paso al siglo XXI estuvieron exorcizados esos fantasmas), etcétera.

Pero el miedo también se pueden inducir y contagiar desde determinadas instancias institucionales. Las instituciones, en efecto, como organismos vivos, luchan también por sobrevi-

8 Taurus, Madrid 1989.

9 El reciente texto de J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Miedo a Jesús* (Cuadernos Cristianismo y Justicia, 163) nos muestra cómo la institución puede llegar a experimentar miedo incluso ante lo que constituye su mismo fundamento y razón de ser.

vir y, por ello mismo, experimentan el miedo a todo lo que pudiera poner en peligro su propia subsistencia. La institución, cualquier institución, necesita recursos para garantizar su propia existencia y, entre ellos, uno de los más eficaces viene dado por el de inducir el miedo en aquellos a los que necesita controlar. Porque el poder, que es pieza esencial en cualquier formación institucional, se siente también amenazado y es consciente de que puede perderse a sí mismo desde que se le escapen determinados mecanismos de control. Análogamente a todos nosotros como individuos, las instituciones también son presas del miedo, consciente o inconscientemente. Y para apaciguarlo necesita asegurarse de que sus súbditos respetarán las reglas por él impuestas. Inducir el miedo será uno de los grandes recursos para apuntalar ese control. No el único. Buscará también ha-

Inducir el miedo es un recurso de las instituciones para asegurar el control de los súbditos

cerse amar. Ésa sería su gran victoria, tal como nos dejó ver P. Legendre en su obra *El amor del censor*¹⁰. Pero no siempre le es posible llegar a tanto. Entonces, será el inducir temor entre los suyos. Bastaría recordar las reflexiones de Hobbes sobre el miedo como origen del estado, o de Sófocles, viendo también en el miedo el motor fundamental de la obediencia a las leyes.

Todos conocemos también el carácter sumamente contagioso del miedo y de qué manera en tiempos de crisis económica o social, los individuos buscan ampararse en autoridades fuertes en los que depositar sus sueños de omnipotencia para sentirse salvados del peligro. De este modo, el miedo se con-

10 Cf P. LEGENDRE, *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático*, Anagrama, Barcelona 1979.

11 J. DELUMEAU, *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid 2002. El historiador francés analiza la historia occidental en el período que va de del siglo XIV al XVIII, considerando el miedo como un elemento central en la constitución de la cultura europea.

vierte fácilmente en uno de los pilares básicos de cualquier tipo de tiranía.

Todos los grandes poderes institucionales han hecho uso del miedo de una manera u otra¹¹. Es fácil caer en esa tentación. No sólo el poder político. También el poder religioso sabe mucho de la utilización de tal procedimiento. La amenaza, la retirada de su buena mirada, el despojo de las funciones que se habían otorgado en otro tiempo, el recelo, el fomento de la denuncia, anónima incluso, etcétera han funcionado eficazmente como inductores del miedo en todos los tiempos y en todo tipo de formación religiosa.

Todavía el turista puede admirar el buzón de las denuncias que de modo anónimo podían hacer los fieles en los palacios de la Inquisición, como el que contemplamos todavía en el de Cartagena de Indias. Hoy los modos han cambiado. Hasta cierto punto. Tanto en las instituciones políticas como en las religiosas. Y también en ese gran poder hoy día que es el de las grandes empresas. Porque en algunas (que, en ocasiones, aprendieron mucho de los sistemas políticos y religiosos) se sigue utilizando el llamado *Whistle Blower* (literalmente, “silbato soplón”, que, correspondería, más bien, en español con el de “soplón institucional”)¹²: un buzón de denuncias anónimas, cuyo uso comenzó en empresas de Estado Unidos y que se ha ido extendiendo a otras latitudes, incluidas las españolas.

Pero si cambian los métodos a procedimientos más “correctos políticamente”, el sistema, político, económico, religioso, educativo, etcétera, persigue los mismos objetivos utilizando técnicas inductoras del miedo. Sin cárceles, orejas de

12 Los sistemas de denuncia interna en las empresas o *whistleblowing*, consisten en la creación de un sistema de denuncias sobre el incumplimiento, por parte de empleados de una empresa, tanto de normas internas, como de la normativa que rige su actividad. Son cada vez más las empresas que la están poniendo en marcha, especialmente las empresas cotizadas en bolsa. El espionaje, dentro incluso de los miembros de un mismo partido, se va convirtiendo en práctica extendida en la vida social. Como todos sabemos, la prensa española se está haciendo amplio eco de ello en estos momentos de nuestra vida política.

burro, hogueras ni excomuniones, pero sí con recursos más sutiles que, de hecho, logran introyectar el temor, la autocensura, el silencio. Muchas veces, por lo demás, de modos que no llegan a ser del todo conscientes para el propio sujeto; lo cual es peor, en cuanto que le impiden, mediante la toma de conciencia, poder reaccionar a la mutilación de su libertad y dignidad de la que está siendo objeto. Es el aire que se respira, el ambiente en que se vive y en el que se habla y escucha, las opiniones y comentarios que, como mensaje subliminares, se envían, todo hace que el temor se propague y se contagie. El resultado es el miedo inducido y, al final, la complicidad de dos miedos: el del poder y el de la sumisión. El primero, a perder el control de aquellos a los que necesita dominar y, el segundo, a perder el control de la buena mirada que necesita para apaciguar su propias inseguridades internas¹³.

La amenaza también proceden del interior

No sólo tememos las amenazas provenientes de la fragilidad de nuestro cuerpo, de la potencia de la naturaleza o de la contingencia de nuestras relaciones interpersonales. También el enemigo está dentro. También en la relación con nosotros mismos se nos escapa el control y experimentamos un grado importante de fragilidad e impotencia. Buena parte de lo que somos permanece al margen de nuestro conocimiento, de nuestra memoria y de nuestra voluntad. Nos ignoramos a nosotros mismos y, en buena medida, nuestros sentimientos, emociones, decisiones e, incluso ideas, vienen determinadas por zonas oscuras ajenas al poder de nuestro Yo consciente. Ya lo vimos en el texto freudiano: el Yo se ve asediado no sólo desde la realidad exterior en la que tiene que sobrevivir adaptándose y respon-

13 Una de las más bellas, hondas y terribles páginas que se han podido escribir sobre la sumisión y el miedo como cómplices del fascismo, el estalinismo o cualquier otro sistema político son las que encontramos en la grandiosa novela de VASILÍ GROSSMAN, *Vida y destino*, Círculo de lectores, Barcelona 2007, 257-265.

diendo convenientemente según las diversas circunstancias, sino también desde las oscuras fuerzas del Ello y del Superyó. Y así, como afirma J.A. Marina, *los miedos con frecuencia proceden de lo oscuro*¹⁴.

Podríamos darles otros nombres, encontrar explicaciones o interpretaciones ajenas al lenguaje psicoanalítico. Pero sea del modo que sea, el hecho es que nos movemos sobre una superficie sujeta a movimiento internos que, en ocasiones, como en un movimiento sísmico, pueden llegar a trastocar decisivamente todo el frágil equilibrio que hayamos podido ir construyendo a lo largo de nuestros años. Nos tememos y, en un grado u otro, nos tememos con razón. Sabemos que nuestro mundo afectivo, nuestras pulsiones más básicas, nuestras fantasías más ocultas en determinados momentos, movilizadas por circunstancias exteriores o interiores, pueden emerger en nuestra vida reclamando o imponiendo, con una fuerza que nos sobrepasa, sus propios objetivos. Sin duda todo ese mundo interno del que sabemos sin saber (de modo diverso dependiendo de los diversos sistemas simbólicos y culturales), nos asusta y frente a él erigimos defensas, controles y fuerzas de ataque si es preciso, para impedir que nuestra integridad psíquica se vea sobrepasada por una angustia intolerable.

No sólo nuestros deseos más inconfesables, también nuestras prohibiciones más arcaicas, nuestro tabúes más irracionales, poseen raíces que se nos escapan y que desde esas zonas oscuras que nos habitan (aquellas que el psicoanálisis denominó como Superyó inconsciente) pueden romper nuestra paz interna desencadenando un mundo de tormentos bajo el modo de escrúpulos y morbosas culpabilidades. En ocasiones, mostrando una severidad que ninguna autoridad externa a las que pudiéramos estar sometidos sería capaz de ejercitar.

Sabemos que en nuestro interior se mueven muchas cosas a las que tememos y a las que, por eso mismo, preferimos no dar nombre o, en otros casos, cuando su existencia nos resulta ya

14 J.A. MARINA, *Ib.* 20.

innegable, procuramos buscarle nombres más tolerables, pero que, en realidad, no le corresponden. El Yo —señalaba Freud— posee una auténtica obsesión de síntesis para procurarse una cierta tranquilidad. Por ello, cuando la armonía no es posible, no duda en autoengañarse mediante el recurso a todo tipo de racionalizaciones. Nuestros miedos a nosotros mismos son, en efecto, una de las fuentes más poderosas de esa increíble capacidad de autoengaño de la que todos disponemos.

Miedos sanos, miedos molestos y miedos patológicos

Ya vimos más arriba que en todos nosotros, en cuanto seres vivos, existen miedos sanos, protectores, alertas frente a cualquier realidad potencialmente amenazante. Pero es evidente que la interpretación que podemos hacer de esa amenaza potencial viene codificada por todo un sistema personal, en el que han jugado un papel decisivo las antiguas experiencias vitales que han ido moldeando la vida de cada uno. Como afirma J.A. Marina, el miedo surge de la interacción de un polo subjetivo —el sujeto que lo siente— y un polo objetivo —lo que el sujeto percibe como amenazador¹⁵.

El modo en el que hayan jugado esas experiencias vitales determinará en buena medida la proporcionalidad, la “razonabilidad”, de nuestra reacción de temor ante las posibles amenazas que aparezcan en nuestro horizonte. Y tendríamos que aceptar que nunca la medida de nuestra reacción será plenamente ajustada o modulada a la medida de la eventual potencia amenazante. Siempre afrontaremos la vida con el “peculiar desenfoque” que nuestra experiencia subjetiva pone en juego. En unos casos será razonablemente proporcional, en otros desproporcionada en un grado u otro: ya sea en un grado mayor del que objetivamente correspondería a la magnitud del peligro, o en un grado menor, en los casos que conocemos de inconsciencia o temeridad. En otros casos la reacción puede verse motivada exclusiva-

15 *Ib.*, 78.

mente por una subjetividad que pone en marcha una alarma completamente infundada, sin correspondencia alguna con el mundo exterior. Es decir, todos podemos ser objeto de miedos sanos, que contribuyen a una mejor adaptación a la realidad; miedos simplemente “molestos”, derivados de experiencias antiguas, pero que no entorpecen nuestro vivir en sus áreas fundamentales; y, por último, miedos patológicos, en la medida, en que generan bloqueos, parálisis, ansiedades, proyecciones delirantes...

Sabemos bien que la delimitación clara entre sano y enfermo en el ámbito de lo mental es muy relativa y que todo se juega en una cuestión de grados. Tener miedo a la enfermedad y tomar medidas para evitarla

puede considerarse como un miedo normal, saludable. Vivir obsesionado con el miedo a la misma, como es el caso del hipocóndrico, nos revela un mundo de temores que hay que clasificar ya en el terreno de la patología.

Lo que el ser humano no alcance a controlar en la emergencia de la siempre imprevisible realidad, dará lugar a la puesta en marcha de una serie de recursos, más o menos eficaces, con objeto de apaciguar la angustia resultante. Uno de los más frecuentes vendrá dado por el recurso al mecanismo defensivo de la negación. Es así, por ejemplo, como el enfermo herido de muerte por accidente o enfermedad niega su situación con lo que atinadamente llamamos “ponerse una venda en los ojos”. O la negación también de quien no quiere tomar conciencia de la autodestrucción a la que se somete mediante la ingesta de drogas, alcohol o la desmesurada ingesta de alimentos. El objeto amenazante es, en este caso, despojado de su carácter nocivo, con el objeto de perseguir unas satisfacciones que éstos proporcionan y a las que no se está dispuesto a renunciar. Los ejemplos se podrían multiplicar sin límite, ilustrando la increíble capaci-

**La negación es un
recurso defensivo
ante lo imprevisto
incontrolado**

dad del ser humano para negar, borrar, dar por inexistente aquello que le perturba o le angustia.

También los miedos se pueden teledirigir con el objeto de hacerlos soportables. Miedos ignorados, reprimidos por la angustia intolerable que pudieran suscitar, se proyectan y condensan en determinados objetos y situaciones que, por amenazantes y dolorosos que resulten, se hacen más llevaderos que los que de modo inconsciente son la fuente originaria de la angustia. Estamos hablando, naturalmente, de fobias. En ellas, determinados deseos originados en pulsiones primitivas son marginados de la conciencia al ser considerados por el Yo como una amenaza para el equilibrio y estabilidad personal. Esos deseos reprimidos permanecen vivos y actuantes desde lo inconsciente y persisten amenazando de continuo a ese Yo que no los quiso admitir en la sala de la conciencia. La amenaza difusa, ignorada, permanente, puede generar de este modo una ansiedad intolerable. El Yo se defiende entonces y recurre al recurso de la fobia que, con todo el problema que puede acarrear, resulta el mejor modo del que el Yo dispone para sobrevivir a la angustia que le generaban los deseos reprimidos. Fobias a situaciones de enclaustramiento (ascensores, aviones, autos...), fobias a espacios sin límites definidos (agorafobia), fobia a determinados animales (arañas, serpientes, ratones...) o a cualquier objeto, que por ocultas asociaciones se presten a recoger y condensar la angustia que se origina de modo más intolerable en otro lugar¹⁶.

Pero si el miedo a los deseos y pulsiones más primitivas puede condensarse en fobias, como modo de procurar un manejo hasta cierto punto más tolerable, también el miedo puede encontrar su origen en prohibiciones, culpas y tabúes que, igualmente, son excluidas de la conciencia, con el objetivo de evitar

16 No es este el espacio para una interpretación psicológica particular del sentido que pueden tener cada una de estas fobias en tanto recursos para controlar miedos inconscientes. Baste señalar que para su diagnóstico clínico como tal, en los adultos ha de manifestarse durante tres meses continuados; y en los niños y adolescentes el temor identificado debe durar al menos seis meses para ser considerado una fobia y no un temor transitorio.

ansiedades que sobrepasan el poder del Yo consciente para su conveniente gestión. Nos encontramos así con los escrúpulos, como modo de condensar y dar nombre a culpas anónimas para la conciencia y que, por ello, generan una ansiedad insufrible desde lo inconsciente. El escrupuloso sabe ya por qué razón experimenta la ansiedad de la culpa: pisó dos rayas en forma de cruz. Su pecado ya tiene nombre y puede, por tanto, identificarlo e intentar aliviar la culpa que acarrea: expiarla con sacrificios, confesarse, reparar compulsivamente, etcétera. Tarea inútil, como bien sabemos. Inútil en tanto que la culpa se condensó en un lugar que no le correspondía y volverá por tanto, una y otra vez, a atormentar al sujeto buscando nuevos objetos de condensación (pecados), o mostrándose inmovible frente a todo intento de disolverla en esos objetos en los que se polarizó. En cualquier caso, como en el de la fobia, es el mejor modo que encontró el Yo consciente en el intento de sobrevivir a unas amenazas frente a las que se experimenta como impotente.

También el recurso al pensamiento mágico se encuentra entre los recursos más fácilmente empleados con el objeto de aminorar el poder del miedo. Frente a una realidad que se muestra impertérrita frente a nuestras aspiraciones, necesidades y deseos, se opta por fantasear imaginariamente que podremos con ella, contra ella, mediante determinados artificios mentales o conductuales. El deseo, así, parece imaginariamente mostrarse con un poder que sobrepasa el de la realidad a la que se ve expuesto. Si pensamos que el martes, el viernes o el trece acarrean peligros y desgracias, tomamos precauciones (“en martes ni te cases ni te embarques”) y, de ese modo, evitamos constatar que los peligros y desgracias pueden acaecer en lunes, miércoles o domingo, y que lo mismo puede acontecer los días veintuno, treinta o catorce o con los números doce, cuarenta o siete de los asientos del avión, del autobús o de la habitación del hotel donde nos hospedamos. El inmenso potencial de la realidad frente a nuestra limitación y contingencia parecen así imaginariamente controlados y los miedos, reconducidos a un nivel de lo manejable.

Cuánto de la religión se presta a esta cercanía de lo mágico y supersticioso sería un asunto que desviaría sustancialmente nuestra reflexión sobre los miedos. Pero lo que también parece evidente, es que la experiencia religiosa mantiene íntimas relaciones con el miedo y que se presta como un recurso que puede aliviar de modo importante el estado de indefensión en el que el ser humano vive y el miedo que emerge de la conciencia que posee de este estado de indefensión¹⁷. El sentido propulsivo de la personalidad, ofreciendo una confianza que resulta de la experiencia de saberse protegido y querido, o el sentido infantilizante que también puede derivarse, plantea una interrogación, que quizás tan sólo se pueda responder de uno en uno, en la indagación personal del sentido que esa experiencia de fe desempeña en la propia vida.

Manejar los miedos

Se nos escaparía por completo el significado que posee el miedo si perdiéramos de vista una dimensión de la vida (tanto en sus dimensiones biológicas, psíquicas como sociales) con la que el miedo se encuentra íntima y dialécticamente relacionado. No tendríamos miedo si no existiera en la naturaleza una intencionalidad, una dimensión propositiva de la conducta y, en los seres humanos, además (a diferencia del mundo animal, cuyos propósitos vienen determinados esencialmente por su biología), una proyección también de futuro, de planificación y de logro en las diversas áreas de la existencia. La esperanza, cualquiera que sea el significado que se le confiera dependiendo de los diversos sistemas de creencia, está inscrita también en el registro de las capacidades humanas.

Hoy día, la llamada Psicología Positiva, que busca superar los burdos reduccionismos en los que la psicología vino a caer en su pretensión de ser una ciencia como la física u otras

17 A este tema me referí parcialmente en *Experiencia cristiana y psicoanálisis*, cap. 8 “Ayudas y trampas de la religión frente a la angustia”, Sal Terrae, Santander 2006, 213-226.

ciencias de la naturaleza, insiste en estas dimensiones del comportamiento para una más justa comprensión del mismo. J.L. Píñillos, figura eminente de la psicología española, insistió siempre en este carácter propositivo de nuestro comportamiento como factor esencial para una cabal comprensión del mismo¹⁸.

No puede escapar el ser humano a formular proyectos del carácter que sea, de aspirar a cambiar el estado de cosas en un

El miedo se opone al dinamismo de cambio inherente a la conducta humana

sentido u otro, sea positivo o negativo. El valor, la conquista de lo nuevo, la comprensión de lo desconocido (por más que el conductismo pretendiese eliminar este aspecto en sus análisis de la conduc-

ta)... constituyen elementos indispensables a tener en consideración a la hora de comprender el comportamiento humano¹⁹. Y desde ahí, también, para descifrar el significado de sus miedos.

El miedo, pues, en este sentido en el que nos referimos ahora, ha de entenderse como una contrafuerza, un obstáculo e impedimento que se opone a este dinamismo de cambio, futuro, proyecto y coraje que configura la conducta humana. Por eso, el miedo mismo no es comprensible sin tener en cuenta esa relación íntima que existe entre él y el dinamismo intencional, esperanzador, propositivo que anima todo nuestro quehacer.

Pero tampoco esta dimensión vital de la existencia escapa a los condicionamientos que suponen las experiencias habidas desde los primeros momentos de la vida. La confianza bási-

18 Así lo dejó ver de modo fehaciente en su obra *Principios de Psicología*, Alianza, Madrid 1975.

19 Un estudio empírico realizado a iniciativa de Martín Seligman (el reconocido autor del concepto de “inteligencia emocional”) llegó a la conclusión de que el valor constituye junto a la sabiduría, la humanidad, la justicia, la templanza y el sentido de trascendencia, una de las seis fortalezas básicas universalmente consideradas. Cf. CH. PETERSON, *Strengths and Virtues*, Oxford University Press 2004.

ca a la que se refirieron tantos psicoanalistas²⁰, y que guarda una relación directa con la seguridad, con el coraje para enfrentar las dificultades y, en definitiva, que opera como infraestructura de la esperanza, no es ajena a las vicisitudes de las primeras relaciones humanas, particularmente con las de carácter materno-filial. A partir de esa confianza básica en la vida, en nosotros mismos y en los demás, se podrán llevar a cabo oportunos aprendizajes para el enfrentamiento y superación de los temores y ansiedades que vayan surgiendo a lo largo de nuestro devenir histórico.

Si, tal como vimos, la aparición de los miedos es proporcional a la reducción de los sentimientos infantiles de omnipotencia y a la conciencia que vamos ganando de nuestra finitud y vulnerabilidad, la fuerza que podrá operar para el manejo conveniente de esos miedos vendrá dada por la seguridad y entereza que hayamos logrado, por la capacidad de la que dispongamos para asumir e integrar esa realidad, a pesar de su carácter imprevisible y, tantas veces, amenazante. Esa capacidad para afrontar los miedos exteriores o interiores se adquiere también bajo las condiciones que se crean desde el principio en la interacción con el medio ambiente, particularmente, en las primeras interacciones interpersonales.

Pero tampoco podemos olvidar, para no caer en ingenuos optimismos, que de la misma manera a como ocurre en el aprendizaje de los miedos, caben desenfoces también en las vivencias opuestas de seguridad, ánimo y confianza. No todo coraje y presencia de ánimo responden a una adecuada reacción frente a las dificultades del vivir. Caben también distorsiones que nos hagan confundir la falsa ilusión con la esperanza, la presencia de ánimo con la temeridad, el optimismo con una deficiente per-

20 Entre las numerosas referencias bibliográficas que se podrían ofrecer a este respecto baste resaltar: J. ROF CARBALLO, *Urdimbre afectiva y enfermedad*, Labor, Barcelona; E. H. ERIKSON, *El ciclo vital completado*, Paidós, Barcelona 2000; R. SPITZ, Cf. *El primer año de vida del niño*, Fondo de Cultura Económica, México 1973; D. W. WINNICOTT, *Sostén e interpretación*, Paidós, Barcelona 1991; *La naturaleza humana*, Paidós, Barcelona 1993.

cepción o negación incluso de las dificultades y peligros que se nos presentan.

Para ser breves: tan sólo cuando existe una capacidad para percibir con lucidez los obstáculos, peligros y amenazas con las que nos enfrentamos, se puede hablar de auténtica confianza, valor y coraje, sin la sospecha de que éstos no sean sino modos de encubrir miedos profundos y no reconocidos. En términos de fe, tan sólo desde ese reconocimiento lúcido y valiente de la realidad, con todo lo que ella implica de negatividad y conflicto, se podría hablar de esperanza. Lo demás es autoengaño ilusorio. Y si en los miedos podemos encontrar reacciones desproporcionadas, patológicas, como ocurre en las fobias o crisis de pánico, también en determinados optimismos y actitudes aparentemente esperanzadas se puede advertir la morbosidad de lo maniaco; es decir, de la negación de aquello que resulta intolerable mediante el recurso a lo ilusorio y a los sentimientos infantiles de omnipotencia.

Sólo desde una suficientemente ajustada percepción de nuestra propia realidad, de la del mundo y de la de los otros, será posible emprender el combate contra los inevitables temores que surgirán en la vida. Y a partir de esa lúcida percepción de la realidad, todos tendremos la posibilidad de aprender a enfrentar y superar nuestros miedos. Porque también en este terreno nos es dado aprender.

Y en este sentido, hay que señalar que todas las técnicas de terapia que se ocupan de esta problemática coinciden en una dirección. El único método para combatir los miedos perturbadores es el de enfrentarlos directamente, tomar plena conciencia de ellos, sentirlos como tal, con todo el malestar que esa vivencia implica y, a partir de ahí, con un análisis de la irracionalidad y negatividad que comportan en nuestra vida, “dar el salto” por encima de ellos. Cuanto más permitimos que nuestro miedos nos empuerqueñezcan, mayores dimensiones cobrarán ante nosotros.

En el tratamiento específico de las fobias juega siempre un papel fundamental la aproximación medida y progresiva al

objeto temido²¹. Sin necesidad de terapia, eso es lo que hacemos cuando probamos nuestro nivel de ansiedad y temor en aventuras o deportes de riesgo, o de modo más claro, en la experiencia cinematográfica o teatral. En éstas últimas nos adentramos en la zona oscura, pero con la conciencia de que llevamos nosotros el control, en la medida en que podemos retirarnos de ella cuando lo deseemos (cerrar los ojos, por ejemplo, en una escena de terror en el cine) o en la medida, también, en que sabemos perfectamente que la aventura tiene un final y que la película o la representación teatral acaban y que, una vez fuera de la sala, nos encontramos en una situación de total indemnidad. La experiencia cinematográfica, de modo especial en nuestros días, facilita esa movilización de nuestras angustias y temores más profundos (muchas veces los que son desconocidos totalmente para nuestra conciencia), pero desde una posición en la que sabemos que nada “malo” ocurrirá, porque o bien, al final, las fuerzas del bien salen victoriosas en la misma representación o, en todo caso, el film acaba con el famoso “The end” de antaño o, ahora, sin él.

Son recursos que la cultura pone a nuestra disposición, proporcionándonos unas vías psicoterapéuticas para manejar esos miedos que, bien por amenazas externas, o bien por fantasmas internos, habitan en nosotros y nos acompañarán siempre. El reto lo tendremos, tanto a nivel personal como colectivo, en ser capaces de asumir la vulnerabilidad, limitación y contingencia de la vida, de modo que la dimensión propositiva, de futuro, de cambio, coraje y esperanza puedan abrirse paso en nuestra existencia por encima de esos miedos inseparables.

21 Cf. J. WOLPE. *Psicoterapia por inhibición recíproca*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1976, en la que presenta la técnica denominada “desensibilización sistemática”, una de las más utilizadas hoy día en el tratamiento de las fobias.

Los escenarios del miedo

Eubilio Rodríguez Aguado

No sabemos a dónde vamos, sino tan sólo que la historia nos ha llevado hasta este punto. Sin embargo, una cosa está clara; si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad (E. Hobsbawm, “Historia del siglo XX”).

PRESENTACIÓN

Con esta advertencia Hobsbawm termina su *Historia del siglo XX*. Refleja bien la impresión de amplias capas de nuestras sociedades en este comienzo del XXI: sentimientos de oscuridad, desconcierto e inseguridad ante el futuro. La experiencia de la inseguridad, el temor a la desaparición de un mundo conocido, a la desaparición de la propia identidad, al menos en la forma que nos conocíamos, encienden todas las alarmas. Se trata del miedo a lo desconocido, a enfrentarnos con un paisaje tenebroso, con una navegación de la que no poseemos las cartas necesarias para orientarnos. Henry Paulson, secretario del Tesoro de EE.UU. cuando estalló la crisis financiera, repetía que “para esta crisis no hay un libro de instrucciones”. Y esa falta de referencias es lo que desde siempre ha provocado el miedo en el ser humano: “La emoción más antigua de la humanidad es el miedo, y el miedo más antiguo es el miedo a lo desconocido” (Lovecraft).

Eubilio Rodríguez Aguado (Usera - Madrid), Consejo de Redacción de FRONTERA.

Pero los momentos de crisis pueden convertirse también en momentos de vida nueva y creatividad personal y colectiva. Según como se manejen, la incertidumbre y las angustias que lleva asociadas pueden constituir el trampolín que lance a las personas a nuevas realizaciones: “La crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países, porque la crisis trae progresos. La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche. Es en la crisis donde nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. El problema para las personas y los países no son las crisis sino la pereza para encontrar salidas y soluciones. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno” (Einstein).

El mundo cultural de la Biblia recoge también este doble rostro de la “Crisis”: “mutación grave que sobreviene en una enfermedad para mejoría o empeoramiento”, “enfermedad de las personas o de los grupos humanos”, “momento decisivo en un asunto de importancia”. La crisis pone de manifiesto algo que estaba ya en la realidad pero permanecía oculto. Puede ser vivenciada, por consiguiente, al mismo tiempo como un peligro y como una oportunidad para profundizar en los problemas que ya existían y encontrarles una solución a largo plazo, cambiar de rumbo la marcha de las personas y cambiar la configuración de las comunidades humanas. Se trata de un momento que puede contribuir al nacimiento de una nueva conciencia, de nuevas formas de vida y de convivencia.

Lo que pretendo con estas líneas es desarrollar cómo la crisis económica que vivimos está desencadenando unos miedos colectivos, al poner de manifiesto algunos factores que los originan, una serie de situaciones que ya existían y de las que ahora somos más conscientes. Estos miedos, según como se manejen, comportan sus riesgos, si nos dejamos llevar por el pánico, pero también sus oportunidades si manteniendo la esperanza, nos abrimos a la construcción del futuro, de una nueva realidad personal y social.

* * *

1. LOS MIEDOS COLECTIVOS

La construcción social de la realidad

Los psicoanalistas cuentan una historieta para ilustrar lo que supone la rehabilitación de una persona cuando supera, por la psicoterapia, la pérdida del miedo y recupera la confianza en sí mismo. Cuentan que la enfermedad de cierto paciente consistía en estar convencido de que era un grano de trigo; y cada vez que veía una gallina, le acometía un terror mortal y salía huyendo, convencido de que la gallina lo perseguiría hasta eliminarlo. Acude al psiquiatra y, después de largas sesiones, éste consigue convencerlo de que no es grano de trigo sino persona humana y que por tanto no tiene nada que temer de ninguna gallina. Y repite convencido para recuperar la confianza en sí mismo: “Soy persona humana, no soy grano de trigo”. El psicoterapeuta da por terminado el tratamiento y tras la última sesión se despiden satisfechos los dos. Pero, a los pocos minutos de despedirse, vuelve el paciente corriendo, aterrorizado... porque había visto una gallina. El psicoterapeuta no entiende nada y le pregunta: “Pero, ¿no habíamos quedado en que usted sabe que no es un grano de trigo?”. A lo que responde el paciente: “Sí, yo estoy convencido de no ser grano de trigo. Pero... ¿y la gallina, también lo sabe”?

Sirva esta historieta para introducir, por contraste, la importancia de las situaciones objetivas, sociales, colectivas en la producción de miedos. Desde luego, las condiciones psicológicas personales influyen en la percepción y reacción ante esas situaciones, pero los miedos que provocan no se pueden superar considerándolos como una simple cuestión psicológica, que se elimina sólo mediante educando personalidades seguras de sí mismas. La gallina del cuento evidentemente no tiene por qué causar ningún miedo a cualquiera que esté psicológicamente sano. Pero hay situaciones estructurales, colectivas que condicionan nuestras vidas y las vidas de los grupos, situaciones que no saben ni les preocupa, ni les interesa que seamos personas humanas y a las que es razonable temer ya que, aunque personalmente este-

mos convencidos de ser personas con toda dignidad y derechos, sin embargo, ante tales situaciones colectivas, estructurales, se nos hace muy difícil vivir como tales personas dignas.

Porque lo social, lo colectivo, lo estructural forma parte de nuestra manera de ser personas. No podemos eludir la necesidad de cambios estructurales para recuperar en lo cotidiano la posibilidad no sólo de ser personas dignas, sino la capacidad concreta de vivir como tales. La realidad, también la personal e individual, se construye y se deconstruye socialmente. En consecuencia las situaciones colectivas son básicas a la hora de provocar seguridades o miedos en las personas. Los sociólogos han descubierto cómo lo que llamamos “realidad” tiene mucho de construcción cultural, histórica. Una construcción social ya que percibimos la realidad –también nuestra realidad personal–, sirviéndonos de mediaciones culturales que nos son transmitidas en los sistemas ideológicos elaborados por las sociedades en que cada uno vive y crece. Esa ideología nos asigna nuestro lugar en el mundo. Y aceptar esa imagen del mundo y de nosotros mismos que nos da ya elaborada el sistema ideológico en que crecemos nos proporciona identidad, seguridad, un horizonte de futuro donde situarnos y situar nuestras ocupaciones; nos proporciona arraigo y sentido.

Los psicólogos sociales han destacado también la importancia de este factor social en la percepción y consolidación de la propia identidad personal desde los primeros años de la vida, en el crecimiento del niño y el adolescente. Lo que llaman “imagen social” (la manera como el grupo donde uno vive percibe a cada persona perteneciente a ese grupo) es decisiva para el crecimiento y autoestima de cada persona individual. Este fenómeno se detecta con especial claridad en el crecimiento y consolidación personal de los niños y jóvenes inmigrantes. Reciben, por una parte, una visión del mundo y de lo que es ser buena o mala persona, en su familia y en su cultura de origen, pero, por otra, se ven sometidos a la deconstrucción de esa imagen en muchos de sus aspectos, por parte de la cultura de la sociedad europea, los medios de comunicación, sus compañeros... En la medida en

que la imagen social del inmigrante es minusvalorada, ellos mismos se perciben inferiores y reaccionan o bien con agresividad ante esta sociedad que no les reconoce su dignidad, o bien con una sobreadaptación, rechazando sus rasgos originarios. En muchos casos terminan no sabiendo exactamente quiénes son, porque la identidad personal resulta ser también un resultado del escenario colectivo y del papel que se nos asigna desde fuera en ese escenario.

Para curar, por tanto, al enfermo de la historieta, quizás no sea tan descabellado tener en cuenta lo que piensa o no piensa, lo que puede o no puede hacer con él “la gallina”: las condiciones objetivas, lo que condiciona nuestras imágenes y condiciones de vida, más allá de nuestras solas convicciones personales. Porque por muy seguros que podamos estar de nuestra identidad, probablemente no sea suficiente para poder desarrollarla, si no tenemos en cuenta los factores objetivos que la condicionan de manera tan decisiva.

Una machacona publicidad neoliberal ha pretendido convencernos en las últimas décadas de que lo decisivo es la voluntad individual, el esfuerzo personal, pues —se dice— quien no se abre paso en la vida es porque no quiere o no se lo plantea correctamente. Se ha querido reducir las relaciones sociales a meros conflictos entre individuos, cargando únicamente sobre la conciencia de las propias víctimas la responsabilidad de sus situaciones. Está bien como llamada a la responsabilidad e iniciativa personal, pero se olvida de que, justamente, uno de los momentos de esa responsabilidad ha de ser el tomar conciencia de los condicionantes de la realidad en su conjunto, sin lo cual la acción, también personal, probablemente se quede en voluntarismo utópico e ineficaz.

La deconstrucción social de la realidad

Si la realidad se construye socialmente, también su deconstrucción y las reacciones que provoca tendrán componentes colectivos. En efecto, cuando los escenarios colectivos se mueven, se vuelven inciertos e inseguros, aparece el miedo, la reali-

dad como amenaza al perder referencias conocidas, elementos que nos identificaban, nos conferían nuestro lugar en el mundo.

Todo se vuelve precario: nuestros cimientos naturales y sociales, nuestras raíces históricas, nuestras perspectivas de futuro. Surge lo desconocido en el horizonte, no acertamos a fijar nuestra situación: ¿dónde estamos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? Cuando el miedo a lo desconocido sólo lo sufre una persona o un grupo reducido de personas; cuando sólo somos las personas individuales las que desconocemos dónde estamos y a dónde vamos, la situación tiene fácil arreglo; podemos informarnos, preguntar a los que saben. Pero cuando es el colectivo en su conjunto el que se encuentra ante situaciones que nadie había experimentado antes, que no sabe cómo manejar lo desconocido para todos, puede surgir el pánico ante un futuro que a todos supera y aterroriza. El mismo pánico con que los antiguos colectivamente contemplaban el más allá de las columnas de Hércules, el mar desconocido, “*mare tenebrosum*”.

Y sin embargo estas situaciones de deconstrucción de lo conocido son inevitables en la marcha de la historia humana. Porque el ser humano no es sólo cultura y tradición, arraigo y pertenencia, se siente también fascinado y atraído por esos horizontes desconocidos e inexplorados. Inevitablemente piensa y pone en cuestión las propias bases de su subsistencia, las instituciones que otros han construido a su imagen e interés, y toma decisiones libres contra la estabilidad realmente existente, a veces incluso contra su propia comodidad, a costa de abandonar lo conocido y volverse más vulnerable, pero también más capaz de reconstruir la realidad de otra manera. Es lo que ha hecho de la familia humana un linaje de caminantes, de permanentes insatisfechos, lo que ha posibilitado el progreso y los cambios civilizatorios.

Y hay conciencia de que vivimos ahora uno de esos momentos históricos inciertos y críticos. De febrero a mayo de 2009 Caixa Forum de Madrid ha ofrecido una exposición de arte contemporáneo con el título de “Zonas de Riesgo”. El folleto de presentación explicaba su contenido:

“En los últimos años, el arte no ha dejado de expresar su visión de los conflictos que afectan a nuestra existencia en este mundo cada vez más incierto e impredecible. En el inquietante escenario actual la sensación de vulnerabilidad forma parte del estado normal de nuestra sociedad. Hoy, todo lo que ocurre en alguna parte del planeta repercute inevitablemente en el resto. La libre circulación del capital y la creciente movilidad de la población, así como la comunicación instantánea de productos, imágenes e información, han puesto al descubierto cada rincón del mundo. Ya no existen lugares adonde escapar ni donde ponerse a cubierto. Con la globalización, la sociedad se percibe a sí misma más expuesta al riesgo que nunca.

Zonas de riesgo es una exposición que indaga en los conflictos de un mundo convulsionado por la inestabilidad económica, invadido por retóricas de guerra, condicionado por desigualdades sociales, amenazado por el deterioro medioambiental y desconcertado por la descomposición de las estructuras sociales... A lo largo de la historia las sociedades han organizado el conocimiento en narrativas que explicaban qué era el mundo y cuáles eran las conexiones causales entre los distintos procesos. Actualmente los cambios estructurales sociales y personales provocados por los procesos globalizadores nos hacen más difícil entender lo que sucede a nuestro alrededor”.

La actual crisis económica presenta también todos los síntomas de ser algo más que una crisis meramente financiera para convertirse en el rostro visible de una crisis más general. Los términos que se están empleando para definirla se refieren a la inconsistencia de una economía sin bases reales: burbuja inmobiliaria, financiera; crecimiento virtual; productos financieros volátiles; especulación sin una base en la economía real; grandes negocios que de la noche a la mañana pinchan y se disuelven en el aire, etcétera. Pero los analistas sociales llevan tiempo utilizando términos parecidos para describir la matriz cultural global, no sólo económica, en que nos movemos en las últimas décadas: modernidad líquida, sociedad del riesgo, realidad vir-

tual... Uno de ellos, Zygmunt Bauman, en sus publicaciones *La modernidad líquida* y *Vida líquida*, expone cómo la “vida líquida” es la manera habitual de vivir en nuestras sociedades modernas contemporáneas. Esta vida –dice– se caracteriza por no mantener ningún rumbo determinado, puesto que se desarrolla en una sociedad que no mantiene mucho tiempo la misma forma (como los líquidos). Ello hace que nuestras vidas se definan por la precariedad y la incertidumbre constantes.

Las funciones del miedo

Así, pues, una primera función del miedo a lo desconocido, consiste en que nos deslumbra y desestabiliza, elimina la confianza y seguridad en nosotros mismos. En consecuencia, para defendernos de lo que consideramos una situación que nos amenaza, recurrimos a la huida en sus variadas formas. Pretendemos huir hacia el pasado, hacia escenarios conocidos que controlábamos cuando no se habían presentado las dificultades, imaginando que la historia puede volver hacia atrás. Las actitudes regresivas se presentan así como una tentación, como si la historia pudiera rebobinarse, volverse a escribir a nuestro gusto. Nos imaginamos que huyendo desaparece el problema, simplemente porque desaparece de nuestra percepción inmediata.

O bien nos paraliza, ya que produce una inhibición de la razón, del corazón, del espíritu. Nuestra capacidad de reacción, nuestra personalidad queda anulada; anulada nuestra capacidad de pensar soluciones nuevas o de ponerlas en práctica. Preferimos esperar toda salvación de alguien exterior a nosotros y a los grupos de los que formamos parte, de algún salvador al que atribuimos poderes ocultos de los que nosotros no participamos. Actitud fácilmente manipulable por quienes buscan conquistar el poder y beneficiarse de él para sus propios intereses. “El miedo se ha convertido en el eje de la actual política internacional... La política del miedo comienza a ser también el arma con que los propios gobiernos democráticos legitiman su poder y sus quebrantamientos de las leyes constitucionalmente garantizadas” (Carlo Mongardini, *Miedo y sociedad*, p.18).

Pero la experiencia del miedo puede también desarrollar otras funciones; puede servir para, movilizarnos por la necesidad de recuperar la seguridad y supervivencia, ponernos en marcha hacia la búsqueda y creación de nuevas situaciones que tengan en cuenta los datos que nos ha aportado la irrupción de lo que nos era desconocido. El “*mare tenebrosus*” entre los antiguos no sólo provocaba pánico sino también, y al mismo tiempo, atracción y fascinación. Y es la fascinación uno de los factores fundamentales que movilizan la aventura y la iniciativa humana.

Hobbes vio en el miedo nada menos que la vía de superación del estado de naturaleza y el fundamento de la sociedad política, lo que mantiene unidos en sociedad a los hombres. Para él, el miedo obliga a los hombres a refrenar los instintos que ponen en peligro su seguridad, a imponerse límites y a plantearse su propia conservación. Del miedo nace la renuncia, la vida asociada como garantía de la propia vida, la sumisión y el pacto de dominio; es decir, la sociedad política. El pacto social se establece para acabar con el miedo, que de ese modo pierde su carácter maléfico y pasa a ser un factor beneficioso para la vida política, ya que permite a los hombres librarse de la situación de temor recíproco que caracteriza al estado de naturaleza.

**Hobbes descubrió
en el miedo el
fundamento de la
sociedad política**

Es el papel de la imaginación en los momentos de crisis generalizada. Porque, si bien es cierto que la imaginación desarrolla miedos tanto en el plano individual como en el colectivo, no es menos verdad que también ayuda a liberarnos de ellos. “En el mundo real, que a menudo resulta frustrante, la imaginación desempeña una función compensatoria, sobre todo en momentos de crisis, para compensar las desilusiones, convertirse en un escudo contra los miedos e inventar soluciones alternativas. La imaginación construye sus proyecciones sobre la realidad, actúa sobre lo desconocido y sobre el futuro y crea, a partir de un

mínimo de experiencia, una multiplicidad de mundos posibles...” (Mongardini, p. 49).

Para facilitar esta segunda función del miedo, para que el miedo no nos empuje a la fuga o a la parálisis sino a la creatividad, son precisas algunas condiciones. Una primera condición: nombrar los motivos del miedo, hacer lo posible porque aquello que se nos presenta como amenazante, sin contornos precisos, se convierta en algo explicable, razonable. Mediante el análisis, al tomar distancia del pánico inmediato la persona puede situar lo que le está sucediendo; pasar de algo que se le presenta como caótico y amenazante a darle un mínimo de racionalidad que le permita situarse y relacionarse con él. Una segunda condición: Es preciso atreverse a pensar y a actuar, y actuar colectivamente; imaginar nuevos horizontes, experimentar, aceptarse equivocarse para corregir; ir detectando las pequeñas realizaciones que parecen ir en la buena dirección. Y una última condición (o quizás la primera): contar con razones para vivir y para actuar. Fuerzas que movilicen a las personas y grupos humanos a enfrentarse a las situaciones, a pesar del miedo, y no elegir el camino de la fuga sino el de la iniciativa. Es importante que nosotros, ciudadanos del siglo XXI, sepamos no sólo contar con buenos análisis, sino también encontrar las fuerzas que puedan movilizar a las personas de hoy.

Vamos a detenernos ahora en los miedos colectivos, estructurales, de este comienzo del siglo XXI, en el pánico y al mismo tiempo la fascinación que provocan a la persona humana por su pertenencia a un grupo social o por su dependencia de unas condiciones materiales de vida. La desaparición hoy de los escenarios que proporcionaban seguridad y certidumbre se refiere a lo que tiene que ver con la adquisición de los recursos materiales (la *economía*), con la organización de la convivencia social (la *política*), con las raíces históricas, culturales y su horizonte de futuro y que proporciona lugar y sentido a la vida y a la tarea humana (*cultura-religión*). Vamos a poner nombre a los factores de estos miedos colectivos, esbozar el rostro de los fantasmas que nos amenazan, para detectar los riesgos a que estamos

expuestos, pero también las oportunidades que ofrecen estas nuevas situaciones.

2. FACTORES DEL MIEDO COLECTIVO

Factores económicos

Tomado de *Le Monde Diplomatique* (Junio 2009), “El infierno empezó en La Gloria. Mucho más que una gripe”:

“La Gloria es un pueblecito del Estado mexicano de Veracruz. En él la productora de carne porcina más importante del mundo y una de las mayores empresas agroalimentarias del planeta –Smithfield Foods Inc. que controla el 25 % del capital de la española Campofrío y abastece a Mac Donald’s– posee unos gigantescos criaderos industriales de más de un millón de cerdos, hacinados en pésimas condiciones higiénicas. Esta empresa ha sido frecuentemente acusada por Human Rights Watch de contaminar agua, suelo y aire, y de no respetar los derechos de los trabajadores y fue multada en 1997 con 12.300.000 dólares por un tribunal de EE.UU. Para evitar estos inconvenientes Smithfield Foods (al amparo del Acuerdo de Libre Comercio entre EE.UU, Canadá y México) trasladó parte de sus criaderos a México, donde las leyes a favor del medio ambiente son más laxas o inexistentes.

Hay una demanda presentada contra la multinacional por el marido de una de las primeras víctimas mortales de la gripe porcina (gripe A) en la ribera texana del Río Grande. Un reciente informe de la organización no gubernamental GRAIN (‘Influencia porcina: un sistema alimentario que mata. La industria de la carne desata una nueva plaga’) parece confirmar la vinculación de estos criaderos con el origen de la epidemia. Y la revista *Science* había advertido en 2003 de que la gripe porcina evolucionaba rápidamente a causa del aumento del tamaño de los criaderos industriales. El periódico mexicano *La Jornada* (5-04-2009) narraba: ‘Nubes de moscas emanan de las lagunas de oxidación donde la empresa vierte los desechos fecales de sus granjas porcícolas;

y la contaminación a cielo abierto ya generó una epidemia de infecciones respiratorias... El vector epidémico serían las nubes de moscas que despiden las granjas porcícolas y las lagunas de oxidación donde la empresa mexicano-estadounidense arroja toneladas de estiércol’.

Todo indica –concluye *Le Monde*– que la principal responsabilidad de esta nueva y grave amenaza sanitaria reside en la industrialización delirante de la producción alimentaria. El despiadado sistema de cría intensiva ha transformado radicalmente el sector. Estas granjas industriales se van convirtiendo en infiernos ‘concentracionarios’ en los que se hacinan, en medio de la hediondez y bajo calor asfixiante, decenas de millares de animales que intercambian virus patógenos con gran intensidad. Ahí está el culpable de la pandemia en curso”.

Este botón de muestra, tan de actualidad, nos sitúa ante el miedo colectivo que está despertando en las sociedades de hoy una determinada manera de funcionamiento de la economía capitalista. Se trata del miedo a las fuerzas que el capitalismo ha desarrollado y que, como un aprendiz de brujo, no consigue dominar. Una economía que sólo tiene en cuenta el máximo beneficio del capital a costa de lo que sea, el productivismo como único criterio de crecimiento. “El elemento de incertidumbre se ha hecho evidente durante los últimos años en el ámbito de las estructuras económicas. El mercado necesita confianza, pero cuando se queda sin más referencia que la razón calculadora experimenta golpes y contragolpes, para acabar quedando únicamente a merced de la especulación. El mercado, escribía Max Weber, abandonado a su propia lógica no conoce la dignidad de la persona, sino únicamente de las cosas, ni los deberes que imponen la piedad y la fraternidad, ni las relaciones humanas de las que son portadoras las comunidades personales” (citado por Mongardini, p.108).

Otro fantasma que despierta el miedo en estas sociedades es el sentimiento permanente del riesgo a quedarse sin trabajo. Estamos ante una economía neoliberal que se ha reestructurado

en bloque para expulsar al factor humano. Tres aspectos de la economía mundial de fines del siglo XX han dado motivo para esta alarma: La tecnología, utilizada únicamente para proporcionar el máximo beneficio a los inversores, es utilizada para expulsar el trabajo humano del sistema productivo, sin proporcionar suficientes empleos para aquellos a los que había desplazado o garantizar un crecimiento económico suficiente para absorberlos.

En segundo lugar, la globalización de la economía hace que la industria se desplace de sus antiguos centros, con elevados costes laborales, a países cuya principal ventaja es que disponían de cabezas y manos a precio más barato, con la consiguiente caída general de los salarios ante la presión de los flujos de una competencia global. Finalmente, el triunfo de esta ideología de libre mercado total ha eliminado la mayor parte de los instrumentos para corregir los efectos sociales de los cataclismos económicos.

Lo más amenazante de tales situaciones es que no se trata de casos aislados, sino del funcionamiento del sistema como tal y de que la mayoría no vislumbra alternativas viables a tal sistema. “El modelo neoliberal se había presentado como el esquema económico de la globalización. Este modelo que en los últimos años ha dado vida a los abusos financieros que han arrastrado a la economía mundial a la recesión y al caos económico. Y el verdadero peligro de la crisis consiste en la ausencia de una alternativa al modelo del libre mercado... En consecuencia, el riesgo y la inseguridad, la falta de alternativas ‘razonables’ son sus características” (*El País*, 9-05-2009).

Factores políticos

El mercado, para desarrollarse, necesitó superar las fronteras nacionales en la producción y en el consumo, sin que los Estados nacionales tengan capacidad de control ni que, hoy por hoy, exista una autoridad reconocida y con poder suficiente para regular las dinámicas del sistema. “El estado-nación ha constituido la institución política que hasta ahora se había dotado de

instituciones reguladoras de las relaciones económicas. Pero el estado-nación a comienzos del siglo XXI está a la defensiva contra una economía mundial que no puede controlar; contra las instituciones que construyó para remediar su debilidad, como la Unión Europea; contra su incapacidad para mantener sus propios servicios públicos... Y sin embargo el estado, o cualquier forma de autoridad que represente el interés público, resulta ahora más indispensable que nunca ante las injusticias sociales y ambientales causadas por la economía de mercado, o incluso si el mismo sistema económico tiene que operar a plena satisfacción” (Hobsbawm, p. 568).

Al mismo ritmo que la economía transnacional ha consolidado su dominio mundial, se ha ido minando la capacidad de los estados para cumplir con sus objetivos, porque cada vez pueden controlar una parte menor de sus asuntos. Organizaciones cuyo campo de acción se circunscribe al ámbito de las fronteras nacionales, como los sindicatos, los parlamentos, los medios de comunicación... pierden terreno en la misma medida que lo ganan otras organizaciones como las empresas multinacionales, el mercado internacional y los medios de comunicación global. La más insustituible de las funciones que los estados-nación habían desarrollado, la de redistribuir la renta entre sus poblaciones mediante los servicios educativos, de salud y de bienestar, cada vez encuentra más dificultades para mantenerse. Se ve minado por la tendencia a desmantelar actividades hasta hace poco realizadas por organismos públicos, dejándoselas al mercado.

En contrapartida las únicas inversiones públicas que no cesan de aumentar son las que se refieren a los sistemas de vigilancia y control (“las industrias del miedo”), sean en inversión directa por parte de los estados o en régimen de subcontratación a empresas privadas. Ignacio Ramonet, con el título “Control social total” explica en el número de Mayo-2009 de *Le Monde Diplomatique* cómo “en el paseo, en el banco, en el metro, en el estadio, en el aparcamiento, en las carreteras... alguien nos está vigilando, alguien nos está mirando por el ojo de las nuevas cerraduras digitales. La mirada penetrante de los satélites nos

persigue desde el espacio, las pupilas silenciosas de las cámaras nos controlan por las calles. El sistema Echelon (sistema de espionaje planetario de las llamadas telefónicas y del correo electrónico dependiente de la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense) inspecciona nuestras comunicaciones y los chips RFID (identificación por radiofrecuencia) revelan nuestro perfil de consumidor. Cada uso del ordenador, de internet, de la tarjeta de crédito deja huellas imborrables que delatan nuestra identidad, nuestra personalidad, nuestras inclinaciones”.

Pese a todo, los poderes tampoco se sienten seguros. Un síntoma significativo de este miedo del poder político lo constituyen las políticas sobre inmigración. La ratificación del Pacto Europeo sobre Inmigración en Octubre-2008 ha sido una vuelta de tuerca más en las políticas de represión y violación de los derechos humanos. La *Directiva de retorno* (“de la vergüenza”) ha venido a ratificar el triunfo de políticas diseñadas desde una Europa enroscada en sus miedos. Refuerzo de los mecanismos de control y blindaje de fronteras, expulsión de inmigrantes irregulares o su reclusión en los Centros de Internamiento en condiciones deplorables, cooperación con países vecinos supeditada a que controlen y persigan a los inmigrantes de paso sin respetar los derechos humanos, vulneración al derecho de vivir en familia, etcétera.

Como reacción lógica, el miedo en que se instalan los propios inmigrantes sometidos a controles permanentes y arrestos indiscriminados atestiguados en nuestro país por el mismo Cuerpo Nacional de Policía. Todos los inmigrantes conocen a alguien a quien han detenido en un lugar insospechado. “Tengo mucho miedo. He dejado de ir de compras y al cine y de salir por ahí”, admite una mujer paraguaya en la cola de la oficina donde se va a regularizar. Dice que lleva años peleando por los papeles y que no va a arriesgarse a perderlo todo en el último momento. Muchos opinan igual. “El miedo se instala como forma de relación social”, aseguraban colectivos de inmigrantes en su Manifiesto “La Ley de extranjería nos hace desiguales” (transfronterizo.net, 10-6-2009). Como dibujara uno de esos días el Roto: “El virus del miedo, ¡ése sí que es contagioso!”.

Factores culturales

Los factores culturales del miedo tienen que ver con la irrupción del “otro” en nuestras sociedades: Asistimos a la presencia visible, cercana y cotidiana, de personas de muchos países, culturas, religiones distintas entre nosotros, vecinos de barrios que hasta hace poco considerábamos de “nuestra propiedad”. Trabajadores inmigrantes, percibidos por la ideología ambiente como “competidores peligrosos porque degradan las condiciones laborales al aceptar trabajar más barato, en peores condiciones y con menos derechos”; porque “se les prioriza en los servicios sociales: puestos escolares, sanidad, vivienda...”, porque “hacen crecer los niveles de conflictividad e inseguridad ciudadana”; porque “degradan los niveles y ambiente en los centros educativos”...

**Diluidas las tradiciones
las personas se sienten
inseguras y amenazadas**

En el extremo del imaginario social, favorecido a menudo por algunos medios de comunicación, se vive como una invasión de extranjeros que se instalan en nuestras ciudades europeas y van avanzando lenta e inexorablemente en el control social de los barrios, pretendiendo imponer sus costumbres, su cultura, su religión, sus intereses. En el peor de los casos, percibidos como fanáticos suicidas que tejen por el mundo sus redes de destrucción y muerte, amenazando la paz y seguridad de todos.

Estamos dejando atrás unos y otros (los que vienen y los que estábamos) una identidad personal y comunitaria homogénea en historia, cultura, valores, religión, tradiciones, costumbres..., lo que proporcionaba estabilidad y seguridad a las personas, al compartir una “visión del mundo” básicamente común. Ello proporcionaba el vivir en comunidades de sentido que afectaban a la casi totalidad de la vida y de la sociedad, y cuyos pilares de sustentación eran la familia, la escuela, los medios de comunicación, la religión...

Asistimos igualmente a la presencia visible y socialmente legitimada de visiones de la vida y proyectos colectivos no religiosos, no católicos. Hoy hay otros sectores con visiones del mundo, horizontes de sentido, valoraciones que proponen comportamientos diversos y plurales y que exigen también un reconocimiento social y político y una legitimidad ante la opinión pública y las prácticas sociales.

Como consecuencia, al desdibujarse las tradiciones culturales, religiosas... de unos y otros (que proporcionan a las personas una base de sustentación, un horizonte previsible para tomar decisiones, apoyo para vivir y luchar) las personas nos sentimos amenazadas, inseguras y vulnerables en nuestros cimientos. Mutuamente, unos para otros, nos percibimos como un “peligro” y tememos la convivencia porque se nos presenta como un riesgo de eliminación recíproca (extranjeros-autóctonos, extranjeros entre sí, cristianos-musulmanes, laicistas-religiosos...).

“El comienzo del siglo XXI está suponiendo en muchas de nuestras sociedades una época de la ‘revolución cultural’: la disolución de normas, tejidos y valores sociales tradicionales, que hizo que muchos habitantes del mundo desarrollado se sintieran huérfanos y desposeídos” (Hobsbawm, 427). “Esta época cultural de comienzos de siglo XXI se caracteriza por no presentarse como una cultura, sino como una encrucijada de culturas diversas, cada cual con sus valores y símbolos propios, que buscan inútilmente, incluso en la tradición, un denominador común, lo que hace aumentar la inseguridad. Y la imposibilidad para el individuo contemporáneo de hallar sus referencias en una cultura aumenta la presión de la realidad, le impide mirar unitariamente el futuro y hace resurgir los miedos que conseguía exorcizar la estructura de una cultura homogénea... La complejidad de la sociedad consiste en que ya no existe ‘una sociedad’, sino sociedades no controlables porque no se adaptan a una única representación del orden social, lo que constituye un gran multiplicador de los miedos derivados de la falta de dominio, reapropiación y representación de la realidad” (Mongardini, pp. 80-81).

3. RIESGOS Y OPORTUNIDADES

Los diversos factores económicas, políticos y culturales originan escenarios colectivos propicios para la difusión de amenazas y miedos. Y como tales llevan consigo riesgos de involución y conflictos, la tentación de la huida o de la agresividad ciega. Pero también están cargadas de nuevas oportunidades, de posibilidades de actuación y cambio. Depende del modo cómo nos sepamos situar ante ellas. Pasamos a describir algunos de ellos.

Riesgos económicos

Ante un panorama de tales características, agudizado por la crisis, la tentación puede ser “la fuga, la amiga del pálido miedo” (como la llama la *Iliada*). Querer volver al punto de partida: encerrarse cada país en sus intereses nacionales y querer solucionar sus problemas desarrollando lo que se llama “políticas de perjuicio al vecino”.

A raíz de la crisis económica hubo una primera reacción en este sentido por parte de las principales economías del mundo, con Estados Unidos y la Unión Europea a la cabeza, que recurrieron de nuevo al rearme arancelario, al proteccionismo, como instrumento para estimular el propio crecimiento y combatir el paro. Rusia también elevó del 5% al 30% el gravamen para los coches importados, lo mismo el de la carne de ave y de cerdo. India anunció que prohibiría la importación de juguetes de China. El gobierno chino había elevado antes las deducciones de impuestos a la exportación de sus juguetes en un 14%. El presidente Sarkozy aclaraba que las ayudas a las empresas de automóviles no son para que se instalen en otros países. EE.UU. apoyaba a sus gigantes del automóvil sólo para que salven sus plantas en el propio país, etcétera. Aunque en la Organización Mundial del Comercio los Gobiernos defendían en público la necesidad de reforzar el libre comercio, sin embargo no dudaron en levantar barreras para calmar a sus opiniones internas alarmadas por la crisis.

Se pretendía con estas medidas proteger los mercados nacionales de la entrada de nuevos competidores, discriminando los productos del vecino para apoyar el propio tejido empresarial nacional y sus puestos de trabajo. Pero las consecuencias fueron que las cifras de comercio internacional cayeron por primera vez desde 1982 y los flujos de capital privado sufrieron un severo recorte. “Cuanto mayor es el pánico, mayor es la tentación de caer en la retórica nacionalista y de caer en la demagogia. El pánico hace que todos reaccionen con un sálvese quien pueda” (Arcadi Oliveres, catedrático de Economía y miembro de Justicia y Paz).

Estas constataciones han ido corrigiendo aquel furor proteccionista inicial. De manera que, en opinión de los expertos, pasados los primeros meses de la crisis, se estaría dando un “proteccionismo de baja intensidad”, pero no se habrían producido de modo generalizado las políticas de perjuicio al vecino, que agudizaron y generalizaron la crisis de 1929. La experiencia demuestra que el proteccionismo desencadena una espiral en la que la decisión de unos Gobiernos provoca la respuesta equivalente de los demás, hasta anular el espejismo de las soluciones exclusivamente nacionales. Incluso en el plano meramente financiero, las medidas de rescate de bancos por parte de los Gobiernos resultaban problemáticas en una economía globalizada. Así, la banca española, que no había requerido inyecciones de capital público, acusaba de “competencia desleal” a los bancos extranjeros que sí resultaron fortalecidos por las autoridades de sus países.

La salida proteccionista a la crisis, por tanto, no parece constituir propiamente una salida sino una tentación regresiva. Pero constituiría también una tentación mantener los mecanismos actuales de una globalización meramente financiera sin tener para nada en cuenta las consecuencias sociales que esta globalización está comportando. Esta problemática se ha evidenciado últimamente en el Reino Unido, con la revuelta social a raíz del reclutamiento de mano de obra italiana y portuguesa en la refinería de Lindsey con lemas como “empleos británicos para tra-

bajadores británicos”. Para los sindicatos británicos, este tipo de reacciones no se deben a actitudes xenófobas, proteccionistas, sino a que se trata de contrataciones en condiciones laborales de “dumping social”. Los trabajadores no se opondrían a la contratación de trabajadores extranjeros sino a que se haga en condiciones de mano de obra barata y sin derechos, sin respetar las condiciones salariales y laborales de los trabajadores autóctonos. Se plantea así una vez más el problema de una globalización incompleta: se globalizan las inversiones, la localización de las empresas, los factores del capital, pero las condiciones salariales, laborales, fiscales... se armonizan únicamente a la baja ya que se dejan al puro juego del mercado: de la competencia, del mínimo coste y máximo beneficio.

Oportunidades

La crisis ha servido también para poner de manifiesto algo que ya se sabía pero que se toleraba estoicamente: que EE. UU. y los países ricos han practicado siempre decisiones proteccionistas, mientras que los países empobrecidos se veían obligados a abrir sus fronteras sin apenas contrapartidas. No es nada nuevo, pero cuando la situación obliga a contar con la colaboración de todos, se presenta una oportunidad para forzar medidas que hasta ahora habían sido siempre pospuestas *sine die*. “La cuestión es para qué se utiliza el proteccionismo. Tal vez esta crisis sea una oportunidad para que los países más pobres desarrollen sus propias agendas de desarrollo y para constatar que deben replantearse los modelos imperantes hasta ahora en el crecimiento” (Ariadna Trillas, “Peligro de desglobalización”, *El País*, 7-02-2009).

Y así algunos expertos comienzan a imaginar una nueva arquitectura económica global. El Informe de Junio-2009 de la Fundación Alternativas dirigido por Joaquín Estefanía, titulado “Pactos para una nueva prosperidad”, plantea que la salida podría ser un *New Deal* global. Se propone en él que “el pacto de la posguerra entre socialdemócratas y democristianos europeos debe ser sustituido por un nuevo acuerdo. Aunque algunos

pretenden volver, como si nada hubiera ocurrido, al capitalismo de casino. No se puede volver a este funcionamiento de casino financiero sin semáforos. Un pacto entre las principales fuerzas políticas que recoja los estímulos necesarios para salir de la Gran Recesión y que introduzca una mayor regulación de la arquitectura financiera planetaria constituye la prioridad para superar esta crisis global. Ese pacto sería el equivalente, en el marco de la globalización, de los acuerdos que se establecieron tras la Segunda Guerra Mundial”.

Se trataría, por ejemplo, de generalizar a nivel planetario los programas que Obama, inspirado en el New Deal, ha puesto en marcha en EE.UU. ¿En qué ha consistido hasta ahora su trabajo en política económica? Primero, en poner las bases para la recuperación del sistema financiero. Segundo, en instrumentar un plan de estímulo a la economía real con el objetivo prioritario de crear millones de puestos de trabajo. Ese programa aporta un mayor equilibrio entre el mercado y el Estado después de un cuarto de siglo de hegemonía absoluta del primero, sometido a escasas normas de regulación. Ahora el Estado tiene que intervenir con inyecciones masivas de gasto público en infraestructuras clásicas, en nuevas fuentes de energía renovable, en sostenibilidad, en las tecnologías de la información y la comunicación avanzadas, en educación y formación, en el rescate de industrias estratégicas como la del automóvil, así como con reducciones de impuestos a las capas más bajas de la población y a la clase media, compensadas por incrementos de los gravámenes a las capas más ricas y a las ganancias de capital. Ello supondría la ruptura del modelo neoliberal o de “fundamentalismo de mercado” (Stiglitz).

La crisis del sistema está alumbrando formas de producir alternativas, vistas hasta ahora como demasiado utópicas, como el sistema de cooperativas como alternativa contra más despidos: “Después del hundimiento económico de Argentina en el 2001, miles de trabajadores irrumpieron en sus fábricas cerradas y reanudaron la producción, creando cooperativas laborales. Los trabajadores recuperaron sus salarios e indemnizaciones

impagadas sin dejar de reivindicar sus puestos de trabajo en el proceso en cuestión. Ahora que la economía mundial se parece en mucho a la de Argentina en el 2001 (y por buena parte de las mismas razones), se advierte una nueva oleada de acción directa, en esta ocasión entre trabajadores de países ricos. Trabajadores de Estados Unidos y Europa comienzan a plantear las mismas preguntas que sus homólogos latinoamericanos: ¿Por qué hemos de ser despedidos? ¿Por qué se consiente al banco que pase a liquidar nuestra empresa mientras obtiene miles de millones de dólares por nuestro dinero?” (Naomí Klein, *La Vanguardia*, 16-6-2009).

La crisis está también proporcionando nueva legitimidad a los movimientos indígenas que tienen otra visión de la sociedad y la naturaleza. Oxfam Internacional que ha calculado que el Gobierno peruano cedió el 70% del Amazonas a empresas multinacionales que extraerán hidrocarburos, afirma: “La crisis internacional es paladeada como una oportunidad única en la Cumbre de los indígenas, que desde su creación, en 1980, abraza el discurso anticapitalista”. Espinosa, de 56 años y oriundo del Amazonas peruano, recuerda la tenaz oposición de los indígenas a la mercantilización de los recursos naturales y a la explotación irracional del suelo y de sus trabajadores. “Exigimos cambios ya mismo”, asegura. En Puno, ciudad andina asentada a 3.827 metros sobre el nivel del mar, ante leyes que facilitan la parcelación, se ha desencadenado un levantamiento amazónico que impide el paso del petróleo; en Chile sucede lo mismo por el establecimiento de papeleras en territorio mapuche. “Sin el suelo no hay vida ni futuro para los pueblos”.

Los economistas comienzan a plantear asimismo la necesidad de establecer una fiscalidad global: “A pesar de que el F.M.I. está sitiado por los banqueros, Stiglitz acompañó sus advertencias con un recado al sector. Propuso un impuesto global a los bancos para compensar las pérdidas que han provocado. “A los políticos estadounidenses les costó una hora aprobar un plan de 700.000 millones de dólares para salvar bancos. En la última década apenas se ha gastado una décima parte en ayuda al desa-

rrollo”, atacó. Stiglitz aboga por una suerte de tasa Tobin –que el FMI estudia por mandato del G-20– para reducir la especulación y ayudar a los países pobres. “Ha nacido un amplio consenso: hay que freírlos a impuestos”, remachó (*El País*, 6-10-2009).

Riesgos políticos

El gran riesgo político que hemos vivido en las últimas décadas ha sido el creciente desprestigio de lo público. Este desprestigio de lo público unido a la creación y mantenimiento de estos escenarios del miedo no es inocente. Ha ido conduciendo a los individuos a abandonar el espacio de lo público, la preocupación por la política y refugiarse en su vida privada. Deja los asuntos del estado en manos de los miembros de la “clase política”: un grupo compuesto por políticos profesionales, periodistas, miembros de grupos de presión. “El individuo contemporáneo oscila entre el egoísmo individualista de la razón calculadora y la inmersión en los fenómenos de masa. Se protege de los grandes problemas de la humanidad con la indiferencia o con un comportamiento fatalista o primitivo. De ese modo deja vía libre a los que manejan los mecanismos del poder en su propio interés, mientras que los peligros de la civilización hacen surgir una especie de “reino de las sombras”, asimilable a los dioses y los demonios de épocas primitivas, que se oculta detrás del mundo visible y representa una amenaza para la vida humana sobre el planeta” (U. Beck, *La sociedad del riesgo*).

Han proliferado más las plataformas de participación en las que no son los problemas de la ciudadanía en su conjunto los que preocupan, sino los que se reducen al ámbito corporativista, a la reclusión en los propios grupos étnicos, gremiales... en las propias “tribus”. Nuevas fuerzas políticas con simpatías xenóforas y racistas o de corte secesionista van cobrando fuerza. Estas nuevas fuerzas políticas, que combinan demagogia populista con fuertes liderazgos personales y hostilidad hacia el diferente, muestran un mayor potencial de crecimiento. En esta línea va la decisión del gobierno italiano de crear patrullas de voluntarios

para combatir la inmigración ilegal u otros delitos. “Velar por el cumplimiento de las leyes y por la seguridad de los ciudadanos son responsabilidades que los Estados de derecho no pueden delegar en nadie, y menos aún en un cuerpo de somatenes. Las tasas de criminalidad no experimentarán mejoras sustanciales por la colaboración de los voluntarios, pero, en cambio, la presencia de éstos en las calles italianas puede generalizar la sensación de que el país vive un clima de excepción. Precisamente el que más conviene a los proyectos populistas” (“El somatén italiano”-Editorial, *El País*, 11-08-2009).

Los Gobiernos y los partidos democráticos están en inferioridad de condiciones frente a las formaciones populistas. Si ceden a las exigencias xenófobas, lo harán a costa del Estado de derecho. Y si no ceden, trasvasarán apoyo electoral en favor de quienes no buscan solucionar los problemas, sino explotar los miedos y las pasiones.

Estos mismos partidos tradicionales tienen dificultad para promocionar el universalismo de sus políticas democráticas y ciudadanas y se sienten tentados a abrazar las de alguna identidad de grupo justificando o incluso promocionando el rechazo a los extranjeros y marginados.

De hecho, como han puesto de manifiesto las últimas elecciones al Parlamento europeo, los máximos perdedores han sido los partidos socialdemócratas occidentales, cuyo principal instrumento tradicional para reponder a las demandas de sus partidarios –la acción económica y social de los gobiernos nacionales–, ha ido perdiendo fuerza.

“Para mí –afirma José Luis Sampedro– la crisis de ahora es una crisis de la vejez, de la decrepitud y del miedo. Ahora estamos ante la crisis de un sistema que se siente amenazado. La gente tiene miedo. Todo les preocupa. La prueba es que renunciamos a la libertad a cambio de que se nos prometa seguridad, que además nadie nos garantiza. Estamos dispuestos a ceder lo que sea con tal de conseguir seguridad”.

Oportunidades

Pero también es verdad que el estallido de la crisis ha ayudado a redescubrir la importancia del Estado en la organización de la vida socioeconómica, ya que ha puesto de manifiesto las consecuencias de la falta de regulación y de unas autoridades independientes que puedan intervenir en nombre de los intereses generales por encima de los intereses individuales o corporativos. En este contexto cobran más importancia que nunca las instituciones. “Una democracia saludable, lejos de estar amenazada por el Estado regulador, depende de él. El problema no era mucho Estado, como nos dijeron los dioses que —ahora lo sabemos— eran falsos, sino la ausencia del mismo” (Joaquín Estefanía, “Lo peor no es inevitable”, *El País*, 6-05-2009).

**Cuando funcionan
las instituciones
se reduce
la incertidumbre**

De nuevo la historia nos muestra que cada vez que se genera una crisis tan extrema, los ciudadanos redescubren la necesidad de instituciones eficaces, la prioridad de lo colectivo, la importancia de estar bien gobernados,

la significación de los servicios públicos y su buen funcionamiento, la centralidad de un Estado de bienestar lo más potente y eficaz que sea posible. Sólo que ahora, a diferencia de otras coyunturas históricas, hay que hacerlo en el marco de referencia de nuestra época: la globalización. El mundo del capitalismo de libre mercado sin control se ha encontrado con un final brusco y escalofriante y el Estado ha tenido que intervenir para hacerse con el control de la situación tanto económica como política. Las instituciones, cuando funcionan bien, reducen la incertidumbre, aminoran los costes de transacción y facilitan la cohesión social.

Como síntomas, aunque todavía débiles, de esta vuelta de las instituciones, esta vez a nivel global, algunas iniciativas que se están tomando en estos últimos meses: El presidente de la

Asamblea General de Naciones Unidas convocó en junio de 2009 a los 192 jefes de Estado y de Gobierno a una “Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Crisis Financiera y Económica Mundial y su impacto sobre el desarrollo”. En su convocatoria se hace referencia a la necesidad de contar con un ámbito de decisión real de todos los países: El G-20, generador del colapso mundial, se ha puesto sin miramiento a reconstruir la caída, pero excluyendo a 172 de los países implicados en la crisis. El sistema y sus gestores institucionales (FMI, BM, etcétera) están sobrepasados y necesitan un reemplazo radical. Esta crisis, siendo mundial, o se resuelve desde la perspectiva de un análisis de las necesidades básicas y más apremiantes de la humanidad en su conjunto y del planeta tierra, o volveremos a hacer reflotar la nave de la tierra pero sin la crisis superada y con la amenaza de mayores calamidades. La humanidad es una y las soluciones han de ser unas, para todos”.

Son muchos los que abrigan la esperanza de que ahí y no en el Grupo-20, surjan análisis, propuestas y planes de acción que traten de sustituir un sistema que ha hecho agua por todas partes, como por ejemplo la creación de una moneda de referencia internacional, independiente de cualquier Estado, gestión de los bienes públicos globales (océanos, espacio, ciberespacio...) cuyo uso “privado” puede ser perfectamente tasado para el bien de todos.

Se comienza a hablar, por ejemplo, de un Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas que podría decidir cuándo una transnacional o una empresa de recursos o de energía está entrando en un terreno reproducible por Naciones Unidas de la misma manera que hoy el Consejo de Seguridad decide cuándo una guerra es justa y cuándo es injusta. Su campo de intervención se referiría más a las causas de la pobreza y no sólo a la reducción o los efectos de la misma.

Otra iniciativa: el creciente peso en la escena internacional de países que hasta ahora no eran considerados de los “ricos”: los países BRIC (Brasil-Rusia-India-China). Lula comentaba de la siguiente manera su primera cumbre en Junio-2009:

“Esta cumbre representa un hito importante en la relación de nuestros países con un mundo que está experimentando cambios profundos. Vivimos en medio de paradigmas rotos e instituciones multilaterales en declive. Es evidente que la sociedad moderna debe revisar un sistema que desperdicia los limitados recursos naturales de la tierra y, al mismo tiempo, condena a miles de millones de personas a la pobreza y la desesperación.

Ésa es la razón por la que en la Asamblea General de naciones Unidas en 2008 dije que ‘había llegado el momento de la política’. Ha llegado el momento de tomar decisiones difíciles y asumir responsabilidades colectivas sobre la supervisión y el control del sistema financiero internacional, sobre el poder de decisión real de todos los países en las instituciones internacionales, sobre cómo cubrir los costes de la adaptación tecnológica necesaria para que las personas de los países en vías de desarrollo también se beneficien del progreso científico, sobre la eliminación de los subsidios proteccionistas de los países ricos que hacen que la agricultura moderna sea inviable en muchos países y dejan a los campesinos a merced de los especuladores de materias primas. Cada vez hay más esperanzas depositadas en que nuestros cuatro países sean capaces de ejercer un liderazgo responsable con el fin de ayudar a reconstruir un gobierno global y un crecimiento sostenible para todos” (*El País*, 16-06-2009).

En el nivel europeo también se plantea fortalecer las instituciones europeas, pero instituciones de otro tipo, para construir otra Europa. La plataforma “No Nos Resignamos”, por ejemplo, integrada por los secretarios generales de UGT, CC.OO, miembros del Consejo Económico y Social Europeo, de la Fundación Alternativas, catedráticos de diversas universidades europeas, abogados, sindicalistas... pocos días antes de las elecciones europeas publicaba el Manifiesto “Por una política económica plenamente europea: Tesoro Único Europeo”.

En él se planteaba: “Una vez más se están poniendo de manifiesto las debilidades de la integración europea, que consiste en un mercado y una moneda única y poco más. No hay una Europa

política, ni social, ni con una política exterior, ni de cooperación al desarrollo. La crisis ha puesto de relieve la necesidad de que la Eurozona se dote de una herramienta política para la coordinación de las diferentes políticas económicas: el Tesoro Único Europeo o Ministerio de Hacienda Europeo. Desde este gobierno europeo de la economía se podrán abordar políticas como: la obra pública, el trabajo decente, el cambio climático, el avance de la competitividad vía I+D+i, la fluidez del crédito, la protección social, la lucha contra los paraísos fiscales, etcétera. Esta gestión global de la economía reduciría las tensiones creadas por las tendencias nacionalistas; y los recursos crediticios, humanos culturales y tecnológicos que hay en Europa se pondrían al servicio de una apuesta global”.

Riesgos culturales

En cuanto al ámbito cultural-religioso, los riesgos que nos amenazan están claros: el ensimismamiento, el fundamentalismo, el refugiarse en unas formas culturales y/o religiosas de un pasado idealizado que ya no existe. Son reacciones explicables, originadas por la necesidad de recuperar un mínimo de referencias y seguridades que necesitamos para vivir, para saber qué pensar, cómo actuar, cómo reaccionar ante los retos que nos plantea la vida. Pero la búsqueda de este fundamento (que es buena y necesaria) puede convertirse en fundamentalismo. La búsqueda de identidad (buena y necesaria) puede derivar en perversión identitaria, en ensimismamiento corporativo.

El riesgo de cerrar filas, mantenerse incontaminados, con pocas ideas, cuantas menos mejor, pero seguras; eliminar toda crítica interna; “ex-pulsar”, “ex-terminar”, “e-liminar” a los que molestan, a los que in-quietan, al diferente. Cortar toda comunicación con ellos para ignorar sus preguntas, sus in-quietudes, lo que perturba la tranquilidad-descanso del “rebaño”. A su vez, quien venga de fuera habrá de uniformarse, permitiéndole sólo aquellos planteamientos que resulten inofensivos o periféricos (manifestaciones folklóricas...). Otra forma de eliminar al “otro”, en cuanto diferente, consistirá en fabricar identidades

facilonamente inclusivas: tratarle con “compasión”, “caridad”, “buenismo”, sin reconocer su diferencia, su igualdad, sus derechos, su dignidad.

Se alimentan los prejuicios y estereotipos respecto a personas de otros grupos. Prejuicios y estereotipos (imágenes y opiniones fijas) no basados en la realidad, sino en nuestras preconcepciones, que a su vez están condicionadas por nuestra historia, experiencias, intereses, ignorancia..., o los del grupo social al que pertenecemos. Gema Martín, directora de Casa Árabe de Madrid, advertía recientemente en la celebración del 400 aniversario del decreto de expulsión de los moriscos españoles (1409): “En la actualidad, entre los miedos sociales que se van extendiendo en los países occidentales, la figura del *musulmán* se encuentra como una de las más prominentes. Las opiniones públicas se han centrado en la necesidad de defenderse ‘preventivamente’ de ellos. Desde 2002 y de manera creciente, todas las encuestas sociológicas muestran un sentimiento de rechazo hacia los musulmanes. Los riesgos de intolerancia colectiva contra la identidad musulmana por serlo, y no por lo que algunos de sus individuos hacen, nos pueden llevar a situaciones de intolerancia y racismo”.

Se justifican así las reacciones agresivas, instintivas, no razonadas, puramente emocionales que incapacitan para el análisis y la reflexión serenos, para la búsqueda de causas y de alternativas. Se culpa de todo lo que no funciona al “otro”, al adversario, al extranjero. No hay nada que más cohesione al “rebaño” y elimine su capacidad de análisis y de crítica como la apelación al peligro exterior, a la situación de emergencia, de salvación nacional. Algunos han hablado incluso de “identidades asesinas” para referirse a unas formas de afirmarse que excluyen a los demás.

Se promocionan actitudes catastrofistas que desmovilizan: “¿A quién le va a importar la crisis si el mundo se acaba en dos años? ¿Qué más da ser mileurista con contrato basura cuando cualquier pandemia puede convertirte en un zombi? Ésta es la receta escapista de Hollywood. Cuando las malas noticias arre-

cian, la industria se apunta al cine catastrófico. Ya sucedió en los setenta. En pleno apogeo de la era Nixon y la crisis del petróleo, la taquilla premiaba *Terremoto* o *El coloso en llamas*, las películas agoreras. La oleada de muerte y destrucción que promete inundar los cines en los próximos meses es impresionante. Este tipo de películas que se alimentan de la ansiedad general explotando el temor ajeno, alimentando paranoias” (*El País*, 13-08-2009). Una vez más El Roto lo refleja con su lucidez habitual: “Las amenazas que no existen son las mejores para meter miedo” (*El País*, 16-10-2009).

Oportunidades

Pero este mestizaje de personas y culturas nos ofrece también una nueva oportunidad: conformar una nueva ciudadanía y educar para ella. Sami Naïr, europarlamentario francés de origen argelino, define la propuesta al plantearlo como “desafío mestizo”:

“Estamos en medio de un cambio de época, tenemos la sensación de que algo está desapareciendo mientras que la novedad del mundo aún no ha revelado un rostro reconocible. El lugar en el que se desarrolla la vida de todos es la ciudad. Por definición, la ciudad es el lugar de encuentro, el espacio de la socialización, el crisol del intercambio humano. La ciudad se ha convertido en el espacio en que se encuentran unas naturalezas humanas diferenciadas, unos orígenes múltiples, unas visiones del mundo diversificadas, en ocasiones radicalmente opuestas entre sí...

Y ya Aristóteles propone la palabra *polis* para designar al mismo tiempo la ciudad, la comunidad, el Estado, unas reglas de comportamiento, una reunión de personas diversas y la sociedad. Y añade que el hombre es un *zoon politicon*: un ser de comunidad, de sociedad, de ciudad... La fuerza de su propuesta se deriva de que rechaza todo planteamiento étnico, confesional o tribal. Está articulada alrededor de la idea de pertenencia a una comunidad humana. Aquello que informa la ciudad, lo que une a los ciudadanos es precisamente su condición de ciudadanos. Y nada más” (S. Naïr, “El desafío mestizo”, *El País*, 4-01-2005).

Es preciso aprender a realizar una “gestión ciudadana intercultural” del pluralismo social en los espacios ciudadanos y en los espacios educativos. Para ello, será preciso, en primer lugar, establecer un “ambiente” adecuado en los grupos humanos de orígenes diversos, articular las relaciones intergrupales. Un clima de confianza y respeto mutuo favorecerá la comunicación y el conocimiento recíproco más allá de los prejuicios que cada uno arrastra consigo, y proporcionará al grupo la seguridad necesaria para explorar y afrontar las distintas percepciones y actitudes.

Será necesario también tomar conciencia de las diferencias; establecer los perfiles del problema que se plantea cuando entran en confrontación distintas formas culturales y/o religiosas de situarse ante la realidad. Poner sobre la mesa los prejuicios y estereotipos, las imágenes que tenemos de los otros, heredadas de nuestro origen familiar, social, religioso, educativo. Y saber situar esas diferencias en su propio marco cultural, religioso, que le proporciona racionalidad, verosimilitud, la coherencia interna que histórica y sociológicamente ha ido adquiriendo al interior de ese grupo humano; que lo explica, aunque no lo justifique. Comprender su lógica interna no significa legitimarlo todo, pero puede ayudar a situarnos con respeto para hacer evolucionar las situaciones desde dentro.

Acostumbrarse a confrontar, intercambiar, valorar los distintos puntos de vista, las diversas visiones del mundo y sus propuestas; descubriendo las coincidencias de fondo, más allá de las divergencias que aparecen en un primer momento; sabiendo reconocer los valores y límites de cada propuesta; dejándose enriquecer por las ajenas; negociando soluciones que tengan en cuenta las diversas aportaciones.

Finalmente es necesaria una predisposición de todos para el cambio personal y grupal, para dejarse interpelar por las visiones y razones de los otros, condición necesaria para dar lugar a una situación nueva, una nueva ciudadanía que, asumiendo lo válido de cada uno, de cada tradición cultural, “recree” de alguna manera las diversas tradiciones en un proyecto de conviven-

cia colectivo en que todos se sientan reconocidos, porque todos han tomado parte en su elaboración.

Sin olvidar, por otra parte, los condicionamientos socioeconómicos, políticos, las implicaciones de poder que se dan en estas situaciones. Vivimos en un mundo interdependiente, a todos los niveles. Las propuestas y modos de comportamientos culturales, los mensajes religiosos no se dan en el “vacío”. Constituyen formas colectivas de situarse ante una realidad más amplia que afecta a todos los estratos de la vida y la convivencia. Y son utilizados, con frecuencia, como plataformas de movilización o sometimiento de los colectivos sociales, en defensa de unos u otros intereses socio-políticos y económicos

CONCLUSIÓN

Así pues, en este comienzo del siglo XXI, los escenarios económico, político y cultural nos presentan un panorama que legitiman los miedos colectivos. Nos enfrentamos a situaciones desconocidas, percibidas como amenazas al conjunto del cuerpo social. Es cierto. Pero los momentos de crisis pueden convertirse también en momentos de vida nueva y creatividad personal y colectiva. Recordábamos al comienzo la frase de Hobsbawm que, en el comienzo de este siglo, nos advierte: “Si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos”. Pero recordábamos también la lucidez de Einstein que algo sabía de crisis y creatividad: “La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche. Es en la crisis donde nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias”.

He pretendido con estas líneas dar nombre a algunos factores que provocan estos miedos, reconocer los riesgos a que nos pueden conducir, pero también las oportunidades de cambios que están ya apuntando en algunos casos. Para que esas oportunidades se conviertan en realidad será preciso no sólo tomar deci-

siones personales, sino también establecer dinámicas comunitarias. Si los factores y riesgos que están en el origen de estas situaciones son colectivos, también las estrategias para superar los riesgos y consolidar las oportunidades habrán de tener en cuenta este carácter colectivo, estructural de las situaciones. Se trata de organizar la esperanza. Encontrar alternativas es un trabajo colectivo, puesto que no surgen sólo de la cabeza de intelectuales iluminados o de gurús ideológicos. De ahí la importancia de dar consistencia organizativa a todos los sectores de la sociedad que esperan otra cosa diferente de lo que se ve en la realidad actual.

Para terminar recogemos la llamada a la serenidad y confianza del Evangelio en un escenario parecido, de desmontaje de seguridades colectivas, de la “gran angustia” del mundo presente. Y cuando el Nuevo Testamento habla del “mundo” se refiere a la humanidad en cuanto estructurada en un “orden socio-religioso-cultural” determinado, que viene definido por una serie de valores, comportamientos, costumbres, ritos, estructuras socio-políticas, religiosas... vigentes en esa sociedad y en los que crecen y son educados los miembros de la misma. Pues bien, en la víspera de la gran prueba, de la gran crisis, Jesús confirma a sus discípulos. También las angustias de este mundo y de sus transformaciones están sometidas a la fuerza de la fe: “Cuando oigáis estruendos de batallas y de revoluciones, no tengáis pánico” (Lc 21,9). “En el mundo tendréis apreturas, pero, ¡ánimo, que yo he vencido al mundo!” (Jn 16,33).

El reto está en plantear un modelo social (que va desde la política hasta la familia) que ayude a vivir desde la realidad del ser humano, con sus virtudes y sus limitaciones, sin ofrecer fórmulas engañosas para vivir sin riesgos o ideales inalcanzables. Sociedades que sostengan a quienes se atrevan a mirar cara a cara a la vida sin dejarse invadir por los miedos; que nos inviten a pensar en que vivimos rodeados de oportunidades y no tanto de riesgos. Contextos que ayuden a sus miembros a no parecer más asustados por la vida que por la muerte.

Rufino J. Meana SJ

El miedo y/de los cristianos

Mercedes Navarro Puerto

1. El miedo, una emoción rentable

La clase política y los que, por detrás, gobiernan este mundo y este sistema, esto es, los magnates del dinero, saben muy bien que el miedo es una de las emociones más rentables. El miedo toca núcleos humanos básicos y profundos. Toca el instinto de supervivencia, la mayoría de cuyos resortes son primitivos, heredados de la especie. Toca necesidades básicas, como la de seguridad y confianza, necesarias para el crecimiento y el desarrollo, para la expansión individual. Se inyecta en los resquicios del yo, de la esperanza, del desamparo, la soledad y el cuidado. Roza el núcleo del amor, o lo que es lo mismo, la amenaza de pérdida de lo valioso y lo vital. Se aloja en el cuerpo, expresivo de sentimientos y reacciones apenas controlables, tiene que ver con la salud y, en definitiva, con nuestra humana conciencia de fragilidad, de finitud, de mortalidad. La emoción del miedo es, además, ambivalente y fronteriza. Su dimensión excitante es aprovechada por el mercado del espectáculo, el deporte y el erotismo en un mundo que, con frecuencia, lo reclama para la toma “fuerte” de conciencia de que se está vivo. El miedo se relaciona con la culpa, con la dignidad, con los mecanismos básicos relacionales, con la aprobación social. Pero la emoción del miedo es, sobre todo, una eterna fuente de manipulación.

Esta posibilidad de manipulación es la que hace más rentable el miedo. Por miedo a la pérdida de los seres queridos, de la salud, del dinero, del bienestar, del poder, de la imagen...; por

Mercedes Navarro Puerto (Madrid), bibliista y psicóloga.

miedo a la marginación, al sufrimiento, a la miseria, a la muerte... podemos hacer cualquier cosa. Nadie escapa de esta posibilidad de convertirse en un ser manipulado y manipulador. Nadie puede decir que es inmune al miedo. Nadie puede situarse en las afueras de este núcleo vital. Síntoma del miedo es, por ejemplo, la activación defensiva armada que ha convertido a más de una nación en estado policía, o la activación defensiva de la ansiedad, sobre todo la ansiedad anticipada.

Su cara positiva es la protección, inscrita en nuestro cuerpo: los párpados, la adrenalina, las reacciones vegetativas, la capacidad de disimulo..., todo el sistema defensivo psicofísico y las diferentes formas de afrontar las amenazas externas que afectan a derechos territoriales, afectivos, morales y de todo tipo. Por tanto, resultaría pretencioso y arrogante pretender escapar del miedo. De hecho, quien se muestra supuestamente inmune queda calificado inmediatamente como enfermo psíquico que puede ponerse en peligro y poner en peligro a los demás.

No obstante todo lo dicho, contamos con unos puntos de fuga, unas grietas que burlan el miedo sin que ello signifique enfermedad física o mental. Hasta cierto punto podemos decir que por dichas grietas se puede afrontar el miedo y desafiarlo. Es lo que siempre han hecho las religiones mediante las creencias. Las creencias pueden matar por invasión masiva del miedo o, por el contrario, pueden desafiarlo hasta más allá de la muerte. Las creencias en seres supranaturales que atrapan y destruyen, conducen realmente a la destrucción. Las creencias apoyadas en la culpa y el pecado pueden arruinar la vida y el futuro de una persona. Las creencias en una recompensa mayor que ningún otro sufrimiento pueden facilitar que alguien se convierta en hombre o mujer bomba. Las creencias en la condición moral y contaminante de una persona pueden llevar a una turba a linchar, apedrear, quemar o dejar sin dignidad ni amparo a otros seres humanos. Dice un conocido autor que la regresión hacia el miedo es el peligro que acecha constantemente al sentimiento religioso¹.

¹ Jean DELUMEAU, *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid 1989, 23, citando a Marc ORAISON.

El miedo es percibido como una amenaza y nos sentimos amenazados por lo diferente, lo desconocido, lo distinto. La tendencia inmediata ante la amenaza es librarnos de ella, pero si esa amenaza es simplemente lo que no conocemos y, por ello, no controlamos, ¿nos libraremos del miedo suprimiendo la incertidumbre de todo lo que no sentimos como propio ni nos resulta familiar...?².

¿Se puede salir de esta difícil red de conexiones? ¿Qué se opone realmente al miedo? La respuesta tradicional más habitual es la valentía. El valor, el arrojo, parecen desafiar el miedo, pero en realidad no constituyen su antídoto. Cada cultura y religión tiene sus propios recursos para hacerle frente. En cada época y sistema se apela a unos determinados valores. Hoy, por ejemplo, mucha gente respondería a esta pregunta apelando a la información. Si lo desconocido es fuente de amenaza, conozcámoslo³, dejemos que lo desconocido se convierta en conocido y familiar mediante la información. El cristianismo se remite continuamente a los evangelios y cada uno de ellos aborda el miedo con la propuesta de unos valores determinados, a veces de manera explícita y otras, la mayoría, a través del personaje narrado de Jesús.

2. El miedo de las y los cristianos

En el seno de las iglesias y comunidades cristianas anida el miedo. El miedo normal, el miedo manipulado por el sistema patriarcal de injusticia en el que vivimos, y otro miedo específico que se genera dentro. Signos de miedo son la vuelta al pasado al rehabilitar las Misas gregorianas o la vuelta al esplendor del espectáculo en las ceremonias religiosas. Indica miedo esa iglesia clerical y jerárquica del **no**, incapaz de dialogar ni de

2 Puede consultarse como trabajo reciente: José Antonio MARINA, *Anatomía del miedo*, Anagrama, Barcelona 2006.

3 Era la respuesta habitual de mi alumnado ante las preguntas sobre el miedo como elemento constitutivo de integristas y fanatismos.

pensar ni de mirar con amplitud la real heterodiversidad. Signos del miedo son las continuas ediciones de catecismos ya obsoletos desde hace décadas. Los intentos continuos de control, la crispación con el resto de los poderes de este mundo, a excepción del mundo del dinero. Las complicidades con las facciones religiosas más fascistas e incluso violentas, cuando se celebran cumbres sobre mujeres o demografía. Intentos que ponen de relieve (pues no logran esconderlo) el miedo a perder poder, dinero, relevancia. Miedo a dejar de ser el centro de referencia moral de la realidad. Miedo a perderse en este mercado en el que parece que todo es válido y que, en definitiva, nada vale. De la parte de creyentes de a pie, los miedos son otros, fruto de estos primeros la mayor parte de las veces, pero también de la ausencia de procesos liberadores individuales y grupales. Las preguntas que laten en el fondo, podríamos formularlas así: *¿qué es eso tanpreciado que todas y todos tememos perder?, ¿qué tenemos que perder, en definitiva, para actuar con el miedo con que lo hacemos?*

Si el miedo es, hablando de forma generalizada, una emoción manipulable, las posibilidades de manipulación dentro de las religiones se disparan en un sentido y en su contrario. Nadie menos manipulable al miedo que un creyente o una creyente libre. Nadie más manipulable que alguien creyente cuya base de su fe es el miedo.

El miedo a las consecuencias terribles del pecado, a una divinidad justiciera, a un infierno posterior a la vida, como estado perenne de sufrimiento, prácticamente se ha diluido en las sociedades desarrolladas y en desarrollo. Ese miedo, con la moral como excusa, que hacía vivir a los humanos bajo el ojo implacable del Gran Hermano y los hacía manipulables ha sido sustituido por otros más sutiles y, por ello, más perversos. La exclusión social mediante los castigos físicos ya no existe. Su principio, sin embargo, pervive. Se sigue excluyendo a personas, comunidades y grupos. Se siguen activando, eficazmente, los principios de exclusión mediante la comparación, el juicio implícito, el espíritu de valía, de observancia, de cumplimiento.

Se aplica a comunidades, parroquias, movimientos, personas concretas. Se crea un perfil fijo y firme acerca de la identidad cristiana, de la identidad católica, de la identidad religiosa de una determinada congregación, movimiento o grupo, de manera que sólo algunos puedan sentirse satisfechos y superiores, con derecho a juzgar al resto, exigir o, en todo caso, excluir. El miedo más común es el propio de los parias morales. Y, en los ambientes intelectuales y en los de la Vida Religiosa, el de la abierta exclusión hasta la excomunión. Es el miedo, aunque nos cueste formularlo, a un poder reconocido. Entre los mecanismos

Nadie es menos manipulable al miedo que quien cree libremente

del miedo, la institución utiliza el anonimato y la falta de información. En los casos relativos a teólogos y teólogas, por ejemplo, no conocer a quien denuncia es un mecanismo que favorece el miedo de la persona acusada o denunciada. Esta persona

queda a merced de terceros que se presentan como aquellos que han escuchado la denuncia, le dan curso y, por tanto, crédito, que además protegen el anonimato del denunciante, que es siempre implícitamente inocente, mientras el denunciado es, siempre, implícitamente culpable. Ninguna de las instituciones conocidas, a excepción de los estados totalitarios, puede utilizar ya este mecanismo sin quedar automáticamente descalificado por no respetar los mínimos derechos humanos.

Para quedar bajo el poder de quienes inoculan miedo, se precisa muy poco. Basta con que se perciba que alguien piensa y actúa bajo su propia conciencia. Basta con que alguien se encuentre en una situación límite en la que se vea obligado a tomar una decisión y la asuma: un fracaso matrimonial que acaba en divorcio, un enamoramiento imprevisto, el descubrimiento de la propia orientación sexual, el asombro del empoderamiento, pero, sobre todo y especialmente, la propia capacidad crítica, la posibilidad de pensar y decir lo que se piensa, la posi-

bilidad de dialogar con la cultura, con los demás, con los diferentes. El miedo al diálogo ecuménico, al diálogo interreligioso, al poder de las mujeres, a la propia conciencia. Este miedo, si se ha notado el deslizamiento, ya no recae sobre aquellos sujetos a los que se quiere sujetar, sino sobre quienes pretenden controlar sometiendo. Y esto es tan humano... Se trata de una dinámica correlativa, pues como decía el líder de la independencia filipina de la dominación española, *hay tiranos donde hay esclavos*. El control, además, en el fondo es una ilusión. Si una persona no se deja controlar, nadie podrá controlarla. Si un sujeto está libre del miedo, nadie podrá lograr hacerle estremecer de temor. Ejemplos en la historia hay muchísimos. Ejemplos en la actualidad, algunos. Más, sin duda, de lo que se conoce.

No deja de resultar contradictorio que una persona, grupo, comunidad, cuya fe es su garantía de libertad y, por ello, de su resistencia al miedo, crea que el temor es un componente natural de esa fe. Y, sin embargo, eso es lo que ocurre. Si lo evaluamos en la perspectiva evolutiva de la Psicología de la Religión, advertimos que la edad de maduración de dicha fe no ha llegado siquiera a la adolescencia. Es infantil e inmadura. En su capítulo de psicopatología, especialmente cuando estudia los fanatismos e integristas, el estancamiento evolutivo de la rigidez y el afán de control quedan meridianamente claros. Toda imposición está edificada, psicológicamente hablando, sobre pilares de arena. No resisten un pequeño movimiento sísmico.

No obstante, la perspectiva de esta reflexión no es la psicológica, sino la bíblica y en ella me voy a centrar.

3. El miedo y sus antídotos en el mensaje de la Biblia hebrea y cristiana

En la Biblia encontramos muchas, muchas escenas de miedo. Algunas descripciones no tienen nada que envidiar a las de la pantalla o las de los sucesos de los periódicos. Bastaría con pasear los ojos por las narraciones de inusitada violencia del libro de los Jueces. Pero incluso, antes, mucho antes, encontra-

mos el temor, un temor específico, en el cap 3 del Génesis. Los humanos, después de la transgresión, se esconden. Yhwh les pregunta por esa acción y el varón responde que tuvieron miedo porque estaban desnudos. Este miedo no es una mera reacción, sino una emoción más sofisticada, que implica conocimiento, consciencia y toma de decisiones, algo que no se puede realizar sin libertad. El miedo, así, deja ya de ser una reacción biológicamente programada para la supervivencia, como en el mundo animal, y se alía con elementos típicos y exclusivamente humanos. Un miedo humano en los comienzos humanos, un miedo de naturaleza ambigua y compleja que se vincula también con la divinidad.

Hay un temor “diferente” a todos los otros, un miedo radical que sólo entiende quien lo ha experimentado: es aquél que sólo se experimenta en relación con la divinidad. Desde el punto de vista fenomenológico es un temor tan manipulable como los demás, pero en la perspectiva de su originalidad religiosa no es comparable a ninguno de los otros temores. Forma parte de ese momento en que el ser humano roza lo más radical de sí mismo en el borde de la intuición de un Ser y una realidad ante los que se siente profundamente vulnerable. Esta reacción ha sido estudiada por los fenomenólogos de la religión como propia y específica de este ámbito. No obstante, tal como aparece en la Biblia y sucede en cada epifanía de la divinidad, cuando Dios o un enviado suyo quieren transmitir a un personaje un mensaje o, sobre todo, llamarlo o encargarle una misión, esta experiencia va acompañada, como un *leit motiv*, de la frase de consolación *no temas*. Si nos detenemos un poco ante ella, captaremos intuitivamente algo de la divinidad, en oposición a lo que la misma humanidad experimenta. Podría parecer que es Dios mismo quien inspira ese miedo radical. Si así fuera, las palabras *no tengas miedo* resultarían crueles: “Yo te hago temer y luego te digo que no hay motivo”. Como pasaría con la comprensión habitual de la libertad como don divino: “te hago libre, pero como no me fío, te quito esa libertad”. El Dios judeocristiano no tiene este perfil. Dios no asusta. Es el ser humano quien teme. Puesto que

Dios conoce este resorte, lo primero que intenta al hacerse presente es eliminarlo. El *no temas* es la condición primaria para que Dios pueda hablar con el ser humano, para que pueda encargarle algo o llamarlo a una misión determinada. En realidad, es la única garantía con la que Dios cuenta para que el ser humano colabore libremente. Si hay coacción y miedo, ¿cómo podrá Dios obtener una respuesta libre de un ser al que ha creado libre? Pensemos en Abraham y Sara, en Jacob, en Moisés, en Gedeón y Débora, en David, Isaías y Jeremías, en Judit, en María de Nazaret...

A veces, la fórmula *no tengas miedo* se presenta mediante las variantes *¿por qué temes?*, una pregunta retórica que no espera respuesta, o simplemente un *deja de temer*, que suele ser la traducción más exacta. Con ella, Dios admite y acepta la reacción emotiva del miedo, pero intenta desactivarla cuanto antes, pues el miedo paraliza, altera, puede disgregar y confundir, activar defensas tan patológicas como la psicosis y la puede volver impredecible, capaz de cualquier cosa. Dios, en la Biblia, no quiere a su pueblo miedoso, sino libre y confiado. Esto se advierte concretamente en el Paso del Mar Rojo narrado en los capítulos 13-15 del Éxodo. Hay un momento específico en el que todo el pueblo, que ve a los egipcios armados hasta los dientes, pisándole los talones, es presa del terror. Hay un momento en el que se juega todo a la carta del miedo: el pasado y el futuro, la condición de esclavo y la de libre. El pueblo se queja a Moisés, desconfía de él y de Dios. Cree que su líder lo conduce a morir al desierto, cuando en realidad lo que ellos desean es volver a tener lo que tenían, aunque eso suponga vivir de nuevo en la esclavitud: *más vale malo conocido que bueno por conocer*. Moisés no sabe qué hacer con ese pueblo que no ha abandonado todavía la mentalidad de esclavo, que prefiere tener un amo a tener un Padre. Los motivos, objetivamente hablando, son más que justificables. Sin embargo, no son suficientes si se comparan con la Palabra y la promesa divinas. Sólo es preciso una cosa: dejar de tener miedo. Moisés dice eso mismo al pueblo. Pero, además, detrás de esas palabras se esconde el secreto de la

victoria: la confianza. Moisés lo sacude y el pueblo recupera la confianza y atraviesa el Mar durante toda la noche, amaneciendo en la otra orilla, en el alba, en el Este, el lugar por donde sale el sol, la orilla del nuevo nacimiento. Gracias a la superación y sustitución del miedo por la confianza, el pueblo nace como pueblo libre, hijo primogénito de Yhwh.

4. Jesús y el miedo

La imagen de Jesús como héroe no responde al modelo de un *Juan-sin-miedo*. La tendencia, sin embargo, ha sido disimular en lo posible el miedo de la figura de Jesús y asemejar el personaje a héroes de carácter arquetípico, de la antigüedad y de la actualidad, en los que se agazapa⁴ la poderosa idea de que el miedo humano es vergonzoso y deshonor a quien lo padece. La idea de que miedo equivale a cobardía y valor se identifica con temeridad. La temeridad es entendida como el coraje que borra los miedos de quienes deciden hacer algo importante por sí y, sobre todo, por los demás. Jesús es el antitipo del caballero sin miedo. Desbarata el tipo del antiguo héroe que o bien surge como naturalmente del ámbito del linaje noble, o se agrega a dicho linaje por su valor y ausencia de miedo, pues a los nobles corresponde el valor y al populacho pobre e ignorante, el miedo. Bajo esta dicotomía se esconde otra: el valor es propio del varón, y el miedo y la pusilanimidad, de la mujer. El pueblo, en este sentido, es “femenino” y la élite de la nobleza es “masculina”.

Jesús, sin embargo, siente miedo. Los evangelios cuentan que se esconde porque teme que lo capturen y los sinópticos describen sin que les tiemble el pulso, el momento crucial de miedo mortal que es la escena de Getsemaní (Mc 14,33 y par). Los

4 En la filmografía actual de acción predomina la figura del héroe temerario. Ya no es el héroe de noble ascendencia, ciertamente, pero todavía es predominantemente varón y cuyas hazañas superan a la media de la población. En él predomina la figura arquetípica del héroe-sin-miedo, insertando en su propia figura y en cuanto hace la idea tan difundida de los “daños colaterales”. Un ejemplo muy claro es el protagonista de la serie de TV “24”.

narradores de los evangelios no han ocultado el miedo y los miedos de Jesús. No han confundido en ningún momento su valentía (*parresía*) con la temeridad, ni su miedo con la cobardía. Por el contrario, han ahondado en los miedos humanos e incluso en su condición vergonzante proponiendo valores que permiten integrarlo en la propia vida e impiden que los humanos nos convirtamos en sus esclavos. Tomemos como ejemplo el caso de Pedro en Marcos (Mc 14,66-72). La escena no menciona en ningún momento el término miedo, pero es la emoción que atraviesa la historia. Pedro aguanta su miedo todo lo que puede, pero cuando le llega el momento de la valentía, se derrumba y por miedo miente y niega a su Maestro. En la escena, en la que cualquiera

Jesús conoce el
miedo y su antídoto:
la experiencia de un
Dios que cumple

podemos reconocernos, hay numerosos sentimientos, emociones y valores latentes y manifiestos. La distancia, por ejemplo, entre querer y poder. La mirada de Jesús sólo puede ser percibida desde las reacciones de Pedro, que hacen pensar en una mirada acusadora, decepcionada, pero, a la par, amable y comprensiva, de perdón y de segunda oportunidad, como se confirma en el mensaje del ángel a las mujeres de la tumba “id a decid a Pedro...”. La vergüenza de Pedro, que desnuda su abandono en las manos del miedo, no es el fin del mundo. Su deshonra no es ni el miedo ni el llanto, sino las acciones derivadas de un miedo no reconocido ni asumido. Jesús sabe lo que es. Acaba de pasar por ahí y ha superado el miedo sin eliminarlo, haciendo propia su propuesta a los demás: la confianza en Dios. Por eso ha podido resistir a la parodia de juicio de los que sí tienen miedo⁵. Sus supuestos jueces le matan por envidia y por miedo. No pueden

5 En el evangelio de Marcos el narrador menciona explícitamente el miedo que las autoridades tienen a Jesús: 11,18.31;12,12, entre otros. Véase NAVARRO, *Marcos*.

soportar que alguien como él desnude sus más secretas intenciones, productos del miedo ocultados bajo la forma de poder opresivo.

5. Miedo en el evangelio de Marcos

Puesto que el miedo forma parte de la condición humana, no resulta extraño que se encuentre en los evangelios y que el mismo personaje Jesús sea presentado en alguna ocasión como un sujeto que experimenta miedo. Si no fuera de este modo dudaríamos de su humanidad verdadera. Jesús conoce el miedo y también su antídoto. Por eso en todos los evangelios encontramos en su boca la frase *no temáis*, propia de Dios y de sus mensajeros en situaciones extremas. La experiencia del miedo atraviesa los evangelios, pero en particular el evangelio de Marcos. En la narración advertimos que tienen miedo todos los personajes: los discípulos y discípulas, los líderes religiosos, las personas a las que favorece y cura, las multitudes, amigos y enemigos, hombres y mujeres, las instituciones religiosas y las civiles. Los judíos y los paganos. El mismo Jesús. El evangelio se termina con el verbo temer atribuido a las mujeres que van a la tumba. Se trata de un final sobre el que se ha escrito mucho, pues no en vano es abierto y desconcertante. Entre las muchas posibilidades de interpretación elijo aquella en la que la experiencia de las mujeres en el lugar liminal de la muerte y la vida, que es la tumba vacía de Jesús, cambia el registro del miedo. El evangelio no lo elimina. La resurrección tampoco. La experiencia pascual no elimina el miedo, sino que lo cambia de registro, lo integra, lo coloca en su lugar junto a su antídoto, la fe, la confianza, la experiencia de un Dios que cumple.

El personaje de Jesús en Marcos identifica el miedo con la fuente de las alteraciones opresivas para los humanos, como una emoción o, más bien, como una actitud opuestas a la fe y a la libertad. Jesús desafía las fronteras creadas y preservadas mediante el miedo. Muestra la dimensión perversa y destructiva del miedo. Esta capacidad queda manifiesta en el intento conti-

nuo de eliminar lo diferente, la alteridad, la conciencia humana de la diferencia. En el evangelio de Marcos, la conducta de Jesús se define por el exceso y el cambio. El miedo es incompatible con el desbordamiento y la gratuidad, el miedo acompaña los procesos de cambio, pero no puede, no logra evitar que esos cambios se produzcan.

La experiencia de Jesús proclama que el miedo provoca el deseo de poder sobre otros pueblos, política y socioculturalmente (Sumo Sacerdote, Pilato, Herodes,...); se coloca por encima de la tradición (escribas y fariseos), sobre vida y muerte (discípulos, Jairo) y sobre el propio querer (Judas, Pedro, las mujeres en la tumba...) Es el miedo el que define el dentro/fuera y se pone del lado de unos contra otros (seguidores contra traidores y oponentes contra los íntimos). En el evangelio de Marcos expresan miedo Herodes, los discípulos, la hemorroísa, el Sumo Sacerdote, Pilato, los ancianos, las mujeres en el sepulcro... El miedo provoca el asesinato de Juan Bautista y también el de Jesús (cf 6,20). Incita a los poderes político y religioso a conspirar contra él (11,17.18.32; 12,12). Jesús presenta como salida positiva a estos miedos la propuesta de no alimentarlo. En el evangelio de Marcos la actividad de Jesús va orientada a disipar el miedo y sus fuentes en las instituciones humanas, en los tabúes y convenciones, señalando, a partir de su propia experiencia, la posibilidad de superar la extrañeza y el trasfondo de miedo que impide reconocer a los demás y a lo otro como una realidad no amenazante.

En la más pura tradición bíblica, el Jesús de Marcos ofrece el verdadero antídoto del miedo: la fe, es decir, la confianza en la divinidad, contra viento y marea, más allá incluso de las circunstancias y los signos de una evidencia que pareciera no tener más que una lectura. Cuando él mismo experimenta el terror y la angustia, el lector/a no puede menos que mostrarse empático, pues ¿qué percibe de la realidad más que aquello que la misma realidad evidencia en el curso de los acontecimientos? Jesús no reafirma su confianza en Dios como resignación ante lo inminente, no se deja conducir, derrotistamente, por las manos del

destino, como quien se sabe ya condenado e impotente. Su confianza en Dios es una confirmación de su más profunda libertad y una reafirmación en su profunda convicción de que Dios le ha amado y le sigue amando y, por ese amor, cumplirá su promesa. Él no sabe cómo, pero sabe que sucederá. El miedo queda aplacado y recolocado gracias a la fe-confianza. Gracias a la libertad, propia de esa misma fe, ve más allá de lo inmediato, pues lo inmediato, por muy evidente que sea, no es equivalente siempre a lo real. La confianza desafía la tiranía de la evidencia. Es más poderosa. La libertad se remonta sobre tiempo y espacio sin renegar de ellos. Esta fe y esta libertad que integran el miedo y desactivan sus mecanismos destructivos son la propuesta poderosa de Jesús en el evangelio de Marcos. Hay que ser muy valiente para aceptarla y llevarla a la vida cotidiana⁶.

Conclusión

Ningún cristiano o cristiana puede pretender eliminar de sí mismo el humano miedo. Sin embargo, tomando como referencia la potente propuesta del evangelio, tiene mucho que hacer en este temeroso mundo y en esta iglesia enferma de miedos. Se me ocurren pequeñas propuestas al hilo del evangelio. La primera es individual: hacer conscientes los propios miedos e intentar integrarlos. Para ello contamos con el antídoto de la confianza al modo de Jesús. Da resultado. La segunda se dirige hacia fuera, no en un sentido cronológico, sino porque es consecuencia de la primera propuesta: desenmascarar los mecanismos del miedo y oponer resistencia. La tercera, también derivada de las dos primeras, es no alimentar el miedo y, por ello, hacerlo retroceder, individualmente y en grupos, muchos grupos y vinculados en red. Esto puede resultar muy potente. Y, siempre, tener a mano para una y para los demás la pregunta *¿qué tengo que perder?*

⁶ Para leer más sobre Marcos, puede verse mi comentario: Mercedes NAVARRO, *Marcos*, GLNT, EVD, Estella 2006.

El problema actual de la institución eclesial podría ser que tiene miedo de Jesús. Y, inconscientemente, busca defenderse y no sabe cómo. Por eso prefiere hablar de un “Cristo sin rostro”, hasta llegar a prohibir en algunos textos catequéticos el uso de la palabra “Jesús”, alegando que podría llevar a un olvido de su divinidad. Pero Jesús no revela más divinidad que la de su figura humana y éste es el escándalo de la encarnación: “Nadie llega al Padre si no es por mí”, fue la respuesta a Tomás cuando éste pedía a Jesús precisamente que les “mostrara el Padre”.

José I. González Faus

Buscando nuevos paradigmas

Manuel Moret

La devastadora crisis que padecemos, puede que sirva de acicate para que en el siglo XXI se abran puertas hacia la esperanza. No lo sé. Lo que ya es innegable es que ha pulverizado principios que muchos creían inmutables, situando frente al abismo economías que se consideraban invencibles. La recesión y su consecuencia más dramática, el paro, dejan en el camino demasiadas incertidumbres que seguramente requerirán encontrar nuevos paradigmas que resuelvan tantas contradicciones colectivas.

Son las consecuencias de esa codicia especulativa que ha invadido los mercados financieros internacionales. La avidez por la ganancia rápida —o por la acumulación de dinero y de poder—, ha concentrado enormes recursos en operaciones bursátiles dedicadas al intercambio tanto de “títulos basura”, como los representativos de producciones futuras de energías fósiles y de alimentos vitales para millones de personas. El consiguiente enca-

recimiento de sus precios ha sido la causa de graves *shoks* económicos y de criminales hambrunas padecidas en los continentes menos desarrollados. Prácticas en las que la decencia y la ética han brillado por su ausencia. La escandalosa liberalización de los mercados, la creencia falsa en la capacidad de éstos para autorregularse y la machacona idea de empequeñecer más y más la participación de los estados en la cosa pública —recortando el estado del bienestar y privatizando servicios públicos esenciales— han sido los tres pilares clave del neoliberalismo que han dominado el pensamiento económico durante las últimas décadas.

Y ese juego perverso lo han practicado gran parte de los gobiernos democráticos —conservadores y socialdemócratas—, tolerando esos desmanes y aferrándose a esas certezas tomadas como esenciales para el progreso y el bienestar de los pueblos. La izquierda mayoritaria, seducida por estos cantos de sirena, ha ido claudicando lenta,

Manuel Moret Gómez (Valencia), Presidente ATTAC-País Valencià.

pero tenazmente, ante “verdades” que la crisis se ha encargado de triturar. El paradigma en el que Occidente fijó su anclaje para anticipar el progreso, ha demostrado ser tan injusto como insostenible. La crisis ecológica, energética, alimentaria y económica –y especialmente de valores– que padecemos, no hace más que confirmar que “crecimiento y bienestar” ha dejado de ser el binomio idílico que nos conduce a la “prosperidad”. Hoy parece que hasta eso que llamamos crecimiento sostenible es un nuevo imposible, al menos mientras no haya una política global capaz de mantener un nuevo modelo de producción social que garantice un digno y justo reparto de la riqueza del planeta. El problema es qué hacer con la crisis y el paro en el corto plazo mientras no se encuentre ese nuevo modelo.

Una política global semejante no será posible hasta que no se construyan unas Instituciones mundiales capaces de promover normas, canalizar recursos, articular instrumentos de control y contar con una representatividad democrática reconocida por todas las naciones –desarrolladas, emergentes y por desarrollar– que sustituyan a las surgidas tras la Segunda Guerra Mundial (Fondo Monetario, Banco Mundial y OMC), ya que, durante estos últimos decenios, éstas no han hecho más que ejercer de auténticos gendarmes para que la ortodoxia neoliberal se aplicase a rajatabla *urbi et orbi*. Y no es probable que la “gene-

rosidad” de la derecha política y económica llegue hasta el punto de facilitar dicha sustitución.

Ese futuro, lejos de depender de una “refundación” del capitalismo –como sugirió en su momento el Presidente francés–, sólo cabe esperararlo a partir de los nuevos vientos que vengan de la izquierda. De unas izquierdas plurales y mayoritarias, portadoras de nuevos impulsos y mejores alternativas.

La socialdemocracia debió ver con claridad –especialmente a partir de la caída del “muro de Berlín”– que su futuro –y no sólo el suyo– iba a depender del grado de beligerancia con el que se enfrentara al neoliberalismo.

El precio que está pagando por no haberlo hecho es enorme: la derecha en Europa amplía su espacio, mientras que el suyo se empequeñece por las enormes bolsas de abstención que provoca su indefinición. De ahí esta curiosa paradoja: pese a la crisis sistémica en la que nos ha metido el capitalismo, los neo-conservadores –ferventes defensores suyos–, son los que están copando casi todos los gobiernos europeos.

Si hoy tienen plena vigencia cuestiones como “el estado del bienestar”, el pleno empleo, la igualdad de oportunidades, el justo reparto de la riqueza, la solidaridad, la sostenibilidad... ¿qué hacer para lograrlo? Una primera cuestión insoslayable: oponerse sin matices a este sistema tan injusto. No hay atajo posible.

Pero hay que ser objetivos. A estas alturas de los tiempos creo que aún no existe el camino certero por el que ponerse a andar. Son múltiples —y también contradictorias— las posibles pistas que tenemos ante nuestros ojos. ¿La llamada revolución bolivariana? ¿La experiencia del Brasil de Lula? ¿Para quiénes? ¿Para todos?... Cuando afirmamos que son difícilmente exportables las experiencias europeas hacia países que necesitan superar la gran injusticia histórica de la que han sido víctimas, ¿no estamos implícitamente diciendo que sus actuales expe-

riencias no pueden aplicarse aquí miméticamente?

En todo caso, nos queda la certeza de nuestras dudas y pese a ellas, nada peor que permanecer quietos y a la espera.

Al contrario. Son estas incertidumbres las que nos empujan a caminar junto a otros en busca de nuevos paradigmas que nos acerquen a esa Ítaca posible a la que muchos aspiramos, inalcanzable desde los viejos esquemas del productivismo decimonónico ni desde estériles dogmatismos superados por la Historia.

Mejor implicar que atemorizar

Marc Antoni Adell

En el seminario que en el Grupo de Mar¹ dedicamos a “los miedos”, hemos debatido desde aquellos parámetros de valoración y ahondado en las pistas ofrecidas por J.A. Marina², diversas situaciones vividas o simplemente conocidas en las que el miedo adquiere protagonismo. Así cada cual ha aportado sus puntos de vista y sugerido posicionamientos al respecto. Uno de los lugares comunes –como no podía ser de otra manera– ha sido el de la educación: educación familiar –de la que todos tenemos experiencia persona–, y la educación escolar –pues buena parte de los componentes del seminario procedemos del mundo de la docencia.

Respecto a la primera –la familiar– hemos recordado los tiempos pasados, cuando los padres –también los nuestros– estaban investidos de una autoridad, reconocida y respetada, como “natural”, tuvieran o no estu-

dios. O una profesión prestigiada o no tanto. O una posición económica holgada o precaria. Daba igual. A los progenitores –sobre todo al padre– se le tenía un respeto, mezcla de afecto y de temor: no se podían hacer ciertas cosas –llegar tarde a casa, pedir dinero, hablarles de “tú”, discutir las decisiones...– sin “quebrar” su autoridad y poner en cuestión el “orden” establecido. Y así ciertos comportamientos y maneras de proceder se evitaban por “miedo” a crear un conflicto.

En el aula escolar, pasaba otro tanto: el maestro, el profesor, merecía respeto por sí mismo. Tenía autoridad, nadie discutía sus enseñanzas ni tampoco sus decisiones. De lo contrario nos exponíamos a ser amonestados... o suspendidos que aún era peor. Un cierto “miedo” guiaba nuestras conductas escolares, sin perjuicio de llegar a establecer con el maestro una relación afectuosa. Pero su autoridad nadie

1 El Grup de Mar (Valencia) forma parte del colectivo de Comunitats Cristianes Populars (C.C.P.).

2 Marina, J.A. *Anatomía del miedo*. Anagrama, 3ª ed., Barcelona 2007.

Marc Antoni Adell (Valencia), Grup de Mar.

la ponía en duda y siempre se tenía presente que podíamos “pagar” nuestros incumplimientos o desafíos: vivíamos, también, en un clima de “miedo”.

Al hilo de aquellas experiencias y otras que afloraban y compartíamos en relación con la intervención educativa, conviene recordar opiniones tan autorizadas como la del profesor Serramona³, defensor de la motivación como *conditio sine qua non* para asumir un compromiso firme y estable, en la propia formación. Y eso desde la progresiva interiorización de actitudes personales, que se traducen en conductas deseables. El doctor Serramona, reconociendo que estamos ante uno de los retos más importantes con los que se enfrenta la educación actual, insiste en la necesidad de abordarlo con contundencia y esperanza a la vez. Porque no se puede favorecer la adquisición de hábitos personales suficientes para dar respuesta a cada situación, si no es desde la implicación en el proceso y, en ningún caso, desde la exigencia e imposición autoritaria. Y aún habría que añadir el autocontrol, como técnica evaluadora que culminaría el éxito de aquella dinámica corresponsabilizadora.

Corresponsabilizadora, cabe insistir, porque no se elimina la función del maestro, como agente del proceso, sino que se substituye la intervención diri-

gista incontestable –la que genera temor–, por el papel de “mediador” entre el estudiante y el saber –y también entre el estudiante y el grupo y entre ambos y los contextos relacionales, social y familiar–. Para Serramona aquella implicación corresponsabilizada es la única garantía para asegurar un proceso formativo y personal, asumido, consciente y duradero. Las imposiciones y autoritarismos, que generan miedo al castigo, duran lo que la presencia y el impacto de aquella intervención.

También el profesor Mayor Zaragoza⁴, exdirector general de la UNESCO, con ocasión de celebrarse el primer decenio de la Declaración por una cultura de la Paz (1999-2009) analiza la necesidad de fomentar –ahora en la ciudadanía– los hábitos de la creatividad y la generosidad, en lugar de los de la sumisión y la agresividad. Obviamente por procedimientos pacíficos y de implicación en proyectos a favor de la convivencia y del diálogo. Y recuerda el actual presidente de la Fundación Cultura de Paz, que aquella es –o debería ser– una tarea cotidiana y comprometida, es decir, nada impuesta y atemorizadora, en la vida diaria de cada persona, en la familia, en el trabajo, en cada comunidad y nación, respetando culturas y lenguas, rechazando la violencia, la imposición del

3 Serramona, J.: “La qüestió és com motivar els estudiants”. *Avui*, 05.09.91, 13. Barcelona.

4 Mayor, F.: “Cultura de Pau”. *Avui*, 13.10.09, 23. Barcelona.

autoritarismo y apostando por la generosidad, la escucha, el diálogo, la solidaridad. Se trata de involucrarnos, de implicarnos personal y socialmente, a favor de nuevos horizontes de paz y de convivencia para el planeta.

Todo lo cual nos remonta a Eric Fromm –el psicoanalista de la escuela de Frankfurt, nacionalizado americano a raíz de la persecución de que fue objeto por los sicarios de Hitler–, adicto a la libertad hasta las últimas consecuencias, quien se refiere a “la libertad para desobedecer, para decir no” como la quintaesencia de la afirmación humana.

Fromm, al referirse a la paz como concepto y como proyecto de vida, afirma que “la paz es el resultado de la

transformación del hombre, en la que la unión ha tomado el lugar de la alienación”⁵. Es decir la corresponsabilidad y la implicación substituyen al autoritarismo y al miedo impuestos por el “otro”.

Así es como nuestro grupo –en la línea de la “metodología” lectora y dialogal de que informaba A. Albarrán, en una colaboración anterior en esta misma revista⁶– desde las vivencias aportadas y los argumentos presentados, apostaba por favorecer la implicación y corresponsabilidad maduras e interiorizadas, en lugar de la sumisión irreflexiva e infantil. Y eso no sólo en los ámbitos educativo y familiar, sino también social, político y, ¿por qué no?, eclesial. En eso estamos.

5 Fromm, E.: *La condición humana actual*. Paidós. Barcelona-Buenos Aires 1981.

6 Albarrán, A.: “La lectura en grupo”. *Frontera*, 51, junio-septiembre 2009, pp. 100 y ss.

Botellón, criptonihilismo y evasión

Francesc Torralba

Lo llaman, eufemísticamente, la *cultura del botellón*, pero, en sentido estricto, nada tiene de cultura, ni en sentido etimológico, ni en sentido lato...

Se aglutinan en una plaza, beben sentados en la acera, toman éxtasis, se emborrachan, vocean, ríen y, en ocasiones, se empujan, se agreden mutuamente, molestan gravemente a los vecinos y vulneran su derecho al descanso, derecho reconocido ya en la Declaración de 1948. Como consecuencia de ello, una alfombra de cristales y de residuos de todo tipo copa toda la calle horas después y el Ayuntamiento de turno tiene que doblar el servicio de limpieza para poder reinventar, de nuevo, la calle y resucitarla de la mugre que cubre. Lo llaman cultura, pero es la expresión más nítida de la barbarie, del vandalismo, de la crisis del civismo y del descalabro de lo que algunos han venido a llamar la ética mínima.

También es la expresión de un fracaso educativo, porque esas manadas de jóvenes no proceden del mundo del trabajo, del almacén o del taller, tampoco del ámbito rural. No provienen, tampoco, de familias socialmente desestructuradas o del ámbito de la marginación. Son *el fruto de nuestro sistema educativo, el producto de un mundo que ha dimitido de sus responsabilidades*.

La gran mayoría de ellos han sido escolarizados, se han arrastrado por las aulas hasta los dieciséis años en las instituciones educativas a cargo del erario público y, sin embargo, no han integrado en su ser las normas elementales de respeto al prójimo, de cortesía y de buena educación, de cuidado respecto al propio cuerpo, de civismo fundamental. Son el resultado de un fracaso, de un estrepitoso fracaso que afecta a todos, pero, principalmente a sus padres. Han vegetado en las aulas y, aparentemente, han progresado ade-

Francesc Torralba (Barcelona), director de la Cátedra Ethos. Universidad Ramón Llull.

cuadamente; muchos de ellos, ya están en bachillerato y en universidad. El botellón es, por un lado, la expresión de un fracaso educativo, pero, por otro, el síntoma de un mundo decadente.

No soy partidario de diagnósticos apocalípticos, pero la ingenuidad del analista que mira con complicidad un fenómeno de tales características, con condescendencia y casi con nostalgia, me parece una frivolidad. La cuestión no se resuelve acordonando la zona, mandando a miles de guardias urbanos y de policías para entorpecer el encuentro. Ni siquiera llega a ser una medida disuasiva, sino todo lo contrario: promete bronca, espectáculo y, además, en caso de carga policial, siempre habrá alguna alma en pena que convertirá a los jóvenes en víctimas propiciatorias del sistema capitalista y neoliberal. ¡Seamos serios por el amor de Dios!

Con todo, el fenómeno del botellón no es baladí. Responde a la necesidad de reunirse, de cultivar la vida social, de establecer vínculos y relaciones. Hasta aquí ningún problema. Pero hay algo más en el fondo de este fenómeno. Aparentemente tiene la forma de fiesta, pero no es una fiesta en sentido estricto, ni siquiera una forma civilizada de ocio, sino un puro mecanismo de evasión, de salida, de escape. La fiesta, en el sentido más noble del término, es una conmemoración de la existencia, del gozo de vivir, requiere de comunidad, de lazos, de gusto por la vida. El botellón es un

mecanismo de evasión de la nada, del absurdo, de un mundo sin futuro.

En el fondo, es una expresión del gregarismo humano, cuyo fin sólo consiste en desaparecer del mundo, en fugarse de la existencia a través de fármacos que catalizan este viaje hacia ninguna parte, a esta aparente felicidad que solamente es un provisional estado de bienestar que estúpidamente se identifica con la felicidad. Necesidad de olvidar, de marcharse, de salir de un mundo que no gusta, que carece de sentido. Emborracharse, drogarse, volar, desaparecer de una realidad hostil. El botellón es, en este sentido, uno de miles mecanismos de evasión que se expresan en nuestra cultura.

Antes los jóvenes se manifestaban por las calles para defender sus derechos, para transformar la universidad, el mundo del trabajo, la sociedad, se congregaban para luchar contra la injusticia, para hacer realidad la utopía. Hoy, apenas saben cómo se escribe Marx, Engels, Proudhon, Saint Simon, Fourier. Algunos pequeños grupos utópicos todavía tienen valor para vindicar una sociedad alternativa, pero la gran masa invade las calles y las plazas a altas horas de la madrugada para desaparecer, durante unas horas, de un mundo hostil y pétreo que no da salidas, donde resulta imposible hallar algún sentido.

Se impone la tarea de articular una pedagogía del sentido en los ámbitos educativos formales, de enseñar a amar la vida y a respetarla. No basta

con transmitir conocimientos, habilidades y actitudes. *Resulta necesario presentar narrativas de sentido, ideales para los que merezca la pena luchar, trabajar, esforzarse.* El vacío es el gran enemigo. La experiencia de esta nada en la interioridad resulta insoportable. De ahí la necesidad de salir, de evadirse, de expulsar fuera de sí a esta nada que corroe por dentro.

Vivimos en un mundo aparentemente feliz, pero el nihilismo está ahí,

latente, escondido y, en ocasiones, aflora a la superficie. Este criptonihilismo requiere de mecanismos de evasión y de distracción. *Sólo la educación puede salvarnos de tal desafío.* Nada más. Pero para ello, debemos revisar con hondura cómo educamos y qué ideales y horizontes de sentido presentamos a las generaciones venideras. La tarea que se nos presenta puede calificarse de titánica.

www.francesctorralba.com

Navidad, ¿sin fronteras?

Joaquim Adell

Cuando todavía está pendiente la decisión del Tribunal Constitucional acerca del estatuto de Catalunya, cuando la discusión sobre el concepto de identidad nacional crispera a los tertulianos de la radio y al ciudadano de a pie (como estos días en la vecina Francia), cuando a los veinte años de la caída del muro de Berlín se ignora que se mantienen otras murallas en Ceuta y Melilla por miedo al alud de inmigrantes... llega la Navidad con la invitación a hacer memoria de un Niño, que ya adulto, predicaría –de palabra y de obra– la fraternidad universal. *Navidad, pues, ¿sin fronteras?*

¡No! Porque el mismo Jesús se sabía perteneciente a un pueblo –el judío– claramente diferenciado de otros: Roma, Egipto (Mt 2,14), Samaria (Jn 4,1), los griegos (Jn 12,20), los cananeos (Mc 7,24)... aunque, sin embargo, nunca negara la igual dignidad de los seres humanos ni la importancia de la virtud de la hospitalidad (esa hospitalidad de la que la tradición nos dice que María y José no encontraron en Belén (Lc 2,7).

De hecho siempre han existido las fronteras –geográficas, políticas, culturales–, consideradas como algo “natural” incluso en épocas como las actuales cuando la globalización parece exigir su supresión en función de un cosmopolitismo y comercio universal. Si entre los animales esa naturalidad se ejemplifica con sus acciones de “marcar” un territorio propio, entre los humanos las fronteras enmarcan el espacio, aquella cultura, aquella lengua... que conforma la identidad de un puñado –pequeño o grande– de personas y su voluntad de ser “pueblo”. Pero la frontera se percibe de distinta manera contemplada “desde dentro” o “desde fuera”, cara y cruz de una misma realidad.

Desde “dentro” la frontera se ve como cohesionadora de identidades, voluntades y pasiones. Desde esa perspectiva, sin fronteras seríamos personas un tanto fantasmales (“sin nombre ni apellidos”), sin cohesión unas con otras, sin firmes convicciones en un mundo tan uniforme que, incluso, la democracia perdería su razón de ser.

Joaquim Adell Ventura (València), Consejo de Redacción de FRONTERA.

Un peligro: la voluntad de exclusividad que lleva a replegarse hacia dentro hasta el extremo de construir muros reales (o simbólicos), como los de Ceuta o Israel o, antaño, el de Berlín, excluyentes de “los que no son de los nuestros”.

Desde “fuera” la frontera se ve como expresión de egoísmo colectivo de un pueblo o una nación que, cerrando el paso al diferente, restringe y/o discrimina el derecho a compartir. El peligro, en esta visión, más allá del legítimo clamor por la justicia, es caer no en la sana emulación sino en el recelo y envidia que incitan al odio de “lo otro”, visto como enemigo a combatir e invadir (Irak, la reivindicación musulmana de Al-Andalusí...).

¿No sería posible una tercera forma de contemplar las fronteras, superando las dificultades que impiden la convivencia entre “los de dentro” y “los de fuera”, se mire desde donde se mire? Por supuesto que sí. Consistiría en entender las fronteras desde lo que ellas mismas –¿utópicamente?– deben llegar a ser: un territorio común y permeable, lugar de paso, cruce e intercambio de poblaciones, lenguas, cultura y mercancías.

Para tal entendimiento, el teólogo José I. González Faus, hablando de las comunidades autónomas españolas –cada una con sus fronteras, no se olvide–, advertía que mejor que los pactos entre ellas mismas o entre ellas y el Estado es el diálogo y, aunque olvidado por algunos, nunca el insulto

ni la intoxicación de la opinión pública con mentiras o medias verdades sacadas de contexto:

“La negociación sólo tiene efectos exteriores; el diálogo nos cambia por dentro. La negociación puede servir para hacer que callen las armas; el diálogo acerca los corazones. La negociación puede ser un imprescindible punto de partida; el diálogo es el deseado punto de llegada: porque al verdadero diálogo sólo se llega cuando ambos interlocutores han convivido juntos, trabajado juntos, sufrido juntos y hastaorado juntos. Entonces es cuando pasamos de contendientes a auténticos interlocutores. Porque el diálogo argumenta siempre desde el respeto, y la negociación no renuncia a argumentar con engaños”...

Por tanto Navidad con fronteras, sí, pero *fronteras sin engaños* y no construidas como un fortín que hay que defender o conquistar (piénsese, por ejemplo, en las reacciones xenóforas ante la inmigración o en el boicot a los productos catalanes que aún persiste en alguna mente estrecha), sino fronteras abiertas en son de paz y reciprocidad, donde personas y pueblos se encuentran e intercambian, se respetan mutuamente, dialogan, se abrazan y crecen distintos unos de otros, pero haciendo visible la fraternidad universal.

* * *

También las personas tenemos nuestras fronteras (¿qué significa, si

no, las puertas –incluso blindadas– de las propias casas?), sobre las que habría que reflexionar igualmente. Buenas son, incluso necesarias en cuanto suponen un cobijo para la realización personal, el íntimo encuentro consigo mismo y la procura de cohesión con las personas más próximas. Pero eso no es excusa para, en nombre de la atención y cuidado de los “próimos”, ignorar o excluir a los “prójimos” que claman a nuestra puerta.

Identificado con ellos (Mt 25,40) es el mismo Jesús quien se hace presente: *“He aquí que yo estoy en la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y abre la puerta, yo entraré y estaré con él, con ella”* (Apocalipsis 3,20).

En conclusión, *sí a una Navidad con fronteras y puertas, pero abiertas*, con espíritu de reciprocidad y fraternidad y dispuestos a acoger ese Dios que en la cálida cercanía del Niño llama a nuestras puertas.

MATERIALES

Miércoles de Ceniza Celebración Penitencial

Comunidad de la Resurrección (Madrid)

I. PREPARACION

Se necesita: Ceniza pura de madera en un cuenco, en cantidad adecuada para los que asistan. Tres velas o lamparillas. Tener previstas las personas que leerán las moniciones y textos, así como la preparación de ofrendas.

Quien o quienes presidan tendrán delante una mesita con el pan y el vino para la eucaristía.

Mientras los asistentes van entrando y, si es posible, colocándose en círculo, se escucha “Utopía” (nº 10 del CD de J.M. Serrat del mismo título).

II. CELEBRACIÓN PENITENCIAL

1. Monición de entrada

El número cuarenta, del que procede la palabra *Cuaresma*, significa en algunas religiones un período de retiro, silencio, ayuno, abstinencia e iniciación ritual para favorecer la experiencia de Dios y la comunión con hermanos y hermanas. En la Biblia equivale a un retiro en el desierto como tiempo de prueba y tentaciones, en el que los malos deseos deben morir para dar lugar a una criatura nueva, transfigurada por la luz o la gloria de Dios. En las cuarentenas bíblicas hay una lucha entre hambre y saciedad, cenizas y purificaciones, tinieblas y luz, Dios de vida e ídolos de muerte... El creyente pone a prueba la llamada de Dios o su vocación, de cara a un compromiso de renovación o a una tarea decisiva. La cuarentena inicia asimismo la condición terrena del hombre pecador, asediado por mil preocupaciones.

Con la *imposición de la ceniza*, signo de nuestra condición pecadora y expresión de la fragilidad humana cercada por la muerte, comienza la *Cuaresma*. Necesitamos recuperar en este tiempo santo convicciones de fe,

conciencia del pecado, confianza en la misericordia de Dios, compromisos de caridad con los hermanos y estaciones para la oración.

2. Introducción

- **Saludo del celebrante:** Libres para hacer la obra de Dios
- **Canto de entrada:** Salmo 130. “Mi alma espera en el Señor”
- **Oración colectiva:**

Señor: Como en tiempos de Isaías, Joel, Samuel... y hoy a través de los profetas y de las profetisas de nuestros días, Tú nos repites que estás harto de holocaustos de carneros y grasa de becerros, que detestas la sangre de novillos, corderos y machos cabríos, y que quieres amor a Ti y al prójimo.

Si pensamos que holocausto, sangre, grasa, sacrificio son antiguallas, no tenemos escape. Cuando el ser humano empezó a ser racional, a tener conciencia, a convivir con otros seres, cuando fue surgiendo en él la idea de lo absoluto, ocurrió lo mismo que ahora: Que no hay más que dos amores, el amor egoísta por uno mismo y el amor que me hace uno contigo, con el prójimo y con el universo.

El amor propio, Señor, es como la contaminación: Vuelve hacia mí, se pudre y muere. Y sin embargo, lo absorbo casi a diario.

El amor propio se queda con la mejor porción, se guarda el sitio más cómodo, la decisión menos comprometida. Acaricia mis sentidos y roba el pan de la mesa de los otros.

El amor propio habla mucho de mí y me hace sordo a las palabras de los demás. Me disfraza, quiere hacerme brillar obscureciendo al prójimo. Alaba mis ideas e ignora las de los otros.

El amor propio me aconseja dar limosnas para acallar mi conciencia y vivir en paz. Y lo más grave es que es un amor robado, estaba destinado a los demás para vivir, crecer y yo lo he desviado de su destino. Y así este amor va creando el sufrimiento humano, crea la miseria humana, todas las miserias humanas, todos los dolores humanos.

Señor, haz que las palabras de Jesús completando el Chemá, que contó Marcos y hoy cumplen las profetisas y profetas de nuestro tiempo, dejando su amor propio y a veces su vida por los demás, nos empaquen: “Escucha, Israel, amarás al Señor tu Dios con toda tu alma... y amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Que sepamos hacerlo, porque podemos. Que así sea.

3. Proclamación de la Palabra

1ª lectura: *Is 58, 6-12*

Examen: Personal, familiar y comunitario.

[La persona encargada hace unas preguntas o reflexiones para meditar sobre el tema, dejando un rato de silencio al final].

2ª lectura: *2Co 5, 20-6,2*

Examen: Sociedad.

[Se procede igual que en la anterior)

3ª lectura: *Salmo 51*

(TODOS) *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*

Por tu inmensa compasión borra mis delitos.

Lava del todo mi ofensa,

purifica mi culpa,

pues reconozco el pecado,

mi pecado tengo presente siempre.

Contra Ti, contra Ti solo pequé,

cometí el mal que tus ojos desaprueban.

Serás justo cuando sentencies,

irreprochable al juzgar.

(TODOS) *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*

Así, con delito he nacido,

con pecado me gestó mi madre.

Amas la verdad en lo oculto,

enséñame la sabiduría de lo secreto.

Purifícame con el hisopo hasta quedar inmaculado,

lávame hasta quedar más blanco que la nieve.

(TODOS) *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*

Dame a sentir el gozo y la alegría,

dancen los huesos que Tú quebraste.

Vela tu rostro ante mis pecados,

borra mis delitos todos.

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renueva en mi interior un espíritu veraz.
No me arrojes lejos de tu rostro,
no apartes de mí tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de la salvación,
que tu espíritu generoso me sostenga.

(TODOS) *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*

[Al acabar, se encienden 3 velas, símbolo de la iluminación del espíritu después de la reflexión de nuestras actitudes ante los problemas personales y del entorno. Mientras, un poco de música o una aclamación o un canto corto y suave].

4. Rito de la ceniza

[Monición, imposición y oración. Lo inicia el presidente de la asamblea, que comienza la imposición de la ceniza con el primero a su izquierda, y así cada cual a quien tiene a su lado. Al imponer la ceniza, se dice: “*Comprométete y trabaja por el reino de los pobres*”].

5. Rito penitencial

5.1. Proclamación del Evangelio: Mt 6, 1-6. 16-18

[Homilía y/o unos puntos de reflexión comentados por quienes lo deseen. Al acabar, puede escucharse brevemente música].

5.2. Peticiones libres de perdón:

- *a Dios* [Las inicia alguien determinado, comenzando: “Pido perdón a Dios, y a vosotros hermanos...”]
- *a los Hermanos y hermanas* [como las anteriores]
- *a la Naturaleza* [como las anteriores]

5.3. Gesto penitencial:

[Puede ser una colecta, indicando el destino. Visitar a un familiar del que se esté alejado, etcétera). Si se hace colecta, puede sonar mientras música: CD Mercedes Sosa “*Hermano*”, u otra adecuada].

5.4. **Absolución**

[En círculo todos los asistentes –a ser posible, con las manos extendidas al frente–, la piden: “*Perdona Señor nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden*”]

5.5. **Abrazo mutuo de Paz**

[Invita una de las personas que presiden]

6. **Eucaristía**

6.1. **Ofertorio**

[Presentación de la ofrenda preparada con anterioridad]

6.2. **Plegaria Eucarística**

[Puede estar sacada del libro de Luis Maldonado o Casiano Floristán “*Oraciones eucarísticas u oraciones de Acción de gracias*) o cualquier otro]

6.3. **Padre nuestro**

[Cantado; puede ser el de Espinosa u otro conocido]

6.4. **Comunión**

[Música durante la misma]

6.5. **Acción de gracias**

[Preparada por uno de los celebrantes u otro miembro del grupo]

6.6. **Oración final**

6.7. **Despedida**

[Palabras finales del celebrante motivadoras del caminar cuaresmal personal y comunitario]

Un nuevo Credo

Frei Betto

Creo en el Dios liberado del Vaticano y de todas las religiones existentes y por existir. El Dios que antecede a todos los bautismos, preexiste antes que los sacramentos y desborda todas las doctrinas religiosas. Libre de los teólogos, se derrama gratuitamente en el corazón de todos, creyentes y ateos, buenos y malos, de los que se creen salvados y de los que se creen hijos de la perdición, y también de los que son indiferentes a los abismos misteriosos del más allá de la muerte.

Creo en el Dios que no tiene religión, creador del Universo, donador de la vida y de la fe, presente en plenitud en la naturaleza y en los seres humanos. Dios orfebre de cada ínfimo eslabón de las partículas elementales, desde la refinada arquitectura del cerebro humano hasta el sofisticado entrelazado del trío de quarks.

Creo en el Dios que se hace sacramento en todo lo que acerca, atrae, enlaza y une: el amor. Todo amor es Dios y Dios es lo real. Tratándose de Dios, dice bellamente Rumi, no se trata del sediento que busca el agua sino del agua que busca al sediento. Basta con manifestar la sed y el agua mana.

Creo en el Dios que se hace refracción en la historia humana y rescata todas las víctimas de todo poder capaz de hacer sufrir al otro. Creo en teofanías permanentes y en el espejo del alma que me hace ver a Otro que no soy yo. Creo en el Dios que, como el calor del sol, siento en la piel, aunque sin conseguir contemplar o agarrar el astro que me calienta.

Creo en el Dios de la fe de Jesús, Dios que se hace niño en el vientre vacío de la mendiga y se acuesta en la hamaca para descansar de los desmanes del mundo. El Dios del arca de Noé, de los caballos de fuego

Frei Betto, teólogo de la liberación y escritor.

de Elías, de la ballena de Jonás. El Dios que sobrepasa nuestra fe, disiente de nuestros juicios y se ríe de nuestras pretensiones; que se enfada con nuestros sermones moralistas y se divierte cuando nuestro arrebatado profiere blasfemias.

Creo en el Dios que, en mi infancia, plantó una acacia en cada estrella y, en mi juventud, se asomó cuando me vio besar a la primera mujer que amé. Dios fiestero y juerguista, el que creó la luna para engalanar las noches de deleite y las auroras para enmarcar la sinfonía pajarrera de los amaneceres.

Creo en el Dios de los maníacodepresivos, de las obsesiones sicóticas, de la esquizofrenia alucinada. El Dios del arte que desnuda lo real y hace resplandecer la belleza preñada de densidad espiritual. Dios bailarín que, sobre la punta de los pies, entra en silencio en el palco del corazón y, comenzada la música, nos arrebató hasta la saciedad.

Creo en el Dios del estupor de María, del camino laboral de las hormigas y del bostezo sideral de los agujeros negros. Dios despojado, montado en un borrico, sin piedra donde reclinar la cabeza, aterrorizado de su propia debilidad.

Creo en el Dios que se esconde en el reverso de la razón atea, que observa el empeño de los científicos por descifrarle su juego, que se encanta con la liturgia amorosa de cuerpos excretando jugos para embriagar espíritus.

Creo en el Dios intangible al odio más cruel, a las diatribas explosivas, al corazón hediondo de aquellos que se alimentan con la muerte ajena. Dios, misericordioso, se agacha hasta nuestra pequeñez, suplica un suave masaje y pide arrullos, exhausto ante la profusión de idioteces humanas.

Creo, sobre todo, que *Dios cree en mí*, en cada uno de nosotros, en todos los seres engendrados por el misterio abismal de tres personas unidas por el amor y cuya suficiencia desbordó en esta Creación sustentada, en todo su esplendor, por el hilo frágil de nuestro acto de fe.

FRONTERA: Números publicados

- 1997: 1. *Los cristianos y el compromiso socio-político* *
2. *Esperanza histórica y esperanza cristiana*
3. *El Cuarto Mundo*
4. *Encuentro con Jesús* *
- 1998: 5. *Valores de la sociedad actual*
6. *Vivir en la frontera*
7. *El horizonte de la izquierda*
8. *Ética civil y cristianismo*
- 1999: 9. *Los excluidos*
10. *Nueva cultura y evangelización*
11. *Aproximación al mundo rural*
12. *A las puertas del año 2000*
- 2000: 13. *De la muerte a la resurrección*
14. *Los conflictos*
15. *La escuela: crisis y perspectivas*
16. *Desafíos a la fe*
- 2001: 17. *La globalización*
18. *Los miedos*
19. *Invitación a la mística* *
20. *Vivencia de la sexualidad*
- 2002: 21. *Fundamentalismo, Religión y Política* *
22. *Iglesia, Sociedad y Estado*
23. *Sombras y luces de la religión*
24. *La transmisión de la fe*
- 2003: 25. *Recuperar la política*
26. *Una imagen de Dios para el siglo XXI*
27. *La alegría*
28. *Recuperar la Iglesia*
- 2004: 29. *¿Irrelevancia social de la fe?* *
30. *La religión en la escuela*
31. *Cómo leer los evangelios*
32. *La oración*
- 2005: 33. *Memoria y perdón*
34. *Vivir y creer en tiempo de crisis*
35. *Laicidad, laicismo y fe cristiana*
- 2006: 36. *Repensar la igualdad y la desigualdad social*
37. *Nacionalismo y federalismo*
38. *Catástrofes naturales*
39. *Gérmenes de otro mundo posible*
40. *Moral y fe cristiana*
- 2007: 41. *Religiones e inmigración*
42. *¿Cristianos sin Iglesia?*
43. *El trabajo*
44. *Valores absolutos y relativos en bioética*
- 2008: 45. *La sociedad del riesgo*
46. *Impacto y poder de la información*
47. *Psicoanálisis y experiencia cristiana*
48. *Testigos de la fe en una sociedad laica*
- 2009: 49. *A dónde va Europa*
50. *Apuntes sobre la crisis*
51. *Volver a Jesús, el Cristo*
52. *Dinamismos del miedo*

* * *

SUSCRIPCIÓN AÑO 2010: 35 euros NÚMERO ATRASADO 7,50 euros
PEDIDOS: Apartado 12.210 - 46080 VALENCIA [Tel: 96 3622532]

RESEÑAS

1. LIBROS

La autora se confiesa: Roser Bofill

ESCRIBIR NO ME CUESTA

Escribo con un estilo bastante natural, como si hablara. Lo que sí me cuesta es encontrar temas. Tengo poca imaginación. A veces paso días pensando sobre qué escribiré, cuál será el tema de un artículo. En cuanto me sale el tema, es tiempo de ponerse al ordenador. Siempre necesito una anécdota o un acontecimiento o una frase que me haya gustado como base. No soy muy capaz de desarrollar largamente una idea, reflexionar sobre ella y escribir páginas y más páginas. Por eso creo que nunca haré un libro de ensayo. Lo mío son artículos cortos.

El último año del colegio de monjas dirigí una revista con el inefable título de *Entre nosotras*. Me parece que la publicación no duró mucho, pero fue como un ensayo. Bastantes años después, fue cuando comencé a escribir periódicamente. En nuestra juventud estaba de moda reunirse chicos y chicas en las casas. En una de estas reuniones estaba Lorenzo Gomis. Hablando con él le dije, como quien no dice nada, que yo estudiaba para Asistente Social y en las clases de literatura, el catedrático Antoni Comas, me había puesto un diez. En seguida me dijo que podía escribir en *El Ciervo*. Y así empezó todo: escribir, trabajar en la revista y... casarme con Lorenzo.

Escribía no sólo en *El Ciervo* sino durante bastantes años también en la *Hoja Dominical*. Ahí es donde he recibido más felicitaciones y más recriminaciones. No de los dirigentes de la *Hoja* sino de los lectores. Algunas cosas mías les parecían terribles. Esas críticas a veces animan. Me decían que no entendían cómo el obispo me dejaba escribir, que yo no pertenecía a la Iglesia... Total, nada.

El primer libro que me encargaron vino de la mano del Padre Llanos que vivía en el suburbio del Pozo del Tío Raimundo, en Madrid. Nos quería mucho y le queríamos mucho. Le veíamos

cuando íbamos a Madrid. La última vez que le vi le recuerdo sentado con una manta de cuadros en las rodillas para guardarse del frío. Era tan bueno como gruñón. El contraste con Díez Alegría era enorme. Los dos eran extraordinarias personas, uno optimista y siempre alegre; Llanos pesimista y quejumbroso. ¡Qué par de elementos! No entiendo, con lo burgueses que somos, que nos quisieran tanto. José María de Llanos ideó una colección de la que se hizo cargo Desclée de Brouwer que se llamaba “El credo que ha dado sentido a mi vida”. Escribieron en ella José María Díez Alegría, José María González Ruíz, Enrique Miret, Alfonso Comín, Alberto Iniesta... Creo que llegamos a escribir una veintena de personas. Pues bien, José M^a de Llanos me pidió que escribiese. Era explicar el itinerario de nuestra fe, una especie de memoria espiritual o religiosa. Fui la primera mujer que escribió en la colección. Mi libro se llamó *Creo, ayuda mi poca fe* (un título del que nunca me he arrepentido) y, como explicaba cosas de los años de mi juventud, años cincuenta, cómo nos educaron, cómo era la Iglesia –y en parte sigue siendo la Iglesia– muchas personas, sobretodo mujeres, se vieron reflejadas. Por eso tuvo éxito. Se hicieron dos ediciones, (¡ahí es nada! De ningún libro mío se han hecho dos ediciones). Me hizo el prólogo el padre Llanos. Un prólogo hecho con infinito cariño. Copio unas líneas.

“Rosario, muchos no te van a decir *Amén*, porque no pareces tan ultra como ellos quisieran: –‘jesta escritora!’– ... ni tan progre como otros hubieran deseado –‘no hay remedio, ¡son las de siempre!’–. Pues sí, porque tu credo es el mío, es como el mío goza y sufre de su gracia y de su perplejidad porque sabes creer desde el ‘sí, pero...’, porque no crees en religioso clásico ni en ‘comprometido’ y enfático de ciertas minorías, sino así, abierta al misterio y sin renunciar a tus interrogantes; por todo ello tu credo se hará más difícil para muchos que buscan tanta sutileza radical”.

El libro salió en 1975. Cuando lo leo ahora pienso que eran otros tiempos sí, pero que en el fondo perdura la misma fe que entonces, las mismas ganas de una Iglesia distinta, algo por lo que siempre he luchado a mi estilo.

En 1983, Publicacions de l' Abadia de Montserrat editaron unos cuantos artículos míos (setenta), de esos cortos; un centenar de páginas en total. El título del libro era *El dia d'avui*. En ellos hablo

de todo, de la muerte y de la vida, cualquier cosa cotidiana me da pie. Esto es lo mío y lo que me parece que sé hacer mejor. Y puesta a elegir fue Josep Maria Ballarín el que me hizo un prólogo delicioso. “Este es el libro de una mujer que ha leído mucho y que se lo ha preguntado todo. Alguna vez no tiene respuestas a sus preguntas y tiene el coraje de dejar las preguntas sin respuesta”. El libro salió en 1983.

El mismo libro lo editaron en Sígueme con el nombre *Tiempo de Dios*. El libro tiene ciento setenta y cinco páginas. Por lo tanto añadí treinta artículos al que había aparecido en catalán. Salió dos años después.

Me doy cuenta de que las líneas que he reproducido de los dos prólogos hablan de mis interrogantes. Me parece bien. Los interrogantes se nos presentan durante toda la vida. Lo malo sería que tuviera, yo al menos, la arrogancia de dar respuestas seguras. He intentado en los dos libros hablar de lo cotidiano y no he obviado comentarios o críticas en la actitud y hechos de la Iglesia que hoy, como ayer, me duelen. He procurado que la crítica fuera clara y respetuosa, pero sin eufemismos. De todos modos he de decir que la crítica a la Iglesia me cansa y la encuentro en el fondo a veces un tanto fácil, aunque sin duda hay que hacerla, pero con los años me inclino a hablar más de la Vida y la realidad profunda de Dios en y con nosotros. Es lo único que importa verdaderamente. Una vez le dije a un cura: “Es que yo critico mucho”, y me respondió: “Es tu arma”. Pero cada vez tengo menos ganas de usar las armas aunque sean dialécticas. No niego que a veces es necesario y por eso a veces también lo hago. La crítica es importante, pero se me antoja, a mí, que a veces nos es demasiado fácil porque parece que nos lo ponen en bandeja.

Otro libro –de ésos de artículos cortos–, lo publiqué en *Saó*, (1997). Recoge cincuenta artículos publicados en la revista. Se llama *Boira baixa*, que es el título que antes encabezaba mi sección y en algo se parece también a esa actitud de pregunta, sorpresa y misterio que tengo frente a la vida. Por eso en él comparo el camino bajo la niebla con un camino en el que, a veces, ves un poco de sol y, a veces, andas casi sin ver. “El hombre es un ser que camina en la niebla” (J.M. Ballarín). Pero siempre tenemos la necesaria luz para andar un trecho más.

Por último, la editorial DDB que inició la colección “El credo que da sentido a mi vida”, nos pidió a quienes habíamos participa-

do allí veinticinco años antes, que reflexionáramos en un libro sobre cómo había cambiado o no nuestra fe en estos cinco lustros. Accedí gustosa y el libro, que apareció en el 2001, se llama *Quédate con nosotros*. Es un libro escrito al comienzo de la vejez. Cuando la vejez es aún serena y tranquila, hay salud suficiente y en aquel entonces, al menos a mí, todavía no hería mi vida cotidiana, y cuando aún no había perdido al ser que más he querido (y quiero): mi marido, Lorenzo Gomis. Hoy tal vez el libro sería un poco distinto.

Se nota en *Quédate con nosotros*, sin embargo, cómo han pasado los años y cómo a pesar del Concilio Vaticano II la Iglesia no se ha renovado lo que esperábamos; pero se nota también, así lo veo yo, que vivimos con más libertad. Al menos yo. La libertad, gracias a Dios, es una de las cosas que he ganado en la vida. La libertad profunda, se entiende. Al iniciar el libro explico que a quien me pregunta: “¿Crees más o menos?”, yo siempre le contesto: “Creo distinto”. Y es que la fe es algo vivo y cambiante.

Hay en la despedida ese ruego: “Quédate con nosotros”. Porque estoy en una edad, la vejez, en la que tal vez lo más duro sea la soledad. Ahora más que nunca necesito, necesitamos, que Él se quede. Y por eso pido su compañía. Es un libro tan sincero como el primero, pero que ni mucho menos ha alcanzado una segunda edición. A mi juicio, con los años que han pasado, que han sido años intensos, tal vez pudiera haber sido, digo tal vez, más profundo.

Vamos a dejar un espacio para *El Ciervo*. Toda mi vida la he vivido en *El Ciervo*, como secretaria primero, como directora al final. La revista me da vida y me hace estar un poco más al día. Cuando murió Lorenzo pensamos que la revista se resentiría. Gracias a Dios no ha sido así. Esperamos que así continúe. Me gusta hablar, discutir, con los que trabajan en ella. Me gusta escoger los artículos... El día que no pueda ir algunas mañanas a la revista creo que me volveré un poco más tonta. Joaquim Gomis y yo somos los dos que quedamos de la primera hornada. Impresiona. Somos como la memoria viviente. Lo único que me importa para el porvenir es que como en estos 700 números aparecidos hasta ahora *El Ciervo* conserve este soplo religioso y abierto que le caracteriza. Entré a trabajar en 1956, llevo pues más de cincuenta años allí. Yo creo que he aprendido y me he educado en *El Ciervo*. En él he aprendido a escribir... y a pensar.

He escrito otros libros colectivos o no colectivos, pero han sido más como si fueran trabajos de curso. Me ha quedado una

asignatura o un aspecto que mucho me hubiera gustado cultivar, el puramente literario. No la novela, que me parece demasiado larga, pero sí un libro de cuentos. Tenía ya algunos recogidos, pero ni sé dónde paran. Los cuentos en pocas páginas lo dicen todo. Suelen ser más poéticos y han de estar muy bien escritos. Hay un trozo de camino cuando voy a mi casa en el campo, que pasa por un bosque de castaños. Las noches de luna es maravilloso verla brillar entre el ramaje. Por eso, el libro, que nunca escribiré, tiene al menos título: *La lluna entre els arbres*.

Roser Bofill

* * *

MARINA, José Antonio: *Anatomía del miedo*.
Un tratado sobre la valentía. Edit. Anagrama,
Barcelona 2007 (3ª ed), 260 págs.

Con la lectura de este libro, como ya nos indica desde las primeras páginas, el autor nos introduce en el país del miedo, donde nos hará explorar su geografía, nos enseñará la fábrica de los diferentes espantos y los tenebrosos espacios donde éstos trabajan.

Partiendo de que el miedo, como sentimiento que es, tiene una estructura narrativa, se utilizan como herramientas didácticas innumerables citas, ejemplos literarios y relatos autobiográficos derivados tanto de la cultura grecorromana como de las posteriores.

Comienza hablándonos de miedos individuales y de miedos colectivos, destacando el que padece nuestra sociedad actual, el cual nos hace temer el hundimiento de la propia cultura y su pérdida de identidad, tanto nacional como religiosa.

Habla también de los miedos innatos y de los adquiridos, de los normales y de los patológicos. Distingue entre la excitación y la ansiedad, señalando cómo esta última es el origen de la angustia o del miedo. Sostiene que el estrés tan actual en nuestra sociedad, es un término más amplio que el miedo o la angustia. Acaba estas consideraciones haciendo un canto a la esperanza y, recordando a Luís Vives, apunta que “la ilusión de la esperanza es necesaria para la vida”.

Trata y profundiza sobre las estrategias del amedrentamiento como son: la amenaza, la suspensión de la recompensa, el acoso escolar, la furia, cerrar salidas, aislar, manipulación de las emocio-

nes, los tabúes, el miedo reverencial, la utilización política del miedo, el terrorismo, la religión y el miedo, y la función educativa del miedo. Todas ellas, como bien se adivina y se constata, con un objetivo común: dominar, intimidando a la víctima, para ejercer el poder sobre ella.

Teniendo en cuenta que el miedo es un modo de percibir el mundo y que surge de la interacción entre un polo subjetivo y otro objetivo, J.A. Marina se dedica primero a profundizar sobre el carácter miedoso, entrando para ello en el campo de la neurología desde donde explica el funcionamiento del sistema nervioso y sus mecanismos respecto al miedo. A continuación, aborda el mundo de las pasiones, los afectos y las diferentes personalidades, dando paso al punto en el que trata sobre el aprendizaje de los miedos.

Sigue hablándonos del peligro y del riesgo, de la dificultad que supone vivir cuando para hacerlo hay que estar constantemente sintiendo una serie de miedos que, aunque corrientes, a la persona que los padece la paralizan, angustiándola, anulándola, aislándola...

J.A. Marina traspasa el umbral de estos miedos corrientes para entrar en el mundo de la angustia y los miedos patológicos. Analiza cómo de sentir un miedo normal se puede pasar a sentir un miedo patológico, el cual llega a alterar la relación del sujeto que lo siente, con la realidad que lo rodea.

Igualmente alerta sobre aquellas conductas, frecuentes por otro lado, que propician esa angustia y esos miedos patológicos como son: el pánico, las fobias, la hipocondría, los trastornos obsesivos compulsivos... Dentro de este tipo de miedos dedica una especial atención a las fobias sociales por lo que éstas dificultan vivir en sociedad y expone una serie de consejos para superarlas.

En la última parte del libro pasa del campo de la psicología al campo de la inteligencia creadora y crítica, introduciéndonos de pleno en una minuciosa reflexión sobre la valentía. Desmascara el falso valor, resalta el emparejamiento de la valentía con la libertad, nos habla sobre la personalidad y el carácter, y acaba apostando por la necesidad de vivir con dignidad contraponiéndose al escepticismo ético tan actual.

Tras la lectura tranquila y a ser posible reflexionada del presente libro, nos encontraremos en condiciones de entender algunas de nuestras actuaciones, ya que son muchos los sentimientos y emociones que a lo largo de la vida nos invaden y sobre los que no pocas veces carecemos de control. Algunos son positivos para

nuestra felicidad y equilibrio personal, pero otros nos invalidan para relacionarnos de una manera saludable y sin temores. Respecto a estos últimos la mayoría de las veces son inexplicables y nos provocan actuaciones que no nos satisfacen ni nos ayudan a ser más sociables. El autor también nos ofrece la posibilidad de adquirir una serie de conocimientos y estrategias que nos harán más llevadera la vida afectiva y la relación en sociedad.

Por todo lo indicado nos encontramos ante un libro totalmente recomendable, que a las personas que decidan leerlo las enriquecerá y bien seguro que no las dejará indiferentes.

María Isabel Mingo

GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio: *Miedo a Jesús*,
Ed. Cristianisme i Justicia, Cuadernos C.J n° 163,
Barcelona 2009, 30 pags.

“Con la coraza de la santa regla, el yelmo de la santa observancia y la espada de la santa tradición, a duras penas alcanzo a defenderme... de Jesús!”. Esta frase de un General de los cistercienses resume –en opinión del mismo autor– la conclusión del presente folleto. Y continúa: “Quizás el mejor diagnóstico breve del pecado del catolicismo actual es que, inconscientemente, se teme a Jesús. Y, por otro lado, si algo necesita a fondo el catolicismo actual es una vuelta radical y confiada a Jesús”.

Este cuaderno recoge en unas pocas páginas los rasgos básicos de la peripecia y planteamientos de la persona Jesús de Nazaret, en cuya humanidad situada histórica y socio-culturalmente los cristianos nos encontramos con la manifestación “en carne” de Dios. En el relato de esa vida humana concreta, al que llena de significado conocer el contexto social en que se desarrolla, su contorno humano, cultural, religioso “se ha manifestado –como dirá Pablo– la humanidad de nuestro Dios” (Tit 3,4) o, como confesará Juan: “A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre, quien nos lo ha relatado” (Jn 1,18).

González Faus resume y presenta con sencillez aquí lo que ya ha desarrollado más extensa y sistemáticamente en otras publicaciones suyas como *La Humanidad nueva. Ensayo de cristología y Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*. Y lo hace con-

vencido de la urgencia de recuperar esta humanidad de Jesús en el pensamiento y la acción cristiana de hoy. Ello nos permitirá superar las tentaciones docetistas y monofisitas de ciertas tendencias del catolicismo actual, que pretenderían eludir “el espesor de la realidad” (Urbina *dixit*) al relacionarse con un Dios encarnado al que consideran, quizás inconscientemente, como “demasiado humano”.

Es un riesgo que ha acompañado a las comunidades cristianas desde los primeros momentos de su historia, y que entre nosotros Teresa de Jesús también detectaba al hablar de la oración. Advierte ella varias veces en su *Libro de la vida* sobre la tentación de “abandonar la humanidad de Cristo porque querer ir directamente a Dios sería más perfecto” y recuerda que “si alguien cree que esto de apartarse de lo corpóreo bueno debe ser, advierte que eso es como andar el alma en el aire... que no *traí arrimo*”.

González Faus sospecha que esa pretensión de encontrarse con el Dios-Padre de Jesús sin pasar por su peripecia históricamente situada, con todos los conflictos que plantearon sus formas de dar rostro concreto a la construcción del Reino, no es un olvido inocente, sino fruto del miedo a las consecuencias que su seguimiento en las actuales circunstancias históricas pueda traer para situarse la Iglesia en la sociedad del siglo XXI. En los años setenta del pasado siglo don Pedro Cantero Cuadrado, arzobispo de Zaragoza y senador en las Cortes franquistas, cuando los sacerdotes implicados en el conflicto social de Fabara le citaban el Evangelio para legitimar su actuación, les contestaba: “¡Hombre!... Si nos ponemos en ese plan...”.

Eludir este rostro socio-históricamente situado de la imagen cristiana de Dios –sigue diciendo Faus– le serviría a la Iglesia para que la divinidad confesada de Jesús se convierta en una divinidad triunfal, apoteósica, espectacular que se pretende adjudicar para sí la propia Iglesia, una divinidad que deje de ser “el escándalo de un Dios delincuente”, “que no hizo alarde de su categoría de Dios” (Fil. 2,6) para pasar a ser una peana a la que se sube la propia Iglesia para no arrepentirse de sus pecados históricos. Como apunta Simone Weil: “Se adora así en Cristo la grandeza histórica de la Iglesia”.

En esta línea G. Faus va desarrollando el impacto social de la actuación de Jesús: porqué Jesús seduce pero al mismo tiempo molesta tanto, se constituye como “signo de contradicción” (Luc 2,34); cuál es la revolución en la idea (escandalosa) de Dios que

introduce a partir de su manera de relacionarse con los “impuros, los pecadores, los de fuera...”, del cambio en el significado social de las palabras (“fariseo”/“publicano”...) que provoca. Analiza su llamada a una forma insólita con títulos sugerentes como: “La ortodoxia de Satanás y la verdadera gloria de Dios”, comentando Mat 16,24 donde el Dios de Jesús se manifiesta no como triunfo sino como entrega, corrigiendo la opinión de Pedro, a pesar de que acaba de conferirle la autoridad sobre la Iglesia.

Este miedo al Jesús histórico aclararía también el miedo de la institución eclesial a la investigación crítica del contexto socio-cultural del mundo del Nuevo Testamento, a pesar de las declaraciones en su favor hechas por la Pontificia Comisión Bíblica y por el mismo Concilio Vaticano II. “Es legítimo sospechar –dice Faus– que lo que asusta de la crítica histórica no son tanto las exageraciones que pueda proferir algún autor concreto, sino lo incómodo de la atractiva figura de Jesús que parece haber ido brotando de esa investigación... Un Jesús liberado –como denunciara Rahner– de la herejía más extendida en muchas cabezas cristianas: una especie de ‘criptomonofisismo’ más o menos latente”.

Porque la aceptación de esa imagen de Jesús tendría sus consecuencias en la manera de situarse la Iglesia en la sociedad de hoy. Lo reconocía recientemente el arzobispo de Poitiers: “Necesitamos revisar nuestro modelo de presencia en el mundo. Hemos de reconocer que toda palabra que se pronuncia desde arriba, que no se implica en un diálogo, después de haber escuchado y comprendido al otro, ya no puede ser una palabra creíble... Nuestro mundo sólo escucha lo que se dice a la altura del rostro humano. Mientras no hayamos comprendido esto, no seremos escuchados, ni siquiera comprendidos...”

No recuperaremos la credibilidad si no es viviendo con sencillez la vida de la gente, escuchándoles, compartiendo sus problemas, con el propósito de compartir con ellos también nuestra esperanza y ayudarles a ponerse en pie. No hay otros recursos que caminar con el Señor por los caminos de Galilea. No hay otros recursos que compartir la fragilidad humana. Haciéndonos compañeros, los cristianos nos haremos creíbles. Hace veinte siglos que lo sabemos y hace también veinte siglos que, en cada momento difícil, como el que vivimos hoy, necesitamos recomenzar el mismo camino” (Albert Rouet, arzobispo de Poitiers -Francia- Marzo 2009).

Eubilio Rodríguez

2. MÚSICA

LA MÚSICA DEL MIEDO

Leí recientemente en *Le Monde* dos comentarios de su corresponsal en Moscú. Uno sobre el retorno de la lucha contra los “falsificadores”. Contaba que el historiador Soupron ha estado durante meses desarrollando un trabajo sobre los rusos de origen alemán, deportados por el poder soviético, y se le ha prohibido continuar con este trabajo. Sus fuentes de información estaban apoyadas por los archivos de la Cruz Roja alemana y los archivos (rusos) del departamento regional del Ministerio del Interior, a cuyo director por este motivo están acusando de complicidad arriesgando cuatro años de prisión. Si hace poco les tocó a los “científicos espías”, ahora es el turno de los historiadores “que con sus publicaciones *falsifican* la historia de Rusia”.

El “daño a los intereses nacionales” está en línea con la campaña nacional de exaltación de Stalin. En el metro de Moscú, en letras de oro sigue grabado: “Stalin nos ha inspirado la fe en el pueblo, el trabajo y los éxitos”. El 30 de Agosto pasado, en la cadena RTR (la RTVE rusa) el presidente ruso Mezvedev decía: “Los actuales manuales (de historia), son un mareo. La historia se explica desde diferentes puntos de vista (...) algunos han sido escritos ‘con el fin de crispar’. Esto está mal, porque los alumnos tienen la cabeza en ebullición”.

En “El manual del enseñante”, hecho por un equipo encargado por el Kremlin de elaborar las nuevas reglas de educación, Stalin era un dirigente *racional*. El terror fue un *instrumento pragmático para resolver los trabajos económicos*. Sin justificarlas, se puede decir que las represiones sirvieron para producir miedo en aquellos que trabajaban mal. La hambruna en el campo de la URSS en 1930, “no fue organizada, sino debido más bien a las condiciones climatológicas que a los procesos inacabados de la la colectivización”.

La oposición, los antiguos disidentes, dicen: “No venceremos al stalinismo, no seremos un país democrático ni un Estado de Derecho, en tanto no hagamos como Alemania. Ellos han condenado a Hitler. Es así como han progresado”. Con la degradación de

la situación económica y social, la gente ha perdido la esperanza de alcanzar su identidad, se sienten engañados por el nuevo poder. Hoy, el mito de Stalin está ligado a la idea de la gran política y de la victoria de 1945, dos referencias importantes para la mayoría de los rusos. En realidad, la victoria de 1945 y la conquista del espacio de Gagarin son las únicas realizaciones positivas de la URSS.

¿Por qué esta introducción en un apartado en el que se escribe sobre música? Porque un poder dictatorial es siempre el mismo, sea “más duro” o “más flojo”. Hubo una época en que toda actividad intelectual no sometida al poder –he escrito antes sobre esto– sufrió lo mismo, era condenada igualmente por Hitler, Mussolini, Franco, Stalin, Horthy en Hungría y la realidad de la creación musical bajo Stalin fue terrible. Para ello me voy a apoyar –aunque los hechos y su detalle sean generalmente conocidos– en un libro recientemente publicado en Estados Unidos, *The rest is noise*, cuyo autor es Alex Ross crítico musical del *New Yorker*, que es un espléndido análisis sociológico de la influencia de las *nuevas músicas* surgidas a lo largo del siglo XX y de la que esta música contemporánea, aunque no nos demos cuenta, tiene en nuestras vidas. El libro ha sido publicado muy recientemente en España por Seix y Barral, con el título *El ruido eterno*, muy bien traducido por Luis Gago, que me permito recomendar sean o no ustedes amantes de la música contemporánea. En este libro hay un apartado dedicado a la música en la URSS de Stalin, que encaja con el tema general de este número de la revista y que nos obliga a poner bajo sospecha lo que empieza a ocurrir ahora en Rusia, en otros campos.

El 30 de Enero de 1936, Stalin acudió al teatro Bolshoi de Moscú, para asistir a una representación de *Lady Macbeth de Mtsenks* (Minsk, en castellano) de Dimitri Shostakovich. El tema es la vida de un ama de casa rusa, que a través de su deseo de ascenso social o de amores insatisfechos, va dejando un rastro de muertes. Stalin abandonó la sala antes del acto cuarto y el compositor, como era costumbre, esperaba recibir una invitación para acudir a su palco y recibir la felicitación y un regalo. A pesar del éxito de la obra en el público –ya llevaba más de dos meses representándose fuera de la capital– ante el desplante de Stalin se fue asustado a coger el tren en dirección a Arcángel donde tenía que dar un concierto.

Dos días después comenzó una pesadilla que afectó no solo a Shostakovich sino a otros muchos compositores, autores literarios,

etcétera. *Pravda*, el periódico del partido comunista, publicó un editorial (“Confusión en vez de música”) condenando la obra como “oscura y obscena”. Le decía que con esa música, Shostakovich estaba jugando un juego que *acabaría mal*. Esta frase empezaba a ser entendida en la URSS: el terror de Stalin estaba comenzando y algunos “que acababan mal” eran arrestados, expuestos como culpables de lo que fuese y ejecutados; otros, asesinados en secreto; otros desaparecía sin más y otros enviados a los *gulags*.

Como dice Ross, “el período que arranca a mediados de los años treinta marcó el comienzo de la fase más depravada y trágica del siglo XX”: la politización del arte por medios totalitarios. Los compositores que han dependido durante tanto tiempo de la Iglesia, las clases “nobles” pudientes y de la burguesía, se vieron de repente en la edad del jazz y sin apoyos claros. Algunos –dice Ross– empezaron a soñar con un caballero político de armadura resplandeciente que llegaría para socorrerlos.

Pero estos hombres del poder político eran de otra clase. Procedentes de los márgenes sociales, se creían encarnación de la voluntad y el gusto popular. Se veían también como artistas-intelectuales, miembros de una vanguardia artística. Expertos en jugar con las debilidades de las mentes creadoras, ofrecían la seducción del poder con una mano y el miedo o la destrucción con la otra. Los artistas, uno tras otro se ponían en fila. Bertold Brecht escribió. “Hay quienes habitan en la oscuridad. Hay quienes habitan en la luz”. La mayoría –continúa diciendo Ross– no habitan en ninguna parte. Y Shostakovich habla en nombre de todos.

Ciertamente, en los años veinte, los experimentos musicales en la URSS fueron libres y no pueden olvidarse piezas –que hoy pueden oírse en discos o en algunos raros conciertos– en que los ruidos de una acería, por ejemplo, se armonizan dentro de una composición musical. Pero Stalin asumió el poder único en 1929 y los artistas se encontraron en una posición más destacada, pero también más peligrosa. Stalin era un hombre culto al que le gustaba la música, aunque era limitado en su conocimiento. Iba al Bolshoi, escuchaba música en la radio y controlaba las grabaciones en la URSS; que las oía se deduce de las notas que ponía en las fundas: “bueno”, “mediocre”, “malo”, basura”...

A veces a un artista le concedía un favor extraordinario. A otros les decía que esperaran una llamada que nunca se producía y se interpretaba el silencio como un presagio de desastre. Y en cual-

quier momento la llamada podía producirse en la puerta, anunciando la llegada de la NKWD. “El miedo que acompaña a la escritura, a la composición (...) no tiene nada en común con el miedo que se siente en presencia de la policía secreta”.

En la familia de Shostakovich existía una tradición de compromiso con la izquierda radical, y sus padres saludaron positivamente la Revolución Rusa en sus estados iniciales. “Pero no eran bolcheviques”. Shostakovich, nacido en 1906, con la ambigüedad que le caracterizaba estudió en el conservatorio y cuando más tarde se convirtió en una figura destacada dentro del sistema de educación musical, se desvivió por ayudar a los estudiantes que se echaban a temblar con las partes políticas de los temarios, ante el miedo a no acertar con la respuesta adecuada.

Shostakovich estrenó su *Primera sinfonía* en 1926 con éxito extraordinario y tuvo, por parte del departamento gubernamental de “Agitación y propaganda”, la recompensa del encargo de una gran obra coral y orquestal que habría de conmemorar el décimo aniversario de la Revolución de Octubre. Esta pieza se convirtió más tarde en su *Segunda sinfonía*, obra de gesto grandilocuente aunque de textos vulgares. Su *Tercera sinfonía*, llamada “El primero de Mayo”, repite el esquema de la anterior y esto en una época en que la música rusa desarrolló nuevos esquemas: vibráfonos, sonidos constantes de los metales, instrumentos de madera con sonidos altos, casi chirriantes; sirenas de fábricas, disparos de ametralladoras o cañones; y los vanguardistas soviéticos degustaron el jazz.

El período radical de Shostakovich se hizo patente en la ópera “*La nariz*”, basada en un cuento de Gogol. Pretendía ser una burla de los valores burgueses, pero Ross apunta: “Si en esa época Shostakovich se hubiera trasladado a Berlín, es posible que hubiera tenido problemas para sobresalir entre la multitud de mordaces compositores jóvenes”. Después de años de colectivización, industrialización y hambruna, la población soviética empezaba a rebelarse y a principios de los treinta Stalin prometió nuevas comodidades y libertad, manifestando que “la vida está mejorando”. En Octubre de 1932, afirmó que los escritores debían ser “ingenieros de las almas humanas”. ¿Qué quiso decir?

En los debates que siguieron a esa frase, surgió el concepto de *realismo socialista* en unos términos inespecíficos y poco elaborados. Nikolai Bujarin, en 1934, dio una definición más elaborada,

traduciéndolo y reclamando historias de “tragedias y conflictos, derrotas, la lucha de las tendencias enfrentadas”. En este entorno, justificando casi el genocidio es cuando Shostakovich estrena *Lady Macbeth de Mtsenks*, aunque la ópera se entiende mejor “como un cuento sobre el amor o el poder desorientado de la sexualidad”, aunque pretendiera estar destinada a sembrar el odio contra los *kulaks* (señores terratenientes). Esta obra, y sus consecuencias, inició una lucha con derrotas y victorias, entre el compositor y el poder estalinista, que solo acabó con la muerte del dictador. Y de esto espero hablarles en el próximo número.

Lorenzo Torrente Ranera

3. CINE

MIEDO, ANGUSTIA Y SUSTOS EN LA SALA OSCURA

Si uno consulta cualquier semana la cartelera de cine para elegir qué película quiere ir a ver, se encontrará con una variada oferta de películas que pertenecen a ese género de difuminadas fronteras que es el cine de miedo, de terror, de sustos, incluso de casquería (o de mucha sangre y vísceras), que ronda los límites de lo zafio y el mal gusto. Nadie debería olvidar que el cine “comercial” nació como un espectáculo de barracón de feria. El primer susto que se dieron los espectadores de una pantalla era contemplar cómo la locomotora de un tren parecía descarrilar y precipitarse sobre el patio del público.

Origen y lenguaje del cine de terror

Las características técnicas de la imagen cinematográfica o el mismo lenguaje utilizado (un punto de vista desplazado del de los protagonistas (primeros planos súbitos, iluminación “expresionista”, banda sonora –ruidos y música–, angulaciones especiales de cámara, etcétera), convierten al espectáculo fílmico, junto a la sensación de aislamiento del espectador en la sala oscura, en un verdadero “túnel del miedo” como los que en nuestra infancia nos asustaba en la feria.

La búsqueda de emociones fuertes, como propias de la mayoría de los espectadores habituales del cine –adolescentes y jóvenes–, propician aún más la habilidad comercial de los productores de películas que sin hábito artístico buscan satisfacer una demanda en cierto modo insaciable de películas de terror, horror y miedo. Proliferan entonces producciones que, a ojos y sensibilidad de adultos, carecen de interés y salubridad, pero que los ojos de los más jóvenes ven con naturalidad, diversión y entretenimiento ante el “escándalo” de los mayores. ¿Este tipo de cine es peligroso?, ¿tiene riesgos?, ¿qué consecuencias negativas puede provocar? Psicólogos y educadores no se ponen de acuerdo, pero lo evidente es que este tipo de cine tiene su gran público y mayor éxito y, pese al infimo y mal gusto de algunas de sus muestras, es un cine que ha dado verdaderas obras maestras.

Desde casi sus mismos orígenes el cine ha representado historias de vampiros, de fantasmas y de psicópatas en sus imágenes. A primera vista historias baladíes que a los profanos pueden parecer hasta frívolas, pero bajo la envoltura de su imaginario horror encierran profundas y pesimistas reflexiones. Ejemplo de esto está en las obras maestras de Murnau (*Nosferatu*), Dreyer (*Vampyr*), Browning (*Drácula*) y hasta del contemporáneo Francis Coppola. Otra cosa son las secuelas muchas veces estúpidas que se han hecho de este tema (hace casi un año se estrenó una, *Crepúsculo*, cuyas ñoñas secuelas hace estragos entre las adolescentes, especialmente, como ahora mismo su secuela *Luna nueva*).

El porqué del cine que asusta

Se dice que el cine de terror seduce tanto a ciertos espectadores porque estimula la misma zona del cerebro que las que provocan el deseo de placer. Lo cierto es que este tipo de películas suele tener unos códigos establecidos, conocidos por quienes las ven, cuyas reacciones se controlan soportablemente. Son en sumo grado películas “manieristas”. Estos códigos cambian y se actualizan constantemente y provoca la “caída” y reposición de películas que en su época fueron “espantosas” y hoy al verlas de nuevo, lo que provocaba miedo resulta algo tan estereotipado y típico, que suelen caer en el ridículo.

El cine de terror suele poner en escena el miedo al otro, el aislamiento de quien es diferente, exponiendo de modo metafórico la soledad humana, la propia intemperie en la que vive hoy el ser humano. El peligro físico, la amenaza de algún mal indescriptible que se precipita sobre los protagonistas a veces deviene en signo de angustia existencial, cuya resolución acaba en un exorcismo, implícito o explícito que suele ser el fuego purificador. Así, el mismo miedo que se pasa en la sala oscura del cine, funciona como un exponente y como un disolvente del miedo social.

Una evolución del cine de miedo

Las películas de miedo se basaban en el periodo del cine clásico en los grandes mitos fantásticos (*Frankenstein*, *King Kong*, *Drácula*, etcétera); pero la descomposición que produce el tiempo, hizo que en el cine de los años sesenta aquellos mitos fueran sustituidos por la violencia física, el sadismo, la crueldad.

A partir de entonces, con los trabajos de algunos realizadores italianos (Mario Bava, Darío Argento...) el cine de miedo y terror se tornará en un género de explícita violencia, de sustos súbitos, repitiendo siempre un esquema parecido: un grupo de chicos/as más o menos inocentes son asediados y eliminados por un oculto e indestructible asesino en serie que ha sufrido a su vez una experiencia traumática en su vida. Alguna de estas películas (tan populares, por cierto, que algunos de sus elementos icónicos han pasado al acervo popular en los desfiles del Carnaval o en las fiestas “importadas” de Halloween) son, por ejemplo, *Pesadilla en Elm Street*, *Halloween*, *Terror en Amtyville*, *Viernes 13*, *Destino final*, cuyas secuelas aún nos llegan en la actualidad.

Los grandes maestros del cine también se han acercado a estos géneros, pero sus obras, contagiadas de su genialidad, son películas que más bien expresan un miedo existencial y una angustia personal nada epidérmica: Hitchcock con su *Psicosis*, cuya escena terrorífica de la ducha ha sido copiada infinidad de veces, *La semilla del Diablo* de Polansky o *El resplandor* de Kubrick.

Desde otras cinematografías (la japonesa) de larga tradición en el cine de miedo, se han incorporado un buen número de filmes que en una nueva versión más occidentalizada han limpiado de cierto simplismo las cintas tan codiciadas por el público adolescente. Por ejemplo, el cine de vampiros, un subgénero, se ha desarrollado enormemente y aunque sigue el esquema de la leyenda de *Drácula* que la escritora Mary Shelley fijara, ahora ha evolucionado hacia formas tan dispares como son *Déjame entrar* sobre la terrible soledad humana en los países de gran bienestar o la saga ya citada de *Crespúsculo* (ahora se ha estrenado su segunda parte, *Luna nueva*), que es en el fondo una versión adolescente, muy ñoña y vampírica de Romeo y Julieta.

Al ser tan exhaustivamente explotadas todas las (escasas) ideas de este tipo de cine, éste ha intentado renovarse por otros caminos: el cine de ciencia-ficción terrorífica (*Alien* y secuelas), el cine que parece filmado en directo, como si fuera un reportaje, sumándole realismo y proximidad, y por tanto más tensión y pánico: la película que marcó tendencia fue *El proyecto de la bruja Blair*; después vendrían otras, como las españolas *[REC]* y *[REC 2]*, ésta recientemente estrenada.

El cine español, casi siempre perdido en el rumbo de sus producciones y ayudado a la vez por las deleznable series de la tele-

visión, se evade con este género de cine. Mientras sus posiblemente mejores directores y más encumbrados se dedican a hacer películas de mensajes universales refugiados en historias alojadas en la Antigüedad o en países exóticos (hablo de Alejandro Amenábar, de Isabel Coixet), también ha emprendido este camino terrorífico, una de cuyas últimas muestras es *La huérfana*. Quizá a los cineastas de nuestra patria les asuste hablar de los problemas reales cotidianos de nuestro país.

José Luis Barrera

Índice General, 2009

CARTA DEL DIRECTOR

<i>Martí, Casimir</i> : Sobre las intervenciones de Benedicto XVI.	1-5
— En el centenario de la “Semana Trágica”.	2-5
— El clericalismo en la “Semana Trágica”.	3-5
— Biología, ética y derecho del embrión humano	4-5

TEMA CENTRAL

<i>Agüera, José Manuel</i> : Europa: liebres y tortugas	1-13
<i>Domínguez Morano, Carlos</i> : Miedos vitales y miedos mortales	4-39
<i>García Fonseca, Manuel</i> : ¿Por qué no se atajó la crisis?	2-67
<i>Gómez Serrano, Pedro José</i> : Los rostros de la crisis	2-15
<i>Hevia, José Antonio</i> : Otra Europa para otro Mundo.	1-47
<i>Lois, Julio</i> : La humanidad de Jesús en la reflexión teológica reciente.	3-39
— La Cristología en el horizonte del diálogo interreligioso.	3-63
<i>Navarro, Mercedes</i> : El miedo y/de los cristianos	4-73
<i>Pagola, José Antonio</i> : Conversión de la Iglesia a Jesús, el Cristo.	3-13
<i>Pastor, Jaime</i> : Crisis de la Unión Europea: ¿Fin del sueño o reinención de Europa?	1-29
<i>Rodríguez Aguado, Eubilio</i> : Los escenarios del miedo	4-39
<i>Sasia, Peru</i> : Nuevos frentes para el compromiso cristiano	2-43

TESTIMONIOS

<i>Comes, Josep Antoni</i> : Peregrinación a Tierra Santa.	1-79
<i>Hoyos, Isidro</i> : En memoria de Mariano Arroyo	3-105
<i>Morganti, Candi</i> : El “Jesús” de Pagola, compañero en el último viaje	3-103
<i>Pina, Fernando</i> : Creer, rodeado de personas	1-82
<i>Vidal, José y Piqueras, Celia</i> : Voluntarios: dar para ser	2-101

MATERIALES

<i>Asua, M^a Dolores</i> : Celebración de Bodas de Oro	2-105
<i>Benedetti, Mario</i> : Hasta mañana..	2-112
<i>Comunidades Cristianas Fe y Justicia</i> : Celebración del Día de la Mujer.	1-87
<i>Comunidad de la Resurrección</i> : Celebración del Miércoles de Ceniza	4-99
<i>Frei Betto</i> : Un nuevo Credo	4-104
<i>Parroquia de San Nicolás de la Villa</i> : Vigilia por las víctimas de la crisis	3-107

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

<i>Adell, Joaquim</i> : Crisis, micropoder y resistencia de la ciudadanía	2-91
— Navidad, ¿sin fronteras?	4-96
<i>Adell, Marc Antoni</i> : Noam Chomsky, un octogenario lúcido.	1-76
— Mejor implicar que atemorizar	4-90
<i>Albarrán, Antonio</i> : La lectura en grupo.	3-100
<i>Arrabal, Ángel</i> : El aprendizaje de la violencia en los adolescentes	3-91
<i>Cardús, Salvador</i> : Elogio de la obediencia	3-98
<i>Etxeberria, Xabier</i> : Espiritualidad al margen de Jesús	3-85
<i>Foro de Curas de Madrid</i> : Recuperar la Memoria Histórica	1-69
<i>Frei Betto</i> : El fundamentalista	1-74
<i>Moret, Manuel</i> : Buscando nuevos paradigmas	4-87
<i>Parlamento Europeo</i> : El Informe Auken	2-97
<i>Ramonedá, Josep</i> : Política y verdad	1-72
<i>Reig, Ramiro</i> : La erosión de la solidaridad	2-84
<i>Rodríguez, Eubilio</i> : Todos trabajadores, todos ciudadanos	1-64
<i>Rois, Juan Carlos</i> : Inmigrantes en Europa y en España, hoy	1-57
<i>Torralba, Francesc</i> : Botellón, criptonihilismo y evasión	4-93
<i>Zugasti, Antonio</i> : ¿Hay alternativa al capitalismo?	2-73

RESEÑAS

1. El autor se confiesa:

- Bofill, Roser*: Escribir no me cuesta 4-107
Lamet, Pedro Miguel: Literatura es libertad 1-97
Martínez Ocaña, Emma: Poner letra a mi canto 2-113

2. Música:

- Torrente, Lorenzo*: La música del adiós (I) 1-113
— La música del adiós (II) 2-121
— La música del adiós (III) 3-123
— La música del miedo 4-116

3. Cine:

- Barrera, José Luis*: “La duda”: Intolerancia y libertad 1-117
— “Déjame entrar”: El coraje de la amistad 2-124
— Miedo, angustia y sustos en la sala oscura 4-121
-

